

*Selecta*



*Donde está  
el corazón*



MAYA MOON

Donde está el corazón

*Maya Moon*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A mis hijas, el viento que mueve mis velas.*

## Empezar de nuevo

El aeropuerto estaba tan abarrotado como siempre. Era imposible caminar sin tropezar con una maleta o con un viajero. Fuera el calor era insoportable, húmedo y cargado como solo una ciudad costera podía padecer. Creía que al entrar se sentiría aliviada por el aire acondicionado, pero no fue así, hubiera preferido el calor a esa multitud. Sudaba como nunca lo había hecho antes, las gotas bajaban por su frente, por su pecho, por el labio superior. Le hubiera encantado poder darse una ducha, pero si no corría no cogería el vuelo que había estado esperando durante todo el verano. Empezó a zigzaguear entre la multitud, un pie aquí y otro allá, menos mal que llevaba poco equipaje, de lo contrario ya hubiera tenido algún problema más serio. Sacó el pasaje de su bolso y lo enseñó en el mostrador. Facturó su pequeña maleta. Unos pasos más. Pasó el bolso por el control de seguridad, lo volvió a coger y avanzó rápidamente hacia el avión. Había llegado justo a tiempo, no había cola para embarcar, lo que no sabía es que si hubiera tardado un minuto más, habrían retirado las escaleras para subir. Era la última pasajera.

Una vez dentro una azafata la acompañó hasta su asiento. Se acomodó como pudo en el sillón, se abrochó el cinturón y miró por la ventanilla. ¡Qué estampa más triste! No había tenido tiempo de mirar atrás desde que se había subido en el taxi que la llevó al aeropuerto. ¡Maldito despertador! Debía haber tirado ese trasto la primera vez que lo llevó a reparar, pero le tenía cariño, siempre acababa encariñándose con todas sus cosas. La vista que tenía

ahora enfrente no le provocaba ningún sentimiento. Aviones, escaleras, satélites, gente caminando hacia la terminal, gente saliendo de la terminal... La azafata interrumpió sus pensamientos al pasar por el pasillo observando que todos los pasajeros llevaran puestos sus cinturones. Volvió sobre sus pasos y desapareció en la cabina. Lo siguiente que recordaba del viaje era la voz del piloto saludando a los pasajeros. Se echó hacia un lado, suspiró y se quedó dormida. Ocho horas de vuelo son muchas horas para una persona con claustrofobia, y ella lo sabía, así que en cuanto se levantó por la mañana se tomó un relajante que le permitiría soportar tanto rato en el avión. Se quedó dormida abrazada a su bolso, ocho horas de sueño que la llevarían a otra ciudad, a otra vida, sin planes, sin nada que perder, lejos como siempre había soñado. Tan lejos que el dolor no pareciera real, que acudiera a su alma como un mal sueño, una de esas pesadillas de las que te despiertas y te sientes inmensamente aliviado de que haya sido un sueño. Su vida no lo había sido, pero quizás pudiera irse lo bastante lejos de su casa, de sus raíces, de su lengua, como para creer que sí, que lo que le había sucedido le había pasado a otra persona, o que solo había sido un mal sueño. Si por la mañana te despiertas y no reconoces nada de lo que ves, si la gente con la que hablas no habla tu idioma, si no tienes nada más que un triste bolso con tu documentación y algo de dinero, nada te recordará tu vida anterior, nadie ni nada te arrebatará tu vida actual, porque simplemente no la tienes. Es curioso cómo se puede caminar, hablar, comer y hasta dormir con ese terrible vacío en el alma que te recuerda que estás muerta, que funcionas porque en su día no te dejaron decidir que se acabó, que no soportabas el dolor ni un segundo más, que te ahogabas y querías descansar, no sentir, no pensar, dejar de sentir ese vacío en el estómago que solo el dolor del corazón puede provocar, esa punzada que se asienta en lo más hondo de tu interior y que te impide respirar. Debería haber sido más cuidadosa aquel día, no haber dejado la puerta del baño sin pestillo. Le hubiera dado tiempo a morir antes de que alguien hubiera podido abrirla.

Abrió los ojos sobresaltada por el zarandeo al que la estaba sometiendo la

azafata.

—Señora, hemos llegado. Hora de desembarcar.

La miró fijamente, no recordaba dónde estaba. Miró un segundo a su alrededor y por fin se ubicó. El avión, estaba en el avión. Tras sonreír a la chica educadamente, se levantó para colocarse en la cola que la trasladaría lentamente hacia la puerta del avión. Bajó aún adormilada y se dirigió hacia el bus que la llevaría a la zona de la terminal de llegada del aeropuerto. Este aeropuerto era mucho más grande que el de la ciudad de la que no se había despedido y, al bajar del vehículo y no escuchar ni una palabra en su idioma, se sintió aliviada. Por fin.

Caminaba lentamente, con los ojos fijos en la multitud que esperaba para recibir a los pasajeros. Brazos que se abren, besos, saludos. Ningún sitio como un aeropuerto para comprobar cuánto nos echamos de menos unos a otros. Madres a sus hijos, hermanos a sus hermanas, maridos, mujeres, amigos... Atravesó el primer bullicio y se dirigió a recoger su pequeña maleta. Después de casi media hora esperando junto a la cinta transportadora, finalmente la maleta apareció. Se escabulló como pudo y se colocó detrás de toda esa gente. Miró a su alrededor. Quien quiera que viniera a buscarla ya debería haber llegado. En el *e-mail* que le habían enviado no habían especificado si era un hombre o una mujer, solo que alguien acudiría al aeropuerto a recogerla. De repente se encontró ante sus narices una cartulina con su apellido: *Miss Santa Cruz*. Era un hombre alto, trajeado, de complexión fuerte, aunque ya cerca de los sesenta a juzgar por las arrugas de su rostro. Ella se detuvo y lo miró. En su perfecto inglés, lo saludó:

—Buenas tardes, yo soy Miriam Santa Cruz. —Le tendió la mano que su interlocutor apretó al saludar y sonrió.

—Yo soy Paul, de la agencia. Encantado, señorita Santa Cruz. Veo que era cierto lo de su perfecto inglés. Perdone que lo haya dudado, pero nos encontramos con cada cosa cada vez que recogemos a alguien que dice hablar inglés y luego no sabe ni saludar.

Miriam sonrió. El hombre le parecía educado y amable. Le cogió la maleta y le indicó que le siguiera:

—Tengo el coche cerca, no habrá que caminar mucho. ¿Qué tal el vuelo?

—Estupendo. —¿Qué otra cosa podía decir si había pasado todo el trayecto durmiendo?—. Estoy un poco cansada, pero nada más.

—Bueno, pues la llevaré a casa del señor Grant y podrá instalarse hoy mismo. Aunque creo que la recibirá su esposa, Charlotte, él no está en el país en este momento.

“¿No está en el país?”, pensó Miriam. Claro, si habían acudido a una agencia como aquella para contratar a una asistente, seguramente se dedicarían a algo que les proporcionara mucho dinero. Solo conseguir entregar el currículum fue toda una odisea. Si no hubiera sido por Antonio, aquel compañero suyo de la universidad, que trabajaba en la empresa y la había ayudado a “colarlo” en medio de los que sí iban a revisar, jamás lo habría conseguido. Siempre le pareció buen chico ese Antonio. Hacía muchos años que no lo veía y, sin embargo, cuando se presentó en la agencia para pedirle ayuda, no lo dudó ni un instante. La asesoró sobre el tipo de persona que buscaban, cómo debía vestirse para la entrevista si la llamaban y hasta qué foto debía poner en la solicitud para que inspirase confianza. Not Only era una agencia de empleo muy exigente, ya que quienes acudían a ellos, gente de todas partes del mundo, también lo eran. Pasó la entrevista y consiguió el puesto en Nueva York.

Paul la sacó de su ensimismamiento al preguntarle:

—¿Había visitado antes esta ciudad?

—No, y no por falta de ganas —respondió.

—Le va a fascinar. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Por qué ha traído tan poco equipaje? Normalmente la gente viene con dos o tres maletas, y no estoy exagerando.

—No sé cuánto tiempo voy a estar, primero debo pasar el período de prueba. Además, en esa maleta está todo lo que tengo.

Miriam lo miró con un deje de tristeza que encogió el corazón de Paul. No la conocía, pero desde el momento en que empezó a hablar con ella le había caído bien. Una mujer joven, española, guapa, preparada, que solo tiene una pequeña maleta, que no tiene planes, ni miedo de no tenerlos, no es lo que solía recoger. Normalmente eran chicos y chicas más jóvenes, estudiantes que buscaban sacar algún dinero para pagarse los estudios o que querían aprender inglés. Otros tenían pretensiones más altas. Esta ciudad es el lugar perfecto para soñar, para creer que uno va a llegar y va a conseguir el sueño americano, trabajar en publicidad, cine, televisión, hacerse millonario... Lamentablemente, estos volvían con algo de dinero y la tremenda carga de la decepción. En esta ciudad gigantesca nadie es nadie. Algunas de las personas que contrataban se quedaban para siempre porque habían encajado en el trabajo y habían sido lo bastante realistas como para conservarlo. Habría que ver en qué lugar se colocaba ella. Durante todo el trayecto desde el aeropuerto JFK hasta la zona de Central Park, donde se encontraba la casa donde iba a trabajar, las únicas vistas que les habían acompañado eran carriles de autovía, algún que otro túnel, casas viejas y campo. Ahora que por fin entraban en la avenida y se empezaban a divisar los edificios más propios de una ciudad como Nueva York, altos y majestuosos, Miriam no pudo por menos que exclamar:

—¡Dios mío! Es tal como sale en las películas.

Los ojos se le iluminaron ante el soberbio espectáculo de luces, colores, sonidos, gente... Si hubiera tenido que describirlo hubiera dicho que era como entrar en otro mundo, uno en el que uno se da cuenta de lo insignificante que es ante esa grandiosidad apabullante. Miraba arriba, abajo, miró a Paul, que la miró a su vez sonriendo.

—Esa es la reacción. Sí, señora. —Y se echó a reír.

A esta reacción sí estaba acostumbrado. Todos aquellos a quienes había llevado a los distintos puestos de trabajo para los que habían sido solicitados habían abierto igual la boca y los ojos, lo habían mirado a él como

preguntándole cómo puede vivir alguien en una ciudad así y considerarlo lo más normal del mundo.

—No es que no haya visto otras grandes ciudades, en Europa, eso sí, pero esto... esto... la deja a una sin habla.

Una idea le pasó a Paul por la cabeza. Nada descabellada teniendo en cuenta que ya había pasado con muchas otras personas a las que habían contratado.

—Miriam, ¿sabe dónde va a trabajar?

—Pues creo que en casa de un joven matrimonio, los Grant.

A esta tampoco se lo habían dicho. No se apellidaban Grant. Ahora además tendría la oportunidad de ver el rostro de Miriam cuando viera para quién iba a trabajar. Esto solían hacerlo en la empresa cuando los que buscaban un empleado eran ricos o famosos o ricos y famosos que no querían que nadie se colara en sus vidas sin recomendación. Políticos, artistas, grandes empresarios de la moda, millonarios descendientes de otros millonarios, en definitiva, gente que buscaba personas como mínimo discretas para ser incluidas en nómina, eso sí, con el correspondiente contrato de privacidad que haría que en caso de cometer alguna indiscreción, el trabajador se encontrara en la calle de un día para otro, con una querrela interpuesta contra él o ella y con la única certeza de que la agencia no volvería a solicitar sus servicios.

El trayecto no había sido muy largo y Paul no había hablado demasiado, no solía hacerlo nunca porque era un hombre discreto al que más que hablar le gustaba observar. Al girar el coche y adentrarse en aquella calle tan elegante, Miriam se dirigió a él:

—¿Ya hemos llegado?

—Casi. —contestó él—. Es en ese bloque del final, el blanco. Es un lugar precioso para vivir, y tendrás la suficiente independencia como para entrar, salir y hacer tu vida sin interferir en la de los Grant. —Y al decir el apellido sonrió—. Tendrás un pequeño apartamento independiente con salida por el patio del edificio, con lo cual solo te cruzarás con ellos mientras trabajas. Además, pasan mucho tiempo fuera, a veces los dos, a veces él, otras veces

ella... Enseguida lo entenderás.

Paul bajó un momento y se colocó delante del portero automático con videocámara que estaba situado en la entrada. Era una enorme verja negra barroca de hierro. Miriam, que seguía sentada en el coche, vio cómo hablaba con el video portero y volvía al coche mientras la verja se abría lentamente. Se colocó de nuevo al volante e introdujo el coche en el enorme jardín de la entrada. Unos metros más adelante había varias filas de aparcamiento vigiladas por el correspondiente guardacoches uniformado de azul marino. Aparcó en una de las plazas y salió del coche. Miriam hizo lo mismo. De repente sentía un tremendo malestar. No esperaba un lugar así, tan... de película. No era un edificio muy alto, como los rascacielos que le habían robado la respiración al llegar a la ciudad, pero tenía un aspecto imponente, tan sobrio, tan blanco, tan immaculado. Paul sacó la maleta del coche y se colocó a su lado.

—¿Lista?

—Supongo que sí. —No sabía qué decir, de pronto tenía la sensación de que algo extraño se avecinaba aunque no podría decir qué. Ante ellos apareció una enorme escalinata de piedra y el portero se acercó a recibirlos.

—Buenas noches. La señora los está esperando.

Los acompañó educadamente hasta el ascensor y, al cerrarse las puertas, se dirigió nuevamente a su mostrador.

Si por fuera el edificio ya era impresionante, por dentro no tenía nada que envidiar. Paredes de mármol blanco, espejos, cuadros, ascensor último modelo... Ahora sí que se estaba poniendo nerviosa. El ascensor se abrió y dio paso a un rellano enorme donde había dos puertas también enormes y al parecer antiguas, una frente a otra, pero a una gran distancia para tratarse de un bloque de pisos, aunque no fuera uno cualquiera. Ellos se dirigían a la puerta blanca. Cuando se colocaron frente a ella, Paul pulsó el timbre. Sonó una especie de campanada y el ruido de unos pasos acercándose a la puerta, que finalmente se abrió.

—Bienvenidos, adelante.

Una mujer alta, delgada, vestida con unos *leggings* negros y camiseta larga y gris los saludó. Miriam juraría que la conocía, pero eso era imposible, ¿cómo podría? Mientras la seguía por el enorme pasillo que conducía al salón, Miriam vio que no llevaba zapatos, solo unos calcetines de esos que llegan al tobillo, y que estaba despeinada, como si acabara de levantarse. Alzó la vista y una foto de una preciosa mujer sonriendo junto a un hombre guapísimo que sonreía aún más casi la sacudió. Ahora sí que la había reconocido, aunque distaba bastante de la imagen de la mujer que los había recibido. ¿Cómo no iba a reconocerla si no había revista o programa de televisión en que no apareciera? Aunque ahora que caía en la cuenta, hacía bastante que no había leído nada sobre ella. Sobre Charlotte Richards, la estrella de cine, musa de moda omnipresente en anuncios publicitarios y todos los demás adjetivos que se puedan usar para hablar de la nueva diva de Hollywood. Imitada hasta la saciedad por chicas y mujeres de todas las edades, su pelo, su aspecto, su ropa. Ella no había tenido la oportunidad de ver sus películas, pero sí que había sido bombardeada con su imagen en las marquesinas de los autobuses, en las portadas de las revistas de moda, juraría que aparecía en la revista que hojeó la última vez que fue a la peluquería, justo antes de iniciar su aventura.

La mujer los acompañó amablemente hasta el sofá con *chaise longue* que se encontraba al fondo del enorme salón, justo enfrente de la chimenea y les ofreció asiento.

—Veo que te he sorprendido —le dijo educadamente a Miriam, mirándola fijamente.

—Lo siento, perdone... yo... no sabía... no tenía ni idea...

Charlotte la interrumpió:

—Mejor así, seguro que nos hemos evitado algún disgusto.

Paul la interrumpió:

—Es la señorita Santa Cruz, Miriam Santa Cruz.

—Encantada. Supongo que ya no hace falta que me presente.

Miriam no sabía a dónde mirar. Se sentía pequeña, apabullada. Esta mujer destilaba seguridad por cada poro de su piel. La mirada fija, la sonrisa justa, las palabras perfectas, hasta el tono de voz era el adecuado. Esta vez se dirigió a Paul:

—Si no tiene nada más que comentarme le enseñaré a Miriam su apartamento.

Paul parecía no encontrarse muy cómodo. Miró a Miriam y se levantó.

—Nada más, señora. Si hay algún problema, si necesita algo, o tiene alguna duda...

—No se preocupe, se lo haré saber, aunque sinceramente espero que todo salga bien. Acudir a una agencia como esta debe servir de algo, y debo decirle que me la recomendaron encarecidamente. Lo acompañó a la puerta y luego sigo con ella.

Durante unos instantes Miriam tuvo la oportunidad de observar su alrededor. El enorme sofá blanco de piel, la alfombra, la gran chimenea, el suelo de parquet, las fotos... Claro que había visto a esta mujer en mil sitios y ahora que se fijaba, también al hombre, a su marido. No podría decir ni cómo se llamaba, ni en qué películas o series o programas de televisión lo había visto, pero recordaba esa cara de chaval travieso y a la vez dulce, esos tiernos ojos azules, tranquilos, esa mirada apacible. Debían tener más o menos la edad de ella, pero a juzgar por las fotos eran mucho más felices: comidas con amigos, escenas de playa, cenas con famosos, entregas de premios... Jóvenes, ricos y famosos. ¿Qué más se puede pedir?

En aquel momento Charlotte entró de nuevo en el salón. Fría pero educadamente, la misma actitud que había mantenido desde que los recibió, y le pidió a Miriam que la siguiera para enseñarle la casa y el apartamento en el que iba a vivir mientras trabajara para ellos.

Justo a la salida del salón, separada solamente por un enorme arco, se encontraba la gigantesca cocina. Estaba un poco desordenada, desaliñada, pero era preciosa, con una gran isla cuadrada en el centro sobre la que pendía

una enorme campana metálica en tono cobre. Los muebles eran de un estilo entre rústico y moderno, de color cerezo con preciosos tiradores imitando al bronce. También había una mesa de madera redonda rodeada de cuatro sillas y adornada con unas flores. Había una puerta de cristal que daba a una amplísima terraza. No llegó a entrar en ella, pero sí pudo distinguir algunos muebles de mimbre y una gran sombrilla blanca. A la salida de la cocina y el salón se encontraba el pasillo que conducía a los dormitorios y los baños. Cuatro dormitorios todos con baño en suite, según le iba explicando Charlotte más otros dos completos en el pasillo. Ella iba abriendo puertas y señalando el interior y Miriam se limitaba a intentar mantener la boca cerrada ante tanta opulencia. Había una chimenea en el dormitorio principal, que debía medir el triple de lo que ella consideraría normal, con un espacioso balcón que daba a la calle cubierto con una preciosa cortina blanca. Muebles seguramente de anticuario, figuras de mármol y lámparas de alabastro. Habían conseguido que el piso tuviera un carácter indefinible. Ni antiguo ni moderno, ni demasiado pomposo ni sencillo, juvenil pero sobrio. Al pasar por una habitación que permanecía cerrada, Charlotte le aclaró:

—Este cuarto es de Jason. Tendrás que entrar a limpiarlo aunque él te diga lo contrario. Aquí es donde estudia los guiones, escucha música, lee y no sé qué otras cosas. Yo no suelo entrar y las pocas veces que lo he hecho me ha espantado el desorden que hay. Es un poco... caótico.

Este comentario le hizo pensar que probablemente la cuidadosa decoración había sido cosa de ella, como en la mayoría de las parejas que conocía.

Al fondo del ancho pasillo había una puerta que conducía a unas escaleras que llevaban a una planta más alta. Subieron las escaleras y llegaron a una terracita cuadrada, un poco abandonada desde su punto de vista, al fondo de la cual se encontraba el apartamento donde viviría Miriam. Se entraba directamente al salón, que incluía una pequeña cocina en un lateral. Enfrente, un pequeño pasillo que tenía un baño a la derecha y un dormitorio al fondo. Ya está, esta era la realidad, su casa ahora. Nada que ver con lo que acababa de

visitar, para su enorme alivio. Al menos no vería a sus jefes nada más que en horario de trabajo: “De 9 a 5 a no ser que te comuniquemos otra cosa”, le había informado Charlotte.

—Muy bien, pues esto es todo por hoy. Supongo que querrá descansar, así que la dejo. Nos veremos mañana a las nueve. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, señora.

Charlotte sonrió educadamente, dio media vuelta y se marchó con ese caminar elegante que solo una diva podía tener.

Por fin se quedó sola. Se sentó en el pequeño sofá que había delante de la cocina y puso los pies sobre la mesa. Se quitó lentamente los zapatos y miró a la puerta de entrada que daba a la terraza. No estaba mal, impersonal y soso, como de no haber estado habitado en algún tiempo. No tenía hambre, pero curiosamente se sentía muy cansada, como si no hubiera dormido en días. Se acomodó en el sofá y, sin darse cuenta, lentamente, se quedó dormida. Y por primera vez en años no tuvo ninguna pesadilla. Su mente estaba tan ocupada ordenando toda la información que estaba recibiendo que no tuvo tiempo ni para atormentarla como venía siendo habitual.

Era septiembre, por la puerta de la terraza entraba una suave brisa que inundaba el pequeño salón. Se oían ruidos de fondo a lo lejos. Sirenas, coches... Ahora mismo nadie diría que se encontraba en una ciudad tan enorme. No, señor.

Se despertó despacio cuando los primeros rayos de sol se reflejaron en su cara, abrió los ojos y se encontró con la luz que entraba por la puerta de la terraza. Estiró los brazos. Era temprano, estaba amaneciendo. Menos mal que no se había quedado dormida en su primer día de trabajo. Lo que necesitaba ahora más que el aire que respiraba era una café y una ducha. Charlotte le había dicho que hoy tendría que comer de lo que hubiera en la cocina de abajo, ya que tendría que hacer su propia compra cuando acabara la jornada. Así que se metió en la ducha y se sintió exactamente como necesitaba: fresca, limpia, renovada. Encima de la cama había un uniforme de un tono rosa claro,

abotonado delante y con dos bolsillos, a los pies de la misma estaban las zapatillas blancas de cuña. Colocó su maleta sobre la cama y sacó un práctico conjunto de ropa interior de color visón que se enfundó como un guante. Se puso el uniforme, las zapatillas y se recogió el pelo en un moño. No iba a maquillarse, no lo necesitaba, su piel blanca con las mejillas rosadas, sus enormes ojos azules enmarcados por dos cejas cobrizas, su color natural, el color de su pelo. Sus labios no eran finos, pero tampoco gruesos, y tenían un tono que podría pasar por el color de alguna barra de labios rosa oscuro. Se miró al espejo del baño y se sintió satisfecha con su aspecto. Pulcra, limpia, como creía que debía aparecer en su primer día de trabajo. Miró el reloj de su muñeca. Aún eran las ocho. Pero necesitaba un café urgentemente. Se dirigió a la puerta y, cruzando la terraza, bajó por las escaleras que conducían hacia el piso. La puerta estaba abierta, así que simplemente entró. Todo estaba en silencio y en penumbra, las cortinas del salón, a lo lejos, se veían cerradas. Se detuvo en la cocina y abrió unos cuantos armarios cuidadosamente buscando una cafetera. No vio ninguna. Dirigió su mirada hacia la encimera de la cocina y vio una de esas cafeteras expresso modernas, tipo cafetería. Miró que tuviera café y la puso en marcha. Se echó en la encimera esperando que el café estuviera listo y una voz masculina la sobresaltó:

—Buenos días. Soy Jason.

Se dio la vuelta y se encontró con aquel hombre que había visto en las fotos. Tan alto y tan guapo como en las mismas, vestido con un pantalón vaquero y una camiseta azul marino, descalzo, que le tendía amablemente la mano para saludarla. No pudo decir nada. Tendió su mano y sonrió. Jason se sorprendió. No la esperaba así. Charlotte le había dicho que vendría una chica latina y él se había imaginado alguna sudamericana bajita y morena, como alguna otra que había desfilado por la casa. Pero esta mujer no tenía nada que ver con lo que esperaba. Le pareció guapa, muy guapa. No parecía la típica mujer que se dedica a limpiar las casas de los demás. Le sonrió.

—Tú debes ser la chica nueva.

—Miriam, señor, me llamo Miriam. Encantada de conocerlo.

—Por favor, llámame Jason. —No sabía por qué había dicho eso. Charlotte le hubiera dicho que nunca se le había dado bien mantener las distancias—. El olor del café me ha despertado.

—Lo siento, no sabía si habría alguien... es una tonta costumbre que tengo...

—No te preocupes, no me ha molestado. Al contrario, me tomaré uno contigo si no te importa.

Miriam empezó a ponerse nerviosa. No esperaba esta familiaridad, no después de cómo la había recibido su mujer ayer. Suponía que él sería igual de distante, pero ahí estaba, sonriendo, sentado en una de las sillas de la mesa de la cocina, con el periódico delante y maldiciendo alguna noticia que no le acababa de gustar. Ella empezó a tomar el café que estaba ardiendo, casi se quemó los labios, pero no quería seguir allí.

—La señora no me dijo ayer cómo o por dónde empezar, había pensado...

—Bueno, supongo que tú sabrás qué hacer.

—Me dijo que limpiara su habitación.

—¿Dijo mi habitación? ¿Estás segura de que no dijo “la cueva”, “la madriguera”, o algo parecido?

Él se echó a reír y ella sonrió amablemente.

—No te preocupes, entra si quieres. No creas que tengo monstruos ni nada que pueda atacarte, es solo que me gusta tener mi espacio. Yo no creo que esté tan mal. Después me darás tu opinión. ¿Qué te ha parecido tu alojamiento?

Este hombre la miraba con una familiaridad como si la conociera de toda la vida. No era una mirada incómoda, al contrario, le resultaba agradable que alguien al menos le hiciera esa pregunta, aunque no fuese sincera, aunque fuese una pura formalidad. Lo extraño es que parecía sincera, como su mirada, como su actitud. La había cogido totalmente por sorpresa.

—Estoy muy contenta, señor... perdón. Estoy contenta, gracias.

Salió de la cocina como alma que lleva el diablo y se dirigió a la última habitación. Abrió la puerta, era un vestidor, enorme, pero no muy cuidado.

Pensó que eso sería lo último que haría, mejor empezar por el salón y la cocina y después ir limpiando cada cuarto. Tenía que limpiar todo de modo que se viera su trabajo, que cuando Charlotte volviera se preguntara cómo había vivido tanto tiempo sin alguien como ella en casa. Volvió a la cocina, donde Jason seguía tomando su café delante del periódico y se atrevió a preguntar:

—En cuanto a la comida...

—¿No te ha dado Charlotte ninguna instrucción?

—No, y estaba tan cansada que no me acordé de preguntar.

—Pues debe haber algo con lo que te las puedas arreglar en el frigorífico. Cuando compramos solemos hacerlo por internet y nos lo traen a casa. De todas formas estamos solos tú y yo, algo encontraremos.

Miriam le preguntó:

—¿No está aquí la señora?

—No. Esta mañana nos hemos cruzado en la entrada. Tiene que ir a Los Ángeles con su representante a una audición para una película. Volverá en un par de días.

—Muy bien. Lo haré lo mejor que pueda hasta que vuelva.

Empezó a abrir los armarios y a recopilar productos y otros enseres de limpieza y se dirigió al salón para empezar por allí. La esperaba una larga jornada, justo lo que ella quería, un trabajo mecánico que le impidiera pensar, que requiriera su atención. Llevaba el móvil en el bolsillo, sacó sus auriculares, se los colocó, pulsó el *play* y empezó a limpiar. Era el primer día y había que causar buena impresión. En su teléfono, la canción de Measure, *Begin Again*, le recordaba que estaba haciendo lo correcto, empezar de nuevo. Ya no quería tener miedo nunca más. No quería recordar, hubiera dado media vida por conseguir no recordar nada de los últimos cinco o seis años de su vida, una vez casi dio su vida entera. Se acabó lamerse las heridas. Iba a mover todos los muebles, a limpiar cada estatua, cada cuadro, la cristalera que daba a la calle... había mucho por hacer y ella no tenía intención de parar

hasta caer rendida. En el fondo la había relajado mucho saber que Charlotte no estaba en la casa, la intimidaba, la hacía sentirse insignificante. Esperaba poder hacer todo lo suficientemente bien como para que cuando volviese se llevara una agradable sorpresa. Primero todo lo visible, después los detalles.

Tras una larga mañana limpiando el salón y la cocina, vaciando cada armario, ordenando cada cajón, tenía mucha hambre. Se quitó los auriculares y se dirigió al frigorífico. Era la una. Ni de broma hubiera comido a esta hora en España, aunque claro, tampoco había trabajado de esa forma desde hacía mucho tiempo. Abrió el frigorífico y se dio cuenta de que lo primero que necesitaba esta pareja era ir al supermercado. No sabía si de eso se encargarían ellos o ella, y pensó que si volvía a cruzarse con Jason, le preguntaría. Al menos había pasta, algo de queso, nata... Prepararía unos espaguetis con salsa y si lo que se veía al fondo era un paquete de salmón ahumado sería la mujer más feliz del mundo. Sacó una olla de uno de los armarios de la parte baja de la cocina y la llenó de agua. Una pizca de mantequilla, algo de sal y ¡a cocer!

Se sentó en la mesa de la cocina a hojear el periódico, pero realmente no le estaba prestando ninguna atención. Su mente había vuelto a traicionarla llevándola al pasado, a la época en la sí era feliz. Cerró los ojos y olió el aire, la brisa marina, sintió el agua en su cuerpo, escuchaba risas infantiles, carcajadas, chapoteos.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —dijo Jason entrando en la cocina.

Miriam abrió los ojos sobresaltada y se puso de pie de un salto.

—Perdona —se disculpó Jason al ver su reacción—. ¿Te he asustado?

—No, tranquilo. Es que no sabía si habría alguien en casa —contestó ella ya repuesta del susto.

—¿Sabes? Has entrado dos veces en la cocina y las dos veces has hecho que venga a buscarte... Esto empieza a ser una costumbre. Siento haberte asustado.

—En serio, no importa. —Se dirigió a la cocina donde el agua que había puesto en la olla hervía sin parar y añadió los espaguetis—. Solo es agua con

mantequilla, voy a preparar unos espaguetis para comer. ¿Le gustaría probarlos?

—¿Hablas en serio? Estás hablando con un hombre que lleva dos días sin llevarse nada decente al estómago, claro que quiero probarlos.

Miriam no sabía cómo dirigirse a este chico que tanto la intimidaba con su dulzura, su mirada, su forma de hablar... pero tenía que preguntarle algunas cosas que no podían esperar o acabaría haciendo algo que pudieran considerar de mal gusto.

—Verá... yo me preguntaba... ¿dónde debo comer?

Jason la interrumpió:

—Cuando lleves aquí algún tiempo te darás cuenta de que la intendencia de la casa no es lo mío, eso es cosa de Charlotte. A ella se le da muy bien dar instrucciones, sabe tratar a la gente. A ver, las otras chicas que han trabajado aquí han comido aquí, en la cocina. Pero no te preocupes demasiado, a veces no estamos aquí, si quieres puedes subir a tu apartamento.

—Comeré en la cocina. Procuraré hacerlo antes o después que ustedes. Perdón —dijo levantándose.

Movió los espaguetis y sacó una olla más pequeña para preparar la salsa. A medida que esta se calentaba, el dulce olor de la nata y el salmón ahumado inundó la cocina.

—Huele francamente bien —dijo Jason.

—Gracias. Es lo único que he encontrado en el frigorífico que me ha dado una idea de lo que podía preparar, está en las últimas. Había un ratón con una pancarta pidiendo que alguien hiciera la compra.

Jason se echó a reír ante la ocurrencia.

—¿Te importaría comer hoy conmigo? No me gusta comer solo.

—Por supuesto que no.

En cualquier otro lugar, con cualquier otra persona, hubiera pensado que estaba intentando ligar con ella, pero sabía, sentía que este hombre no tenía ningún tipo de doblez ni mala intención, que lo que decía era lo que realmente

pensaba y que no haría nada que pudiera molestarla en ningún momento. “Extraña forma de ser para alguien que gana tantos millones de dólares”, pensó. Miriam sacó un mantel y lo colocó sobre la mesa. Colocó dos platos de pasta, uno frente al otro y dos tenedores. Sacó unas servilletas del primer cajón de uno de los muebles de la cocina y se dispuso a sentarse a comer frente a Jason. Este se levantó y se dirigió al frigorífico a por algo para beber.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

—Yo tomaré un refresco de cola.

Se sentó frente a ella y se dispuso a comer. Realmente había hecho un milagro con lo que había encontrado en la nevera. A él no le gustaba cocinar, si tenía hambre y no encontraba nada que hubiera sobrado de lo que hubieran pedido el día anterior se hacía un sándwich o se comía unas galletas o unos cereales. Charlotte tampoco era muy buena en la cocina, se había acostumbrado a pedir o traer la comida de algún restaurante o a comer fuera. Aunque últimamente comer fuera era cada vez más difícil porque al día siguiente encontraban fotos en las revistas de ellos dos desayunando, comiendo o cenando. No entendía qué importancia podía tener eso para el público, pero indudablemente la tenía, y si se podía insinuar que Charlotte estaba embarazada, o que estaban enfadados, o que eran la pareja ideal, mejor que mejor. Puro morbo.

—Dime, Miriam. ¿De dónde vienes? ¿Cómo has acabado aquí?

—Supongo que habrá visto mi ficha de la agencia.

—Ya te he dicho que eso lo hace Charlotte. Y no recuerdo que me haya mencionado nada especial.

—¿Por qué tenía que haber algo especial? —Se sorprendió ella.

—No sé. Por ejemplo, la forma en que hablas, tan correcta, tan bien pronunciada, tan neutra. ¿Dónde aprendiste inglés? En la calle no, desde luego.

—No, claro. Aprendí en el colegio.

—No sabía que fueran tan buenos con los idiomas en España.

Miriam se mostró incómoda sin darse cuenta, pero Jason sí se percató, así que cambió de tema, pero como solía hacer siempre, sin ninguna sutileza:

—OK, nada de preguntas sobre ti. ¿Quieres preguntarme tú algo?

—Pues no. No.

—¿Ni siquiera la típica pregunta de cómo llevamos la fama?

—Supongo que para ustedes será rutinario, es decir, estarán acostumbrados. Y si algo he observado es que si uno no quiere no tiene por qué salir en ciertas revistas.

—Bueno, eso es verdad a medias. ¿Habías oído hablar de nosotros antes?

—Si le soy sincera sé que son famosos, sé que son actores porque los he visto en prensa y en publicidad, pero no he tenido mucho tiempo de ir al cine o de ver la tele últimamente. Tampoco presto a estos temas mucha atención, la verdad.

—¡Qué raro! Es decir, las otras chicas que han trabajado aquí sí que sabían quiénes éramos, incluso nos mencionaban series o películas que habíamos hecho... Es curioso hablar con alguien que no me conozca. Tendré que acostumbrarme —añadió con un gesto de fingida preocupación.

Miriam había terminado su plato, pero esperaba a que él acabara para levantarse y recoger la mesa antes de seguir con la limpieza del resto de la casa. Jason acabó de comer y se levantó.

—Estaba delicioso.

Y antes de que pudiera decir nada más su teléfono móvil empezó a sonar. Lo miró, descolgó y se fue hacia su cuarto charlando animadamente con alguien.

Miriam recogió la mesa y la cocina y se dispuso a seguir limpiando. El siguiente paso era limpiar el dormitorio principal. Si Charlotte volvía, como esperaba, cansada del viaje, lo primero que haría sería entrar en su cuarto a darse una ducha o a echarse un rato, y debía dejar aquella habitación como sabía que a alguien que aparentemente tenía tanto autocontrol le gustaría. Deshizo la cama por completo y le dio la vuelta al colchón. Buscó en el armario unas sábanas que poner y una funda para el edredón, y volvió a hacer

la cama. Limpió los muebles con una bayeta y un pincel humedecidos en limpia muebles. Abrió los cajones y distribuyó la ropa interior, los papeles y todo lo que encontró. Quitó las cortinas, como ya había hecho con las del salón, para lavarlas, y aprovechó para limpiar el balcón. Se asomó y vio la hermosa calle ancha debajo. Si no supiera que solo había que llegar a la esquina y girar a la derecha para encontrarse con el bullicio de la gran ciudad, ni siquiera se lo hubiera imaginado. Había sol, pero no hacía mucho calor, lo que facilitaba enormemente su trabajo. Curiosamente no estaba cansada. Mañana tocaba compra. Jason le había dicho que comprara lo que quisiera, pensando en lo que iba a preparar a lo largo de la semana. Por hoy había terminado.

Recogió todos los productos de limpieza, echó un último vistazo por si había algo fuera de lugar y salió por la puerta de atrás hacia su pequeño apartamento en la terraza. Definitivamente tenía que hacer algo con él, unas plantas, unas velas perfumadas, una guirnalda de luces, había que personalizarlo. Estaba muy bien, pero sin ningún detalle. Tenía que convertirlo en su hogar.

## Fran, de Francisco, chata

Se dirigió al cuarto de baño y se duchó. Luego se puso un pantalón vaquero ajustado, unas zapatillas planas ideales para caminar, una camiseta y un pequeño bolso cruzado. Sacó su guía de la maleta y se decidió a ir a dar un paseo a pie, hasta donde sus piernas la llevaran. Ya se alejaría en otro momento, cuando se encontrase preparada. Se soltó el pelo y se puso sus gafas de sol. Se puso un poco de brillo en los labios y se lanzó a la calle a ver qué encontraba alrededor. En cuanto abandonó la casa y salió a la avenida principal la vida volvió a sus venas. La avenida estaba llena de tiendas, cafeterías, restaurantes, floristerías... Hacía siglos que no venía un lugar así, quizás desde que estudiaba inglés en Londres. Aunque esta calle podía haber pertenecido a París, o a Viena, o cualquier otra capital de las que había visitado, y conocía algunas más. Parece que hacía miles de años de aquellos viajes, de su vida, de su pasado. Tenía sentimientos encontrados desde que había llegado a la ciudad. Por una parte notaba cómo cumplía su objetivo de cambiar de vida, de olvidar todo lo que había sucedido antes de llegar aquí, antes de todo, notaba que se iba sintiendo mejor, con ganas de salir. Desde que concibió la idea de marcharse de España había centrado su pensamiento en ello y ahora sabía que había hecho lo mejor. Pero por otra parte se sentía tan culpable, tan avergonzada, por estar viva y por querer estarlo, por tener ganas de sonreír por primera vez en muchos años, por pensar en velas perfumadas y plantas y hasta por estar pensando en recoger algún gato para tener compañía

en casa. No tenía derecho. Cuando tus seres más queridos han desaparecido, cuando sabes que ya no vas a verlos más, que no crecerán, que no estudiarán, que no se enamorarán...

—Perdón, tenía curiosidad por saludarte.

Miriam se detuvo de golpe. Ni se había dado cuenta hasta dónde había llegado, solo que estaba frente a una de esas cafeterías famosas con cafés de todo tipo y sofás para disfrutarlos. Frente a ella, un hombre alto, delgado, algo calvo, de enormes ojos azules, la miraba fijamente. Se había dirigido a ella en español, así que algo sabría de ella.

—Soy Fran, de Francisco, chata, no de Frank, pero es que queda muy *fashion*, ¿no? ¿Trabajas en casa de la bruja de Charlotte Richards? No me mires así, esto es un pueblo, como todo. Desde que has llegado al bloque no se ha hablado de otra cosa. Di algo, nena.

Definitivamente este tío escapado de una *after gay* había logrado captar su atención.

—Soy Miriam.

—Ya, nena, hasta eso llego. Yo trabajo justo en la puerta de enfrente de la casa de la Richards, pero mi jefe es un banquero, gay, pero banquero. Aunque no ha salido del armario, ya ves, está divorciado, tiene hijos y va por ahí con ese aire tan respetable... Pero yo limpio, nena, yo limpio... —le dijo mientras la golpeaba suavemente con el reverso de la mano en el brazo—. Y sé lo que entra en esa casa... aunque también puedo contarte lo que pasa donde tú estás. ¿Qué tal el primer día? Me han dicho que el místico está solo. Aún no puedo creer que lo haya dejado solo, será la primera vez, chica. Lo tiene totalmente controlado, no te habrá visto muy guapa cuando se ha atrevido a dejarlo sabiendo que estás tú, o será que la mala pécora no cree que el galán se vaya a fijar en una criada. ¡Como es tan clasista la muy zorra!

Miriam estaba totalmente abrumada. Su cabeza no podía asimilar tanta palabrería incomprensible de golpe ni tanto aspaviento. En un par de minutos se había presentado y le había contado cosas de su trabajo que seguramente le

hubiera costado descubrir años. Ella no era muy dada a los chismes y tampoco era muy observadora, así que o las cosas pasaban enfrente de sus narices, o ni se enteraba.

—Pues mi primer día ha estado bien, y de lo demás... no sé qué decirte. ¿Cómo sabes...?

—¿Qué has llegado? ¿Qué te llamas Miriam? ¿Has visto ese portero tan elegante que te acompaña al ascensor? Pues es un chismoso, es portero, ¿qué esperas? Le dijo a Tatiana, la que trabaja en casa del ministro, que la Richards había despedido a su prima el mes pasado y que había acudido a una agencia nueva para encontrar a otra asistente porque las que le mandaban de esta nunca le duraban mucho. La muy guarra, si no hay quien la aguante, si este hombre es un santo... Total, que ya hemos estado pendientes y le dijimos al portero que nos avisara cuando llegara la nueva. Ahora ya lo sabes todo, nena.

La miraba con una cara entre divertida y sorprendida, por supuesto orgullosísimo de su presentación y del impacto que había causado en Miriam. Le encantaba llamar la atención, seguro que no le había costado nada abordarla de ese modo en la calle y soltarle todo lo que le acababa de decir.

—¿Bueno, qué? ¿Te vas a quedar ahí parada? Invítame a un café por lo menos, aunque sea por lo que te estoy entreteniendo.

Miriam se echó a reír, de veras, alucinada y encantada de que este personaje le hubiera prestado tanta atención sin conocerla siquiera. Se dio la vuelta y señaló el café.

—Venga, nena, aquí mismo, anda. Detrás de ti.

Ella no podía parar de reír, no se podía ser tan marica sin que fuera intencionado, sin que hubiera un poco de interpretación. Pidieron dos capuchinos y se sentaron en uno de los sofás que tenía delante una mesa pequeña cuadrada.

—¿Qué te pareció la bruja?

—La verdad, no he hablado mucho con ella. Altiva, elegante, educada, distante...

—Es una petarda, ya me darás la razón. ¿Sabes que le exige al pedazo de marido que tiene que la mencione en todas sus entrevistas? Vamos, para que quede claro que está pillado, por si alguna otra le tira los tejos.

—Se fue cuando llegué, así que no he tenido oportunidad de hablar con ella.

—Ni aunque estuviera aquí. ¿Qué crees, que se va a dignar ni a mirarte? Ya hablarás con Tatiana y te contará lo que su prima ha llorado en esa casa. ¿Y qué, qué vas a hacer ahora?

—Pues había pensado comprar unas plantas para la terraza de mi apartamento y unas velas... algo para alegrarlo un poco.

—Te voy a llevar a una tienda que hay en la siguiente calle que vas a alucinar. Tienen de todo y nada que ver con los precios que se ven por aquí. Estos se creen que somos millonarios, los muy maricones.

Miriam siguió tomando su café sorbo a sorbo mientras observaba a Fran. Debía tener unos treinta y cinco años, más o menos como ella. Y hablaba a la velocidad de la luz. Era abrumador escucharlo, y más para ella, que llevaba siglos sin hablar con nadie. Desde que salió del hospital apenas había tenido alguna conversación telefónica con alguna amiga, pero después de todo lo que le pasó, hasta sus amigas habían dejado de llamarla, probablemente por miedo a no saber cómo hablarle, qué decirle. Sus recuerdos de esta época estaban un poco emborronados debido a los sedantes y a los antidepresivos. No recordaba que nadie hubiera ido a verla al hospital. Ya no tenía familia, era hija única y sus padres habían muerto hacía unos años en un accidente de tráfico. Al menos nunca le comunicaron que hubiera tenido visita. Y cuando por fin acabó el tratamiento y se supuso que estaba preparada para volver a su vida normal, tampoco nadie acudió a recogerla. Salió del hospital sola, con la misma pequeña maleta que había traído a esta ciudad y casi con las mismas cosas. Probablemente la persona con la que más había hablado después de con el amigo que le consiguió el empleo fue Paul.

—¿Llevas mucho tiempo en Nueva York, Fran?

—Seis años. Vine igual que tú, a través de una agencia que contrataba

personal supuestamente de confianza para trabajar en casa de famosos y ricos. He tenido mucha suerte si me comparo con todas las que han trabajado donde tú estás ahora. Creo que ha habido una cada seis meses. La penúltima fue la más lista.

—¿Por qué? —le preguntó ella que ya estaba bastante intrigada con todo lo que le estaba contando este personaje.

—Pues fue la que sacó algo de pasta yendo a programas de televisión y hablando de Jason y Charlotte. Primero intentó chantajearlos con no sé qué fotos que decía que tenía. Y como no pareció dar resultado, empezó a hacer negocios con un representante de este tipo de personajillos que pretenden subirse al carro contando la vida de sus jefes. Perdió el trabajo, sí, pero a saber lo que habrá sacado con todo lo que largaba. Y hubiera trabajado mucho tiempo porque era fea y a la Richards no le preocupan las feas. Por cierto, tú eres guapísima. No me quiero imaginar el aspecto que tendrás con un poco de maquillaje y otra ropa.

Ella se miró de arriba abajo. ¿Qué le pasaba a su ropa? Él, como comprendiendo lo que pensaba, le dijo:

—A ver, entiéndeme, como cuando uno se arregla para irse de fiesta.

—¡De fiesta! Pues debe hacer años que no he salido de fiesta.

—No te preocupes, te irás. Nos juntamos un grupo muy majo de gente, casi todos hispanos, para salir por ahí, ir a cenar o a ver algún musical, bailar... ya te llamaré. Por cierto, dame tu móvil que te hago una perdida y así estamos en contacto.

—No tengo móvil.

—¡Qué! —gritó Fran con los ojos saliéndose de las órbitas. Pues eso hay que arreglarlo. Ahora mismo compramos uno.

Acabaron de tomarse el café y salieron camino de la tienda que le había mencionado Fran al principio. Era un local muy pequeño, casi toda la fachada la ocupaba el escaparate que estaba a rebosar de cosas. Tenía de todo lo relacionado con la decoración, cojines, colchas, lámparas, marcos de fotos,

espejos, hasta algún mueble antiguo. Por dentro no estaba mucho más ordenada, apenas se podía andar entre la infinidad de cosas que abarrotaban el poco espacio de que disponía el local. Fran la convenció de que se olvidara de las plantas, se acercaba el otoño y luego uno de los duros inviernos de Nueva York. No era buena época para las plantas y menos para alguien como ella, que le había confesado que jamás había tenido mano para ellas. Al final se compró algunas velas perfumadas, cajas decoradas y dos lamparitas tipo Tiffany que ya pensaría dónde colocar. Después fueron juntos a una tienda de móviles a comprar uno para Miriam. Al salir de la tienda, Fran se despidió:

—Te dejo, reina. Me están esperando.

—¿Tú no te alojas aquí?

—Al principio sí, pero después me eché novio y me marché a un apartamento compartido. Luego me quedé sin novio y ya me había acostumbrado al lugar, así que me quedé. Tampoco me sale muy caro y estamos tres. Bueno, lo dicho, nos vemos mañana. Cualquier cosa que necesites, ya tienes mi teléfono.

—Muchas gracias, Fran. La verdad es que me ha encantado charlar contigo. Hacía mucho que no me reía tanto.

—Eso creía. Tienes pinta de haber salido de un convento. ¡Ciao!

Y antes de marcharse le plantó un beso en la cara. De camino a casa, Miriam se detuvo en un pequeño supermercado y compró algunos refrescos, algo de leche, pan, embutido, y algunas cosas para ir llenando los armarios y el frigorífico de su nuevo hogar. Pagó, asió sus bolsas con fuerza y echó a andar sobre sus pasos hasta que se encontró de nuevo en su pequeño apartamento. A juzgar por lo que había dicho Jason, probablemente Charlotte tampoco estuviera al día siguiente. Terminaría de limpiar lo que le quedaba aunque tuviera que marcharse más tarde. Fran había conseguido despertar su curiosidad. No había que ser muy lista para darse cuenta de que Jason y Charlotte eran distintos, ya en el primer encuentro ella se había percatado de ello, pero llevaban algunos años juntos, algo que tampoco era muy normal en

este mundillo de los famosos. Sin embargo, Jason se veía feliz, despreocupado, aunque lo había visto tan poco que no podía juzgar. Vacío las bolsas y colocó todo en su sitio. Puso una vela y un jarrón con unas flores tan bonitas que hubieran pasado por reales encima de la mesa que había en el comedor. Distribuyó otra vela en su cuarto y en el cuarto de baño, donde también colocó un ambientador eléctrico, y finalmente puso una de las lámparas en una especie de taburete cuadrado que había decidido usar de rinconera y la otra en la mesilla de su habitación. Ya estaba anocheciendo, así que encendió la lamparita que había colocado en la rinconera del salón y se fue a buscar un sándwich a la nevera. Puso la tele y la reconfortó oír ruido, dejó de sentirse sola casi al instante. Tomó su cena frente al televisor, con las piernas dobladas sobre el sofá, y en cuanto acabó se tumbó para ver la película que ponían a continuación. Hacía fresco, tanto que cerró las ventanas pues tenía la carne de gallina. Por segunda vez en años se quedó dormida sin tener que tomar ninguna píldora. La especialista del hospital le dijo que no debía darse demasiada prisa en dejar la medicación, que tenía que estar preparada y después hacerlo poco a poco. Pero no estaba siendo un proceso consciente. Ya no tomaba antidepresivos desde principios del verano y el último ansiolítico que tomó fue cuando subió al avión, momento que parecía estar a años luz de este, y que apenas había ocurrido hacía unos días.

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, pensó que lo de dormir en el sofá se estaba convirtiendo en una costumbre y se echó a reír. De nuevo repitió el proceso del día anterior: se duchó, se vistió y se peinó, esta vez con una cola en vez de un moño. Se acercó al espejo y recordó lo que Fran le había dicho el día anterior, que estaría muy guapa con algo de maquillaje. Sacó un pequeño neceser del cajón del mueble bajo lavabo y se delineó un poco los ojos, se puso rímel, coloreó sus mejillas suavemente con un colorete rosa que le daba un aspecto fresco y saludable y por último, se pintó los labios, también en un tono rosa. Se vio muy favorecida y se preguntó a sí misma por qué se había maquillado hoy después de tanto tiempo. Recordó a Jason y enseguida espantó

ese pensamiento. ¿Estaría hoy en casa? ¿Lo vería? Se avergonzó al pensar en sí misma como una de esas admiradoras locas capaces de cualquier cosa con tal de ver o tocar a sus ídolos. Pensó que era un poco mayor para esas tonterías y que lo que le había pasado es que su naturalidad, la dulzura que emanaba de sus inmensos ojos azules, y ese aspecto de niño perdido habían causado en ella el mismo efecto que probablemente causaba en sus admiradoras. Fran le había dicho el día anterior que tenía legiones, y hasta le había recomendado un par de páginas web donde encontrar información, imágenes de sus películas, fotos y chismes sobre su vida personal. De nuevo pensó que era demasiado mayor para esto. Sonrió a su imagen en el espejo y salió del apartamento dispuesta a acabar la tarea para la que había sido contratada. Eran las ocho y media de la mañana cuando entró a la casa y se dirigió a la cocina a prepararse un café, igual que había hecho el día anterior. Y se sorprendió de nuevo pensando que quizás Jason aparecería alertado por el olor del café recién hecho. Pero no fue así. Tomó su café y se preparó para seguir limpiando tal y como se había propuesto. La siguiente habitación que iba a limpiar era la suya. Llamó antes a la puerta por si él estaba dentro, pero nadie respondió. Al abrir se sorprendió al ver que el cuarto estaba ordenado. Era una habitación grande con un sofá al fondo y una mesa pequeña delante. Las paredes estaban forradas por librerías llenas de libros, papeles, fotos. Curiosamente en estas fotos no estaba Charlotte. Eran fotos de un chico rubio vestido de jugador de fútbol, el mismo chico algo más mayor junto a un perro, luego junto a una mujer muy guapa y otras dos chicas. La mujer le recordaba a Jason. Pensó que sería su madre. Había un par de pósteres en la pared donde se encontraba la puerta, uno de *Casablanca*, la película, y otro de *Star Wars*.

Había una pared dedicada a todo tipo de aparatos, desde ordenador fijo, ordenador portátil, incluso un equipo de música Bang and Olufsen que la dejó con la boca abierta. Unos auriculares en la mesa pequeña, unos papeles sobre el sofá... ¿Este era todo el misterio? ¿Esta era esa habitación tan extraña donde se escondía la estrella? Fue sacando el contenido de cada estantería,

limpiando y volviendo a colocar cada cosa en su sitio. Si había aprendido algo era que a nadie le gusta que le cambien las cosas de sitio, de hecho hay gente que se vuelve loca cuando no encuentra algo porque alguien lo ha cambiado de lugar.

Limpió el gran ventanal que estaba cubierto por un estor que también desmontó para lavar. Recordó sus auriculares y se los colocó en las orejas. Un poco de música siempre viene bien, es cierto eso de que la música amansa a las fieras. La mañana transcurrió tranquilamente, de habitación en habitación, de baño en baño, afanándose en cumplir su objetivo de dejar el piso como nadie lo hubiera limpiado antes. Sacó toallas limpias bordadas que dobló y perfumó para después colocarlas en cada cuarto de baño, ordenó el inmenso vestidor por temporadas. Jamás había visto tanta ropa, tantos zapatos, tantos bolsos... Los vestidos de noche eran el sueño de cualquier mujer, largos, cortos, con lentejuelas, con chantilly, con encajes, negros, rojos, *nude*, plata, dorados, de tirantes, palabra de honor, asimétricos. Los zapatos se contaban por decenas. A juego con los vestidos que había visto algunos, otros no. Hasta la ropa aparentemente más informal debía costar una fortuna. Bolsos, chaquetas y abrigos de piel, bufandas y fulares a juego. Todo un derroche de colores y texturas que ella nunca hubiera imaginado que una sola persona pudiera tener en su armario. No quería ni imaginarse lo que debía costar una sola de esas prendas, uno solo de esos pares de zapatos. Probablemente no hubiera acertado, nunca había comprado algo así.

Cuando quiso darse cuenta eran las dos de la tarde. Todo estaba listo. La casa seguía vacía. Pensó que comería algo antes de repasar un poco el suelo y colocar las cortinas que había lavado el día anterior, así que se dirigió a la cocina y sacó un sándwich de la nevera y un refresco. Se quitó los auriculares y encendió el televisor de la cocina para luego sentarse a la mesa. No había visto tantos canales de novelas en su vida. Dejó de cambiar de canal cuando encontró uno de documentales que emitía uno sobre una ciudad de Grecia. En realidad no le prestaba atención, pero siempre le había gustado el ruido de

fondo de un televisor.

Escuchó cómo se abría la puerta y se preguntó si sería Jason o si sería Charlotte, de vuelta de su viaje. Era Jason, escuchó su voz, ya que venía hablando por teléfono con alguien:

—Sabes que no puedo hacerlo, está en el contrato. Vamos, Charlotte, tú sabes cómo funciona esto. Sí, ya lo sé, pero la serie tendrá más tirón. Sí que te lo había comentado. De acuerdo. ¿Entonces te coges un taxi? Bien. Adiós.

Al entrar en la cocina Miriam ya estaba recogiendo.

—¿Qué tal? —preguntó educadamente.

—Acabo de terminar de limpiar. Enseguida sigo colocando las cortinas.

Él sonrió dulcemente.

—No me refería a eso. ¿Qué tal tu día?

—Muy bien. Gracias. Si no le importa voy a seguir con lo mío.

—¿No habrá por ahí algo ligero de comer, verdad?

Miriam se dirigió al frigorífico y le enseñó la otra mitad del sándwich que ella acababa de comerse.

—Eso será perfecto.

Jason se sentó y cuando ella ya salía de la cocina, le preguntó:

—Pareces una mujer inteligente. ¿Tienes algo que decir sobre los celos?

Ella se dio la vuelta y él pensó que hoy estaba especialmente guapa, aunque no sabría decir por qué.

—Los celos son un veneno para cualquier relación. Denotan una gran inseguridad y, a menudo, una falta de personalidad —contestó ella bastante seria.

—¡Vaya, doctora Santa Cruz! Tampoco necesitaba un diagnóstico —le dijo él divertido—. Pero sí, se aproxima bastante a lo que yo pienso. ¿Sabes? Mis padres se divorciaron cuando yo era un chaval. Mi padre era muy celoso y mi madre muy guapa. Ella nunca le dio motivos para tener celos, pero él se los inventaba. Al final fue él quien acabó yéndose con otra. ¿Qué cosas, eh?

Miriam no supo qué contestar. Se limitó a asentir y salió de la cocina a

colgar las cortinas aún húmedas. Las puso en una enorme cesta y sacó unas escaleras de un pequeño armario del pasillo. Llevó las escaleras al salón y volvió a por la cesta. Jason la observaba ir y venir por el pasillo y se preguntaba qué estaría haciendo que la tenía tan ocupada. En cuanto acabó el sándwich fue al salón, donde la encontró subida en las escaleras colocando uno de los visillos. Olía estupendamente.

—¿Qué es lo que huele tan bien?

—Pues supongo que será el suavizante para la ropa. Las cortinas están húmedas. Es la mejor forma de colocarlas. Se desarrugarán por su propio peso.

—¡Hum! No sabía que estas cosas fueran tan complicadas.

—Claro que no.

No pretendía molestar, lo había dicho por decir, pero él pareció sentirse incómodo.

—Ya. Debes pensar qué menuda vida llevo, ¿no? Forrado hasta las cejas, con un trabajo genial donde me pagan un pastón por cada capítulo, una mujer ideal, una casa ideal. ¿Sabes qué? Que a veces las cosas no son lo que parecen. No te creas todo lo que veas en las revistas.

Miriam se disculpó. Se había bajado de las escaleras y estaba justo frente a él.

—Lo siento mucho. No pretendía insinuar nada. A veces no sé qué decir y solo digo tonterías.

—No importa. De hecho la mayoría de la gente piensa lo mismo que tú.

—Yo no soy quién para juzgar a nadie. En serio, ni siquiera había oído hablar de usted antes de llegar aquí, no tengo una opinión. Solo era un comentario. No volverá a ocurrir.

Él se sorprendió al verla tan apurada y le dijo:

—En serio, no importa. ¿Te echo una mano?

Miriam lo miró sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—No, no se preocupe. Estoy acostumbrada y lo hago mejor sola. Gracias.

Jason se quedó unos segundos observando cómo trabajaba y luego se marchó tecleando su móvil. Charlotte llegaría esta noche y no parecía muy entusiasmada con su viaje. No le habían dado el papel para el que había hecho la audición y estaba disgustada por una sesión de fotos que Jason tenía que hacer con su compañera de rodaje para la página web de su serie. Al empezar, la serie no tuvo mucho tirón, pero gracias a unas fotos publicadas en una revista de los dos actores protagonistas charlando animadamente fuera del set de rodaje empezaron los rumores de una posible relación entre ellos. Los foros echaban humo y Charlotte sufrió uno de sus ataques de celos. Después de pedirle toda clase de explicaciones a Jason y enseñarle mil y un comentarios que había encontrado acerca de la pareja, él pudo convencerla de que no había nada entre ellos, pero que los productores habían decidido aprovechar las circunstancias para dar un empuje a la serie. El hecho de que los protagonistas tuvieran tantos fans provocó que los productores planearan más sesiones fotográficas llenas de complicidad y miradas provocativas, y la estrategia surtió efecto. El morbo lo añadía el hecho de que él estaba casado con una actriz hermosa que tenía el defecto de ir de diva por la vida, lo que le granjeó a Charlotte bastantes detractores. Ella nunca llevó bien las críticas y, aunque formaba parte del negocio, no se había visto en ninguna situación similar porque no contaba con la simpatía del gran público debido a los aires de grandeza que exhibía en cualquier fiesta, evento o entrega de premios en que aparecía. El resultado de todo aquello fueron muchas discusiones y la promesa por parte de Jason de que intentaría que situaciones como esta no se volvieran a repetir. En adelante se guardaría muchísimo de aparecer junto a la actriz protagonista a no ser que fuera estrictamente necesario y recordaría a sus legiones de fans que llevaba mucho tiempo casado con una mujer que lo hacía el hombre más feliz del mundo.

Y hoy el temporal amenazaba con volver. Pensó que lo mejor sería salir a dar una vuelta y prepararse para la contienda. Bajó al garaje y sacó su coche. Después salió sin rumbo fijo.

Entre tanto Miriam había acabado con las tareas que se había propuesto y estaba muy contenta con los resultados. Intuía que Charlotte estaría satisfecha con el trabajo que había realizado. Se marchó a su apartamento y, como cada día, se duchó. Salió a pasear por los alrededores con sus auriculares, pero esta vez tenía la intención de caminar un poco más, por lo que se había vestido con unos *leggings* por debajo de la rodilla, una camiseta, las zapatillas de deporte y sus gafas de sol. No tenía intención de detenerse en ningún sitio, solo quería caminar, sentir la suave brisa de septiembre en su cara, no pensar en nada. No podía dejar de asombrarse ante los edificios, las tiendas, la cantidad de gente en las calles. Desde su pequeña terraza no se divisaba nada de eso, solo otras terrazas, las copas de los árboles que adornaban la calle, los cables y algunas antenas. Nada hacía sospechar la maravilla que se ocultaba al final de la calle. Hacía una temperatura muy agradable y fresca. Ni siquiera se detuvo en los escaparates, solo quería caminar, moverse, sentir que sus pies podían llevarla a donde ella quisiera. La música de Snow Patrol contribuía a esa sensación.

Era ya de noche cuando Jason volvió a la casa a esperar a Charlotte. Se tumbó en el sofá del salón y se quitó los zapatos. Encendió el televisor y empezó a hacer lo que siempre hacía cuando estaba intranquilo: cambiar compulsivamente de canal sin detenerse ni a ver qué programas había. La casa estaba en silencio, olía bastante bien. Pensó que a Miriam le gustaban los olores suaves, el olor a limpio, la casa olía así desde que ella llegó. Por un momento se preguntó qué estaría haciendo. No sabía nada de ella, si estaba aquí sola o si conocía a alguien en la ciudad, si había salido a algún sitio o si se limitaba a estar en su pequeño apartamento de la terraza. Le parecía una mujer muy discreta, solo hablaba cuando uno se dirigía directamente a ella y el resto del tiempo andaba por la casa con botes, cubos y cepillos y con sus auriculares en las orejas. Hay personas que usan los auriculares para evitar tener contacto con los demás, para no tener que comunicarse a no ser que quieran hacerlo, pero él creía que a Miriam le gustaba lo que quiera que

escuchara, porque su expresión solía ser relajada. Miró el reloj. Las nueve y media. Charlotte ya no debería tardar. No tuvo tiempo de pensar nada más pues enseguida escuchó las llaves en la puerta. Se levantó y salió a recibirla.

—Hola, cielo. ¿Qué tal todo? —le dijo mientras le daba un beso en los labios.

—Mal. Como siempre. —Ella respondió al beso pero con desgana. Estaba cansada, necesitaba una ducha, no había conseguido lo que había ido a buscar y el peso de la derrota le aplastaba el alma.

—No te lo tomes así, cariño. Es solo cuestión de tiempo.

—¿De cuánto tiempo, Jason? Estoy cansada. —Se dirigió con su maleta hacia el salón y la dejó en la entrada. Luego se sentó en el sofá, agachó la cabeza y se colocó las manos encima—. Ya no soy una niña. Sabes que pasar de los cuarenta es duro en este negocio.

Jason se sentó a su lado y le rodeó los hombros con sus brazos. No sabía qué podía decir que no la hiciera sentirse peor, así que no dijo nada.

—¿Quieres una copa? ¿Has cenado? —le dijo Jason mirándola fijamente. Ella ni siquiera levantó la cabeza.

—No. Voy a darme una ducha y a tumbarme en la cama. Necesito dejar de pensar.

—Puede que sea lo mejor. Mañana todo será diferente, ya verás. Deberías intentar tomártelo con más calma...

—¿Cómo tú? —Jason ya sabía que esta conversación iba a tener lugar, como tantas otras veces porque pasara lo que pasara todo desembocaba en que él se divertía mucho en su trabajo y no le preocupaba tener ningún papel memorable porque ganaba mucho con lo que hacía, lo que le permitía llevar la vida despreocupada a la que siempre aspiró.

—Charlotte, dejémoslo, ¿vale? Estás cansada, anda, te acompaño.

Ella echó a andar por el pasillo y él la siguió. Cuando abrió la puerta del dormitorio y vio la cama pensó que incluso podía ducharse en otro momento, estaba cansada, muy cansada. Se acercó a la cama y se tumbó en posición fetal

lanzando los zapatos al aire. Se abrazó a la almohada. Jason se colocó justo detrás y la rodeó con sus brazos. Quisiera conseguirle el papel con el que soñaba, quisiera que al menos no le resultara tan desastroso cada vez que no lo conseguía, pero no podía hacer nada, solo estar a su lado, que era precisamente lo que estaba haciendo, y que al parecer no era lo que ella necesitaba.

## Byron, negro como la noche

Los días habían dado paso a las semanas, las semanas a los meses y así llegó noviembre, con su frío que helaba hasta el aliento. La gente había sacado sus abrigos, había preparado sus casas para el largo invierno que se esperaba, habían sacado mantas y edredones, radiadores y bufandas. La ciudad se había vestido de un otoño gélido para ser solo otoño. Un otoño como Miriam no recordaba. Ella nunca había vivido en un lugar tan frío, aunque había visitado alguno, pero el frío no era lo suyo. Se había criado en la costa y cuando pudo escoger dónde quería vivir no pudo imaginarse a sí misma sin su playa, sin la luz eterna de los atardeceres desde la primavera hasta el invierno, sin el ambiente húmedo que a veces llegaba a pesar. Le encantaba salir a caminar por el paseo marítimo solo por el placer de caminar, como siempre acompañada de su música, a veces en español, a veces en inglés (las más), pues siempre había sentido una gran atracción por el idioma y la cultura de Inglaterra. Al principio llevaba su *walkman*, después su *discman* y finalmente tomaron el relevo el MP3 y el teléfono móvil. Sus paseos estaban acompañados igualmente por El último de la Fila y Radio Futura o Mecano que por Michael Jackson, Dire Straits, David Bowie o UB40. Una lista larguísima, casi imposible de contar seguía a todos estos grupos y cantantes según iba haciéndose mayor. La música siempre la había acompañado, tanto para llorar como para celebrar, para sus primeros bailes y fiestas, para sus primeras rupturas y desencuentros, incluso para estudiar. De hecho desde muy

pequeña tenía un radiocasete en su cuarto, encima de un pequeño sillón situado junto a su cama, donde escuchaba a Nat King Cole cantando en español, una cinta que su madre le había regalado y que la ayudaba a dejar de pensar en cualquier cosa que pudiera quitarle el sueño y a dormir.

Ahora se encontraba muy bien en aquel apartamento de la terraza. Todo estaba muy bien cerrado, había sacado sus sábanas calentitas y su edredón de plumas comprado en unos grandes almacenes de la gran avenida y le encantaba rebullirse entre la ropa de cama antes de levantarse por las mañanas para empezar a trabajar. Seguía sin haber visitado el centro, de hecho ni siquiera había sido capaz de subirse al metro. Se conformaba con aquel barrio que para ella era la ciudad más grande y más llena de oportunidades del mundo. Y no es que nunca antes hubiera tomado el metro, en distintos países de Europa, cuando era estudiante, pero ahora sentía que todo lo que necesitaba estaba allí y que el resto de la ciudad no iba a marcharse a ninguna parte y probablemente ella tampoco.

Por su parte, Jason seguía rodando su famosa serie allí mismo, en la ciudad, así que aparecía y desaparecía de vez en cuando por la casa. Habían hablado a veces, como siempre de cosas triviales. De Charlotte, como era de esperar, no había recibido el más mínimo halago, ni una palabra, gesto o mirada que le indicaran que todo iba bien o no. Supo que seguiría trabajando en la casa porque no la llamaron de la agencia para decirle lo contrario al acabar el período de prueba, poco a poco fue conociendo más y más reglas de la casa y del uso de su propio apartamento que Charlotte se encargaba de irle comunicando a medida que le iban pasando por la cabeza. Regla número uno: Nada de invitados en la terraza. ¿A quién iba a invitar? ¿A Fran o a la loca de su amiga Tatiana? Había conseguido zafarse de las salidas nocturnas de estos dos y el resto de su pandilla durante más de dos meses con excusas que nadie se había creído, pero que tampoco se habían preocupado de comprobar. Fran siempre le decía que alguna vez saldría, que no se iba a quedar en aquella terraza para siempre, y ella sabía que sería así, pero no ahora. Regla número

dos: Jamás salir a la calle por la puerta delantera, usar siempre la de servicio. Regla número tres: Nada de animales en la terraza. Lamentablemente, la regla número tres la rompió a los pocos días de llegar a la casa.

Una tarde, volviendo de una de sus caminatas, le pareció escuchar unos maullidos lánguidos que provenían de debajo de uno de los coches aparcados junto a la acera. Acababa de quitarse los auriculares para guardarlos en el bolsillo, así que no estaba muy segura de que no hubieran sido imaginaciones suyas. Se dio la vuelta para seguir caminando hacia la casa y volvió a escucharlos, esta vez con claridad. Volvió sobre sus pasos y se agachó para mirar debajo del coche del que pensaba que procedían los maullidos. Allí, justo detrás de una rueda delantera y tan negro como la misma, había un gatito que no debía ser más grande que la palma de su mano. No parecía tener mucha fuerza, pues no hizo el menor amago de marcharse al verla.

—¿Qué te pasa, cosita? ¿Estás solito? ¿Estás enfermo? —le decía mientras intentaba alcanzarlo con el brazo derecho.

Vio que tenía una de las patas delanteras bastante hinchadas, así que tiró de la otra y consiguió sacarlo de allí. No se movía mucho para ser un cachorro de gato que acababa de ser atrapado por una extraña. Aunque ella no se sorprendió demasiado, siempre se le habían dado bien los animales, especialmente los gatos. Lo cogió de debajo de las patas delanteras y lo miró. Estaba limpio y, a excepción de la mano hinchada y la docilidad, no presentaba ningún otro síntoma que hiciera pensar que estuviera enfermo. Lo colocó en la palma de su mano y se lo llevó a la terraza pensando que le curaría la pata y luego ya veríamos. Total, ¿cómo iban a saber abajo que tenía un gato si nadie aparecía nunca por allí arriba?

Una vez en casa lo examinó con más detenimiento. La hinchazón de la pata parecía deberse a la mordedura de algún animal, probablemente otro gato, pues tenía unos agujeros como de dientes. Le echó un poco de Betadine y se lo colocó en el regazo.

—¿Qué cosita más bonita eres! ¿Te quedarás mucho por aquí? —mientras le

hablaba le tocaba de la nariz a la frente con el dedo índice y el gato cerraba los ojos sintiendo las caricias, como alguien que hace mucho que no recibe ninguna, quizás echando de menos la lengua húmeda de su madre paseando por esa misma zona de su cara. Le rascaba las orejitas, le pasaba la mano por el lomo. Ciertamente estaba limpio para haber estado en la calle. Probablemente también tenía hambre. Le abrió un poco la boca y observó que tenía buenos dientes.

—Tú ya puedes comer, amigo. Nada de leche. Te voy a poner un poco de fiambre que tengo en el frigorífico. —Y se fue hacia la cocina con el gato en brazos. Sacó fiambre y lo picó en trozos pequeños que colocó en un trozo de papel de aluminio que a su vez puso en el suelo. El gato pareció recobrar la fuerza solo ante el olor de la comida. Se lanzó a por el fiambre y acabó hasta con el último trozo. Luego, como buen felino, se lamió las manos, se lavó las orejas y la cara y se puso entre los pies de Miriam para que lo cogiera de nuevo.

—Me parece que eres demasiado listo, amigo.

Así fue como Byron, un gato negro como la misma noche, con los ojos de un verde esmeralda como nunca había visto antes en un gato, y que a veces parecía hablar más que maullar, se acomodó en su vida y en su terraza. Le puso ese nombre en honor a uno de sus poetas favoritos, Lord Byron, y porque cualquier otro que se le ocurría le parecía que no le pegaba.

Aquella mañana bajó a la misma hora de siempre para meterse en la cocina y hacer lo que hacía habitualmente: prepararse un café. Era viernes, hacía un frío espantoso y el cielo estaba de un color plomizo que casi no parecía ni de día. Pensó que si estuviera en su casa prepararía unos buñuelos y un tazón de chocolate caliente que le entibiaría el alma. Se encontraba de pie, delante de la cafetera, sujetando su taza de café, cuando oyó el sonido de unas llaves en la puerta que la transportaron unos años atrás, a la peor época de su vida. Se encontró a sí misma temblando, abrazando a dos niños pequeños, un niño de unos tres años y una niña de unos cinco, que no paraban de llorar. Estaban en

el suelo, en un cuarto de baño, justo detrás de la puerta y el único sonido que podía emitir era un chssssss bajito, casi imperceptible. No podía llorar, no podía hacer ningún ruido si quería que el hombre que acababa de abrir la puerta pensara que no había nadie y volviera a marcharse tal y como había venido. Se balanceaba adelante y atrás compulsivamente y seguía acunando a los niños y repitiendo ese chssssss mientras susurraba al aire:

—¡Que se vaya, que se vaya, por favor, que se vaya!

Cuando Jason entró en la cocina la taza con el café que sujetaba en las manos se le cayó al suelo y se hizo añicos. Ella no reaccionó y él pensó por un momento que iba a desmayarse, pero finalmente, como saliendo de un trance, pudo articular un “lo siento mucho” y echar a correr a la terraza de la casa, en busca de un cepillo y un recogedor. Jason no se movió hasta que la vio volver a aparecer.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

—No, perdóneme, lo siento mucho. No sé qué me ha pasado, no lo he oído entrar.

Viendo que no dejaba de temblar, se acercó a ella y la tomó por los brazos suavemente.

—Ven, tranquila, siéntate aquí. No pasa nada, no pasa nada.

Miriam dejó caer dos lágrimas que debió haber detenido sabiendo que detrás vendrían muchas más. Pero no pudo hacerlo. Jason no sabía qué hacer, lo que sí sabía es que esto no era producto de un pequeño susto porque te ha sorprendido alguien que no esperabas. Simplemente la acercó a su pecho y la abrazó. No sabía por qué lo había hecho, desde que ella llegó se habían llevado bien, ella se reía con sus bromas y él sentía que alguien se alegraba de verlo. No eran amigos, pero tampoco extraños y el misterio que la envolvía no lo dejaba indiferente. La veía como a un personaje de novela negra torturado por algo aún no revelado, pero que tampoco podía permanecer del todo oculto.

Miriam repetía “lo siento” una y otra vez, y permanecía temblando, abrazada

a él, intentando solamente dejar de temblar, reponerse y volver a comportarse como se esperaba de ella.

Jason no se movía. Ella sentía la calidez de su cuerpo, la firmeza de su abrazo. Levantó la cabeza y vio cómo la miraba conmovido, sorprendido, expectante. Se retiró y él dejó de abrazarla. No sabía qué hacer. Hubiera querido preguntarle qué le ocurría, pero sabía que no debía, que de recibir una respuesta entraría en su mundo y le daba miedo lo que ello podía suponer. Ahora, enfrente de aquellos ojos azules bañados en lágrimas, se daba cuenta de que ella nunca le había sido indiferente. Quiso hablar con ella desde el primer momento en que la vio, tuvo la sensación de que se había establecido entre ellos una relación diferente a la que había mantenido con otras mujeres que habían trabajado en su casa. No la vio como a la asistente porque esta mujer podía ser muchas cosas, pero no era una asistente.

Miriam se incorporó y cogió una servilleta de papel para limpiarse la cara. Ya estaba más tranquila, ahora no sabía qué hacer, se sentía avergonzada, violenta, sabía que por un momento había abandonado el lugar que le correspondía y lo que más sentía era cómo se había comportado él. Le pareció el hombre más dulce del mundo, ni una pregunta, ni un reproche, solo le ofreció lo único que un ser humano puede ofrecer a otro en un momento así, comprensión, ternura, calor. Hubiera preferido que se hubiese marchado como el que no quiere la cosa, pero al quedarse allí, al consolarla en la forma en que lo había hecho, Miriam sintió que le importaba, que no la trataba solamente como a la chica que trabajaba en casa.

—Gracias —dijo volviéndose hacia la mesa junto a la cual él seguía sentado.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó él realmente preocupado.

—Sí. No sé qué me ha pasado, ni siquiera sé por qué me he asustado —dijo ella intentando que aquello quedara en una mera anécdota—. Enseguida recojo todo esto.

—Déjame a mí, prepara un par de cafés, ¿quieres?

Le cogió el cepillo y el recogedor de las manos, recogió la taza rota del suelo y la tiró a la basura. Mientras Miriam servía dos tazas de café y las ponía en la isla del centro de la cocina.

Observó a Jason. Debía de venir de hacer deporte a juzgar por la indumentaria que llevaba, por eso había venido de la calle tan temprano. Cogió su café y le dio un sorbo. Él hizo lo mismo y dijo:

—Esto calienta el alma.

Miriam sonrió educadamente. Esperaba las preguntas, los por qué, y se sorprendió al no encontrar ninguno. Él actuaba como si acabara de entrar, como si lo que había sucedido hacía unos minutos jamás hubiera pasado. Lo que ella aún no sabía es que Jason se había criado entre mujeres, con su madre, que se separó cuando él no era aún un adolescente, y con sus dos hermanas menores. Si algo había aprendido de ellas era a manejar el mundo de las lágrimas. Su madre, que solía llorar a menudo durante el proceso de divorcio, le dijo una vez que cuando nada sirve, lo único que sirve de algo es un abrazo. Por eso sintió que un simple abrazo, que no vale nada, que probablemente ella ni siquiera esperaba, era lo único que le podía transmitir que estaba con ella, que sabía que algún día a lo mejor decidía contarle lo que hoy se guardaba para sus adentros. También había aprendido que cuando una mujer no quiere hablar de algo, es mejor no preguntar porque cuando realmente decida que es el momento de abrirse a alguien, no habrá nada que la detenga.

Estaban sentados en la mesa de la cocina, uno frente a otro. Miriam sin saber a dónde mirar de lo avergonzada que se sentía, y Jason intentando romper el hielo de alguna manera para que no se sintiera tan incómoda.

—Todos lloramos, Miriam. Todos perdemos los nervios alguna vez.

—Gracias por preocuparse.

—Quiero pedirte disculpas si te he molestado al abrazarte.

Ella se sorprendió.

—No, de verdad, me he sentido mucho mejor.

—Mi madre siempre decía que cuando nada sirve de nada, lo único que sirve es un abrazo. Sé que no tenemos confianza como para esto, pero no he podido evitarlo.

—Su madre es una mujer muy sabia.

—Lo es. Te sorprendería la cantidad de cosas que he aprendido de ella y las que sigo aprendiendo. —Sonrió Jason dejando entrever una pizca de nostalgia en su mirada.

—¿También vive aquí, en Nueva York?

—No, no. Está en Londres.

—¿Así que es usted inglés?

—Pues sí, aunque me marché de Inglaterra siendo un adolescente para abrirme paso en este mundillo de aquí, en América.

—Claro, de ahí lo del acento.

—Mi madre y mis hermanas siguen allí. Mis hermanas tienen allí a sus familias, así que nos vemos cuando podemos. Las echo de menos. ¿Sabes que cuando era pequeño me hacían todo tipo de cosas? Si se aburrían me maquillaban, me ponían sus vestidos y hasta me hacían fotos las muy... —dijo con un tono entre tierno y divertido.

—Vaya, eso es típico de todas las hermanas mayores. —Miriam se echó a reír.

—¿Tú tienes hermanos?

—No —contestó ella algo más seria—. Yo fui hija única.

—¿Y tus padres? ¿Viven en España?

—Murieron hace mucho tiempo, cuando yo estudiaba.

Jason pensó que sería mejor cambiar de tema. A Miriam parecía estar afectándole la conversación. Debió haber sido muy duro perder a sus padres siendo aún joven. Y sería tan triste no tener hermanos, hermanas, familia al fin y al cabo. ¿Qué habría traído hasta aquí a esta mujer? ¿Por qué le parecía que era alguien muy distinto a quien aparentaba ser?

—Vaya, lo siento. ¿Sabes qué? Voy a darme una ducha y voy a salir. Tengo

cosas que hacer.

—Yo sí que tengo cosas que hacer y mire dónde estoy... aquí sentada tan tranquila.

Jason se levantó y se dirigió a su dormitorio donde Charlotte aún no se había despertado. Últimamente no dormía muy bien, y el médico le había recetado unas pastillas que la dejaban totalmente anestesiada. Se sentó en el filo de la cama y le tocó el pelo suavemente. Era hermosa, fue lo primero que pensó el primer día que se la presentaron, fue en una entrega de premios en Los Ángeles y llevaba un vestido blanco largo y el pelo recogido en un moño con unas florecitas blancas. A lo largo de la noche descubrió que era muy inteligente y que tenía grandes esperanzas en el futuro. Había hecho papeles secundarios bastante buenos y películas para televisión y su sueño era el cine con mayúsculas, ese papel que te consagra para la historia. Curiosamente él siempre pensó que lo conseguiría, tarde o temprano lo conseguiría.

Charlotte abrió los ojos despacio y vio a Jason sentado a su lado.

—Buenos días, dormilona —dijo él en tono divertido.

—Hola —contestó ella estirándose—. ¿Has estado corriendo?

—Sí. Iba a darme una ducha. ¿Me acompañas? —Acercó sus labios a los hombros de ella y los besó suavemente. Charlotte se incorporó bruscamente sobre la cama.

—No. Primero tomaré un café. He quedado con Martin a las once.

Martin era su representante. El día anterior la había llamado para decirle que tenía una oferta que no iba a poder rechazar. Un famoso director de cine había pensado en ella para un papel importante en su nueva película. Eso implicaría tener que separarse mucho tiempo de Jason, verse solamente cuando ambos pudieran coincidir, ya que él no podía dejar la serie que estaba rodando en la ciudad. No era la primera vez que se separaban, aunque en las otras ocasiones Jason estaba trabajando en otro tipo de proyectos y había podido ir a verla con frecuencia, pasando semanas con ella en Los Ángeles. Ahora lo tendrían más difícil para verse, ya que el rodaje de la serie le dejaba

libre como mucho el fin de semana. Pero también sabía que ahora la ausencia sería más llevadera que en aquella época. Por entonces su relación estaba en los comienzos, en ese momento en que no puedes parar de pensar en el otro, en que aprovechas cada minuto a su lado como si fuera el último, en que te pasas el tiempo pensando cómo puedes cuadrar lo que sea que estés haciendo para estar con él aunque solo sea para tomar un café. Jason había suscitado en ella ese interés. No era su relación más larga, antes había habido otros, pero sí era la más estable, la más cómoda, porque Jason tenía ese carácter dulce, amigable, confortable, que hace que una mujer se sienta cómoda a su lado en cualquier circunstancia. Rara vez lo había visto enfadado, rara vez la situación lo superaba. Había llegado a encontrar un grado de conformidad con las circunstancias cualesquiera que estas fueran que le permitían sacar siempre lo mejor de las mismas. Por eso le costaba tanto comprender que para ella fuera tan importante conseguir “el papel”, como él solía llamarlo. Él siempre pensó que era un milagro poder dedicarte a lo que te gusta, ganarte la vida con ello, conocer a la gente que tu trabajo te permitía conocer. No necesitaba nada más. Por supuesto que hacía audiciones y que se desilusionaba cuando no lo aceptaban para un papel que quería hacer, pero le afectaba mucho menos que a ella. Y luego estaba la legión de fans que arrastraba, hombres y mujeres por igual que debían ver en él lo mismo que veía ella, ese magnetismo inexplicable que lo hacía tan encantador. En las entrevistas en los distintos programas de radio y televisión a las que lo invitaban se ganaba el corazón del público con sus comentarios inteligentes, su mirada, sus gestos, la gente salía de allí totalmente enamorada de él.

Salió de la ducha y vio a Charlotte aún sentada sobre la cama.

—¿No te has tomado ese café?

—Ahora mismo iba a hacerlo. ¿Me acompañas?

—Espera, me pongo algo y voy contigo.

Jason sacó un pantalón vaquero del armario y un jersey gris con cuello de pico. Se puso solamente unos calcetines y acompañó a Charlotte, que solo

llevaba una bata, a la cocina.

Tras tomar un café, ella se dirigió al baño a darse una ducha, se vistió con unos vaqueros, un jersey largo y una chaqueta marrón, se puso unas botas planas, se recogió el pelo con una pinza y se miró al espejo. No tenía tiempo de maquillarse, así que hoy las gafas de sol serían sus mejores aliadas. Pasó por el salón donde Jason se entretenía con su móvil y se despidió.

—¿Dónde quieres comer hoy? —le preguntó ella.

—¿Dónde te apetece a ti?

—¿Qué tal comida japonesa?

—Genial. ¿Comemos en el que hay en la esquina donde está el despacho de Martin?

—De acuerdo. Te llamo en cuanto acabemos y nos vemos abajo, ¿vale?

—Muy bien.

Charlotte salió rápidamente de la casa. Tenía que coger un taxi si quería llegar a tiempo al despacho de Martin, en su coche ya no llegaría. Mientras tanto Jason puso la tele del salón y empezó a cambiar de canal buscando algo que lo entretuviera. De repente giró la cabeza hacia el pasillo. Habría jurado que había visto una sombra o una mancha cruzar hacia la cocina. Se levantó y se asomó a la estancia. Allí, en un rincón, había un gatito negro que lo miraba.

—¡Hey! ¿De dónde has salido tú? —le decía mientras se agachaba y le tendía la mano lentamente para cogerlo. El gato no parecía tener miedo, al contrario, le lamió los dedos cuando se los acercó y maulló. Si es que aquello se podía considerar un maullido, era un extraño sonido entre maullido y habla, que sorprendía aún más al ver cómo lo miraba fijamente como si quisiera hablarle. Jason le pasó la mano por el lomo y lo cogió en brazos.

Vio que llevaba un pequeño collar rojo con una raspa metálica donde se podía leer Byron.

—Amigo, mucho nombre para un gato tan pequeño. Has tenido suerte, si Charlotte hubiera estado aquí probablemente habrías muerto a escobazos.

Al salir de la cocina con el gato en la mano, casi chocó con Miriam que

entraba cargada de trapos y botes. Cuando vio al gatito, soltó todo y se echó las manos a la cabeza.

—¡Byron! —dijo entre sorprendida y asustada.

—¿Por qué no me extraña que sea tuyo? —Sonrió Jason.

—Sé que no debía... pero estaba enfermo... pensaba soltarlo...

—Miriam, Miriam —intentaba hablar él—. No pasa nada, solo es un gato. Además, si no vuelve a aparecer por aquí nadie sabrá que existe. A Charlotte no le gustan mucho los animales, es alérgica. Será mejor que lo saques de aquí enseguida.

Miriam cogió a Byron y se dirigió a su apartamento. Cerró bien la puerta para asegurarse de que no volviera a entrar en la casa y volvió abajo.

Iba a darle alguna explicación a Jason, pero ya no había nadie en la casa. Su teléfono vibró en el bolsillo de su uniforme. Un mensaje. Como no podía ser de otra manera, era Fran, otra vez para invitarla a salir. “Esta noche fiesta. ¿Te apuntas?”, pudo leer cuando miró el mensaje. Tal vez fuera hora de intentarlo. Le había dicho que no tantas veces que si seguía así perdería a la única persona ajena a su trabajo que conocía. Le envió un OK que enseguida obtuvo respuesta: “¡Coño! Menos mal”. Se echó a reír al leerlo. “Abajo a las 8. Muacks”.

Se guardó el teléfono en el bolsillo del delantal y se fue asomando a las habitaciones para cerciorarse de que realmente estaba sola. Quería recoger el dormitorio principal y el baño, pero al pasar por la habitación de Jason vio que la puerta estaba abierta y el portátil encendido sobre la mesa. Se acercó y puso su nombre en el buscador de imágenes. Ante sus ojos aparecieron cientos de fotografías de Jason, solo, con amigos, con otras parejas, con Charlotte, rodando, fotogramas de películas en las que había trabajado (algunas de las imágenes eran subidas de tono). Se fijó en sus ojos, en sus labios, en esa barba tipo “dos días sin afeitarse” que le quedaba tan bien, y en su cuerpo... Tenía un cuerpo precioso, no del tipo musculitos que a ella además nunca le había gustado, era alto, fuerte, pero con el aspecto de cualquier joven de su

edad que te pudieras encontrar en una playa. No tenía mucho vello y el poco que tenía tampoco destacaba demasiado al ser rubio. Miriam se sorprendió al verse a sí misma fijándose en este tipo de detalles. Puso algunas secuencias de películas en el buscador y algunas de ellas le provocaron ese pellizco en el estómago que solo sientes ante una escena tan real de una pareja haciendo el amor. Los gestos, los movimientos, jamás imaginó que lo vería así. Se quedó totalmente embelesada, incapaz de moverse. Puso las imágenes que más le habían gustado una y otra vez y casi llegó a envidiar a la actriz que rodaba con él esas escenas, que ni siquiera sabía quién era, y que probablemente estuviera tan acostumbrada que a lo mejor estaba pensando en su lista de la compra mientras tenía a Jason en sus brazos. Notó que la temperatura estaba subiendo por momentos, así que cerró inmediatamente las páginas que había abierto y borró el historial de forma que nadie supiera que había estado hurgando donde no debía. Suspiró profundamente y salió del cuarto para continuar con el resto de su jornada.

No podía dejar de verlo besando a la chica de la película, los labios totalmente abiertos, sedientos, ansiosos, a veces incluso introduciendo la lengua en su boca, atrayéndola contra su cuerpo, los ojos cerrados, la respiración entrecortada. Miriam pensó que sería mejor poner algo de música para distraerse y dejar de pensar en lo que había visto. Había vídeos hechos por fans que mostraban la mejor parte de él y de sus películas acompañadas de preciosas canciones, casi todas de amor.

Gracias a la música consiguió relajarse un poco y olvidarse de lo que había visto. Nunca hubiera imaginado que vería algo así. No lo había visto antes en ninguna película, en ninguno de los trabajos que había hecho y ahora pensaba que debería haber seguido así, se sentía como una de esas tontas fans adolescentes que fantasean con sus ídolos de la pantalla, como si realmente tuvieran alguna oportunidad de tenerlo alguna vez entre sus brazos en la forma en que ella acababa de ver.

A las cinco de la tarde, como cada día, acabó de guardar todos los trastos de

la limpieza y se fue a su apartamento a darse una ducha. La necesitaba más que nunca. Se sentía sucia por fuera y por dentro. ¿Cómo se había dejado llevar de aquel modo por aquellas imágenes? Abrió el chorro del agua caliente y puso un poco de gel en su mano. Empezó a pasear la mano enjabonada por su cuerpo, despacio, primero por el cuello, luego por debajo de los brazos, suavemente, después por un pecho, por el otro, que se entretuvo en acariciar. No necesitaba excitarse, ya lo estaba, desde que había visto aquellas imágenes sus pechos estaban erectos y su sexo no paraba de mandarle señales, incluso se había mojado la ropa interior. Siguió bajando su mano hacia el vientre, y finalmente puso sus dedos en su sexo y gimió. Se movió compulsivamente, de forma desesperada, contra sus dedos, sintiendo algo que hacía años que no se había atrevido ni a pensar, cada vez más deprisa, más deprisa, hasta que le sobrevino un orgasmo tan fuerte que casi la hizo gritar. Tuvo que cerrar los labios con fuerza para que todo quedara en un gemido, un gemido que le cortó la respiración. Y por fin, la calma. Siguió duchándose, ahora totalmente relajada, se lavó el pelo, se enjuagó toda la espuma y se puso aceite perfumado por todo el cuerpo. Salió del baño y se fue al salón a tomarse un café sin poderse quitar de la cabeza lo que había sucedido. Ahora se estaba sintiendo culpable, muy culpable, ella no debía sentir placer, se lo había prohibido a sí misma hacía años. En el hospital, con cada tratamiento, con cada descarga, sentía que eso era lo que merecía. Pena eterna, llanto infinito y nunca olvidar. Una enfermera con quien había trabado algo de amistad le dijo un día: “Aunque ahora sientas que lo único que podría salvarte de este dolor es la muerte, no es cierto, el tiempo lo cura todo, no en un mes, no en un año, pero un día te sorprenderás a ti misma con ganas de vivir y entonces sabrás que ya todo está en su sitio”. Era demasiado pronto, aún no había purgado su culpa, aún no podía acabar su sufrimiento. Ellos nunca sentirían lo que ella acababa de experimentar, estaban muertos, y cuando estuvieron vivos solo sintieron dolor. El sonido de un mensaje en el teléfono la sacó afortunadamente de esos pensamientos. Lo cogió de la mesa y leyó: “¡Ropita

mona de fiesta, eh! ¡A ver qué te pones!”.

Se dirigió hacia su armario y empezó a revisar lo que tenía. Sacó unos vaqueros ajustados, los únicos que tenía, unas botas negras de tacón, una camiseta de hilo con un tono beige con brillos dorados de manga larga y cuello de pico y la única cazadora de piel que le quedaba, una marrón tipo aviador. Definitivamente tenía que salir de compras. Fran se encargaría de animarla o de hundirla en la miseria con su opinión en cuanto la viera aparecer. Arreglarse el pelo no le costó demasiado, se puso espuma mientras aún estaba mojado y dejó suelta una larga cascada rizada de pelo cobrizo. Lo más difícil iba a ser el maquillaje. Primero una base, luego unos polvos, corrector, delineador, máscara de pestañas, perfilador de labios y por último colorete y barra de labios rosa oscuro. Miró el resultado en el espejo y casi ni se reconoció a sí misma. Había conseguido lo más difícil del mundo, estar completamente maquillada sin que se notara. Estaba arrebatadora, no aparentaba ni de lejos tener treinta y cinco años. Se puso unos aros en las orejas, un reloj de cuero marrón y finalmente un poco de perfume. Fue a su cuarto a mirar los resultados en el espejo de su armario, primero por delante, luego por detrás. Pasaría la prueba, estaba segura. Eso sí al final era capaz de abandonar el apartamento. “Por supuesto que te vas a ir —se dijo a sí misma—. Viniste a esto, maldita imbécil, a intentar volver a vivir. Así que venga, a la calle”. Cogió un *foulard* negro y dorado que había colgado en una percha de la habitación, un bolso negro y se marchó.

Eran las ocho en punto cuando llegó al final de las escaleras de la parte trasera de la finca, y enseguida aparecieron Fran y Tatiana. Fran llevaba unos vaqueros y una cazadora de cuero negro, y Tatiana iba tan “discreta” como siempre: un vestido negro corto bien ceñido y una botas altas por encima de la rodilla. Era de Canarias, morena de piel y pelo, este último largo y liso, y bastante más alta que ella y Fran. Llevaba el pelo suelto con un flequillo que le quedaba bastante bien. Y si había algo en lo que Tatiana era poco discreta era en el maquillaje. Ojos ahumados, labios rojos y colorete oscuro. Tenía una

enorme y sincera sonrisa con unos dientes blanquísimos que eran su obsesión. Nada más ver a Miriam se lanzó hacia ella y le dio un fuerte abrazo.

—Ya era hora, chica, ya era hora. Yo soy Tatiana.

—Hola, guapa. Soy Miriam.

Aunque esta presentación no hubiera sido necesaria porque Fran ya le había contado a Tatiana lo poco que sabía sobre la nueva de la casa de la Richards, que era como él llamaba a Miriam.

Echaron a andar hacia la esquina que conducía a la gran avenida y fue Fran quien dijo:

—A ver, reinas, como es la primera noche que la niña sale con nosotros, he pensado llevarla a los sitios más tranquilos que conocemos. Empezaremos por el Metropolitan, con unas cervezas y algo para comer y luego ya iremos a donde nos pida el *body*. ¿De acuerdo?

—Muy bien —dijo Tatiana—. ¿Y los demás?

—Pues mira, yo he ido mensajeando a todo el mundo, pero ni idea de quién va a aparecer. ¿Acaso necesitáis a alguien más que a mí para divertirlos?

—¡Anda fantasma, que eres un fantasma! —le dijo Miriam embistiéndole con la cadera. Fran casi perdió el equilibrio.

—¡Pero bueno! —masculló entre risas.

El Metropolitan era un bar muy agradable. Al entrar había unos escalones que te llevaban al gran salón que tenía una parte de mesas y taburetes altos para las cervezas, y algo más atrás se encontraban las mesas con las sillas, para comer. La pared de detrás de las mesas era como un escaparate de cristal, con el centro en ácido para permitir un poco de intimidad. Era muy amplio y donde acababan las mesas había un pequeño piano con un micrófono donde quien quisiera podía ponerse a tocar o a cantar durante la cena. Curiosamente servían una extraña mezcla de platos hindúes, mejicanos, ingleses, escoceses y hasta españoles. Uno podía encontrar en la carta chilli con carne, *fish and chips*, *shepherd's pie*, burritos, tortilla de patatas, paella, pollo tikka masala, además de una gran variedad de pizzas, sándwiches y baguettes. Los postres y

la bebida eran igual de internacionales por no hablar de la clientela, que también era de lo más variopinto. Había chicos jóvenes, personas mayores, gente como ellos, extranjeros, neoyorquinos, nadie se sentiría fuera de sitio en un lugar así. Miriam lo miraba todo realmente sorprendida.

—¿Qué te pasa? ¿Te gusta? —le preguntó Fran.

—La verdad es que me parece un sitio genial, estoy sorprendida.

—¿Sorprendida? ¡Serás zorrón! ¿Dónde pensabas que te iba a llevar?

—No sé, a algún antro oscuro con una pantera negra enjoyada en la entrada y gente dando saltos al ritmo de los Village People. —Se echó a reír y Fran frunció el ceño.

—Eso lo dejo para las copas. No te creas, no vas mal encaminada. Conozco un garito casi como el que acabas de describir, hasta con la pantera, pero sin joyas. ¿Típico, no?

Fueron abriéndose paso entre la gente hasta las mesas del fondo para sentarse a tomar algo mientras aparecía alguno más del grupo. Pidieron unas cervezas y echaron un vistazo al ambiente. Al quitarse las chaquetas, Fran miró a Miriam y le dijo:

—Vas monísima. Un poco demasiado sencilla, pero monísima. ¿Qué me cuentas de nuevo? ¿Cómo va la loca esa de tu jefa?

—No es ninguna loca, Fran. Es una mujer bastante normal, algo fría y distante, pero no he tenido ningún problema con ella hasta ahora.

—¿Y está en casa?

—¿Dónde iba a estar? Claro que está en casa.

—¿Y el bombón? ¿Cómo está? ¿Lo has visto ya en pelotas? —dijo él con una mirada pícaro en los ojos.

—¡Fran!

—Fran, Fran... ¡Qué! Reconócelo, está como un queso. Si yo estuviera en esa casa tendría ya hasta fotografías tuyas, aunque fuera dormido, mira lo que te digo. Con ese culito apretado que tiene. ¿Lo has visto en *Atardecer de verano*?

Miriam se sonrojó y Fran no necesitó escuchar nada más.

—Tú has estado fisgoneando por ahí, ¿no? —le dijo burlón.

—¡Anda ya! —contestó ella cada vez más roja.

—Ya, ya. Mira la mosquita muerta. Pero en serio, tú que lo ves todos los días bien de cerca, ¿está bueno o no está bueno?

—Sí, Fran, está bueno. Pero no es eso, es... cariñoso, es amable...

—¡Cariñoso! ¡Amable! —No cabía en sí de asombro—. ¿Pero es que acaso ha hablado contigo? —A medida que hablaba iba subiendo de tono. Tatiana se echó a reír a carcajadas.

—Seguro que también habla, Fran. Anda, no seas exagerado.

Miriam le contestó:

—Solo en algunas ocasiones, y siempre cosas sin importancia, pero me parece muy educada la forma en que se dirige a mí, es muy correcto... tiene una sonrisa tan... dulce.

—No me lo puedo creer. Cuenta, cuenta.

—Ya está. No hay nada que contar. Fran, deja de pensar barbaridades, es un hombre casado y yo diría que está enamorado de su mujer, al menos por lo poco que yo he podido observar.

—Eso está claro. ¿Tú crees que si no la quisiera la iba a aguantar? ¿Pero tú has visto la cara de ajo que pone para las revistas? Si no me crees escribe su nombre en Google y verás lo que te sale. Fotos con cara de asco, comentarios sobre lo divina que se cree, bueno y esas otras que ella se encarga siempre de que aparezcan, esas con Jason de la mano, bien agarradito, o besándolo, o bailando. Es lo que más le gusta, restregarnos el marido.

—No sé, Fran. Prefiero cambiar de tema. ¿A quién esperamos?

—Pues debería venir Luis, el novio de Tatiana. Es mejicano. También Susana, no te lo pierdas, trabaja en un Zara. John, que trabaja en la cafetería donde fuimos el otro día, en el turno de mañana, y Andy que es camarero y sale a estas horas. ¿Qué te parece?

—Bien, supongo.

A medida que avanzaba la noche solo Luis y Andy aparecieron. Se sucedieron las presentaciones, las historias sobre cómo había llegado cada uno aquí, qué expectativas tenían, qué esperanzas, qué nostalgias. Las cervezas dieron paso a una cena con varios platos para compartir y un buen vino, y la cena y las bebidas dieron paso a la risa floja que suele aparecer cuando uno ya debería dejar de seguir bebiendo. La iluminación era ahora bastante tenue. El piano estaba en medio de un círculo de luz. Miriam, que ya había bebido más que suficiente, le dijo a Fran con esa risa floja:

—Si no me diera tanta vergüenza saldría a tocar el piano.

—¿En serio? ¡Sal y canta algo, anda!

—He dicho tocar el piano. Yo no sé cantar.

Fran le levantó la mano y gritó:

—¡Aquí tenemos a la primera artista de la noche!

La llevó de la mano hasta el escenario y la sentó al piano mientras ella miraba al público aterrada. Hacía años que no tocaba y tuvo que pensar mucho para averiguar qué podía tocar que se le diera bien. Entonces recordó que, durante años, la película *El piano* fue su favorita y pasaba horas tocando *The Sacrifice*, incluso la interpretó en una de las audiciones públicas del conservatorio y obtuvo muy buena nota. Acercó el taburete al piano y empezó a tocar, al principio nerviosa, tratando de no equivocarse, hasta que finalmente se dejó llevar por la música y perdió la noción de la realidad. Estaba sola, en paz, no le importaba si el mundo explotaba en su alrededor. ¡Cuántos años en silencio! ¡Cuántas notas escondidas en su alma!

El público vibraba con la música, Fran no podía creer lo que estaba oyendo. El sonido de la música traspasaba las paredes del local. Cada vez que alguien abría la puerta la melodía se escapaba a la calle, hasta que la puerta quedó abierta y todo el que pasaba se quedaba allí de pie, escuchando.

Jason volvía de dejar a Charlotte en el aeropuerto cuando escuchó la música del piano y vio a la gente en la puerta del local. Pensó que habría ocurrido un accidente o una pelea y se acercó, pero la gente estaba simplemente

escuchando la música. Subió los escalones del local y se movió entre las mesas como pudo hasta que se quedó junto a una columna, en penumbra, escuchando, totalmente cautivado por las teclas de aquel piano. Se fijó en que era una mujer la que tocaba, una mujer muy hermosa, con una preciosa melena cayéndole sobre los hombros. Por un momento le pareció... “No puede ser — pensó—, parece Miriam”. Esperó a que ella levantara bien la cabeza y pudo comprobar que no se había equivocado, era Miriam. Entre la música, el foco y los reflejos dorados que desprendía su camiseta parecía un ser irreal, etéreo. Estaba totalmente perdida dentro de la pieza que estaba tocando. Miles de preguntas acudieron a la mente de Jason, preguntas que no era capaz de pronunciar ni para sus adentros porque sabía que la respuesta no calmaría su curiosidad por esta mujer. Cuando terminó de tocar se levantó entre aplausos y silbidos del público. Fran se acercó de nuevo al escenario y la llevó hasta la mesa. Desde donde estaba, Jason pudo ver el grupo de personas que la acompañaban. Creía que aquella mujer se limitaba a dejar pasar la vida desde su apartamento en la terraza. Se había formado la extraña idea de que estaba sola, de que únicamente pasaba su tiempo entre su casa y el apartamento. Pero eso es imposible para cualquier persona de su edad. Vio cómo hablaba animadamente con la gente que la acompañaba y aprovechó el momento en que bajaron las luces de nuevo para salir del local.

Seguía caminando a casa. Hacía mucho frío esta noche de noviembre, parecía que estaba a punto de nevar. Apresuró el paso mientras en su cabeza veía la imagen de esa mujer hermosa antes de descubrir que era Miriam, la misma mujer que andaba por su casa entre humo, botes de productos de limpieza y ropa para planchar. Antes de darse cuenta de que la conocía, solo vio a una mujer preciosa tocando en un piano la melodía más bonita que había escuchado hacía mucho tiempo, con los ojos cerrados, con el alma abierta, vibrando con cada nota. No iba a olvidar aquella imagen fácilmente y lo sabía.

Entró al bloque y subió en el ascensor. Abrió la puerta de su casa y allí estaba aquella pequeña bola de pelo negro sentado justo detrás de la puerta

como si estuviera esperándolo. Al ver a Jason lanzó uno de sus maullidos-gemidos que ponía los pelos de punta y este se acercó a cogerlo en brazos.

—¡Demonio de gato! —le dijo sonriendo—. ¿Cómo te has vuelto a escapar?

El gatito volvió a maullar y Jason no pudo sino reírse ante el ruido que hizo.

—Anda, que te llevo arriba.

Caminó por el pasillo hasta que llegó a la puerta de servicio que usaba Miriam. Sabía que no estaba, pero intentaría averiguar por dónde se había escapado el animal para intentar devolverlo a la casa. Lo primero que hizo fue girar el pomo de la puerta y sorprenderse enormemente al encontrarla abierta. Había una pequeña lamparita encendida en un rincón y olía a naranja y canela, o eso le parecía a él. Entró con el gato entre las manos y observó a su alrededor. El apartamento estaba cambiado, más femenino, había flores, velas y lámparas nuevas. Caminó hacia el dormitorio y descubrió que Miriam había enrollado una guirnalda de luces blancas alrededor del cabecero de la cama. La cama tenía encima varios cojines y un precioso edredón de patchwork que le daba un aspecto muy acogedor. En la mesilla de noche había una lámpara de estilo Tiffany con forma de tortuga. La cómoda tenía encima velas perfumadas y uno de esos maniquíes que se usan para colgar cadenas y pendientes. Había algunos cuadros en las paredes, uno de ellos *El beso de Klimt*, que fue el único que reconoció, los otros eran paisajes impresionistas. Se asomó al baño y se dio cuenta de por dónde se había colado Byron. Probablemente había subido a la cisterna y de allí había trepado hasta la ventana que había encima, que permanecía entreabierta. Seguía sujetándolo entre sus brazos. Había escondido el hocico en el hueco que formaba su antebrazo y se había quedado dormido. Jason lo soltó sobre uno de los cojines del sofá del pequeño salón y se dispuso a salir antes de que Miriam pudiera sorprenderlo allí. Al girarse vio un cilindro negro de plástico junto al sofá, escondido en un hueco entre este y la pared. Pensó que no debería fisgonear, pero le pudo la curiosidad que sentía por Miriam desde el primer día que habló con ella. Sacó el cilindro, lo miró e instintivamente tiró de uno de los extremos desparramando cientos de

papeles en el suelo. Era para eso para lo que servía. Se apresuró a agacharse y a reunir todos los papeles en una especie de rollo mientras los iba mirando. No sabía español, pero los papeles parecían títulos universitarios, diplomas, credenciales. También había documentos oficiales del Ministerio de Educación, resúmenes de notas. Lo dejó todo tal y como lo había encontrado y al colocar el cilindro en su sitio descubrió una carpeta grande de cartón justo detrás del sofá. “Total, ya tengo que verlo”, se dijo a sí mismo. Abrió la carpeta y encontró una serie de documentos y unas radiografías para las que hubiera necesitado bastante más luz, parecían de unas costillas, otra parecía un brazo. De nuevo guardó todo donde lo había encontrado y bajó a su casa. Cuando volviera Miriam tendría que decirle que había subido a devolver al gato y a averiguar por dónde se había escapado antes de que Charlotte volviera y lo descubriera.

La casa estaba cálida, casi hacía calor. Se fue a su cuarto y se quitó la ropa, se puso una camiseta y unos pantalones de chándal de felpa y se dirigió a la cocina a ver qué había para comer. Encontró un delicioso bizcocho casero, imaginó que hecho por Miriam, y se lo llevó en una bandeja al salón junto con una botella de batido de chocolate. Por esta noche iba a saltarse la dieta. No es que estuviera a régimen, pero tenía que cuidarse si quería mantenerse en el negocio del espectáculo. Se tumbó en el sofá del salón y encendió la tele. Dio cuenta de un buen trozo de bizcocho que le supo a gloria y bebió casi media botella de batido. Llevó de nuevo la bandeja a la cocina y volvió a tumbarse en el sofá, donde se quedó dormido lentamente mientras veía no sé qué documental del fin del mundo.

Hoy había tenido sentimientos encontrados. Por un lado no quería que Charlotte se fuera, pero era necesario que acudiera a aquella audición y se entrevistara con el director de la película, podía ser la gran oportunidad que estaba esperando. Por otro lado se sentía liberado de la responsabilidad de reconfortarla y animarla constantemente. Nunca estaba de muy buen humor, y eso no era lo habitual, no antes. Ciertamente era una mujer de apariencia seria,

sobre todo de cara al público, pero era divertida y amable, precisamente su carácter fue lo que más le atrajo de ella. Su carácter y su belleza. Tras los primeros encuentros le pareció también una mujer muy inteligente, lo que terminó de rizar el rizo. De eso hacía ya, ¿cuánto?, ¿ocho años? ¡Ocho años! Nunca pensó que duraría tanto en una relación, y no precisamente porque no lo hubiera intentado, pero tenía la sensación de haber hecho el tonto muchas veces con otras parejas y su corazón había salido pisoteado en otras tantas ocasiones. De hecho, cuando le presentaron a Charlotte lo último que pensó fue que acabaría saliendo con ella y mucho menos durante tanto tiempo. No estaban casados, pero eso era algo que el gran público no sabía. Ninguno de los dos era partidario del matrimonio, algo que los unió aún más, pero todo el mundo creía que sí lo estaban y ellos habían sabido sacarle partido al rumor. Sin embargo, de un tiempo a esta parte Jason sentía que se alejaban, que los dos estaban en momentos distintos de sus vidas, aunque no quería reconocerlo. Él estaba más que satisfecho con su trabajo, lo pasaba muy bien, tenía buenos compañeros de rodaje y se divertía mucho. Le permitía vivir en la ciudad del mundo que más le gustaba y disfrutar de muchos privilegios. Le gustaba acudir a las entrevistas, era lo que había hecho desde que era un adolescente, y se sentía en su salsa en los platós de televisión. No pensaba en su futuro profesional, se limitaba a ir aprovechando las oportunidades que se le presentaban. Ahora se encontraba en una etapa de su vida en la que lo que más le apetecía era formar una familia, sobre todo desde que su hermana April había tenido a su bebé. Cuando fue a verla a Londres y cogió a su sobrina en sus brazos pensó que tener un hijo debía ser la cosa más extraordinaria del mundo, y su hermana, como leyéndole el pensamiento, le dijo: “Lo es, Jason, lo es. No hay nada en el mundo que haya valido la pena hasta hoy más que tenerla a ella”. Y vio el brillo de la felicidad en sus ojos, a pesar de encontrarse aun recuperándose de un largo parto que había concluido en cesárea. De eso hacía ya un año. Recordó que a la vuelta había hablado del tema con Charlotte, pero ella no estaba en absoluto por la labor. Lo que menos

necesitaba ella ahora era un hijo del que preocuparse y, sobre todo, que le estropease la figura y la apartase tanto tiempo de las cámaras y de las posibilidades que pudieran surgir. No era el momento para ella, aún no. Le gustaban los niños, pero no sentía esa necesidad imperiosa de tener un bebé que otras amigas suyas habían sentido y le habían contado. Sabía que si ese momento llegaba todo lo demás pasaría a un segundo plano, por eso estaba segura que este no era el momento.

Miriam había llegado muy tarde a casa y se había tumbado sobre la cama sin siquiera quitarse la ropa. Estaba destrozada por la sucesión de emociones que había experimentado aquella noche. Volver a salir, mezclarse entre tanta gente, reír, sobre todo reír, no sabía cuánto lo había echado de menos hasta que le dolió el estómago de dar carcajadas a causa de los disparates de Fran. Se alegraba de que él hubiera aparecido en su vida de sopetón. Era como un soplo de brisa fresca. No tenía problemas, o no aparentaba tenerlos, su visión de la vida carecía de la excesiva profundidad de la suya, lo que hacía que intentara sacarle punta a cualquier situación hasta convertirla en un culebrón. Rio, rio y bebió hasta que se dio cuenta de que una copa más le impediría volver a casa. La acompañaron hasta la puerta de la finca y se marcharon. Ella subió las escaleras con una sonrisa floja en los labios que creía que no iba a poder borrar... hasta que llegó al baño de su apartamento y vio que la ventana estaba cerrada.

Se quedó petrificada. Miró a su alrededor. Todo estaba tal y como ella lo había dejado, pero estaba totalmente segura de que había dejado la ventana abierta, no le gustaba que el baño oliera a humedad y siempre la abría después de ducharse. Por lo demás no encontraba nada fuera de lugar. Respiró profundamente y se agachó para coger a Byron que estaba en el suelo mirándola fijamente. Se lo llevó a su habitación y lo colocó encima de la almohada. Se sentó en la cama y se quitó las botas. Tenía los pies molidos. Habían pasado años desde la última vez que se había subido a unos tacones y sus pies le iban a pasar factura. Se tendió boca arriba en la cama sin deshacer

y se quedó dormida enseguida. Debían ser las tres de la madrugada.

El teléfono la despertó. Aún era de noche, ¿quién podía llamarla a estas horas? Descolgó y se llevó el aparato a la oreja.

—¿Sí?

Lo único que podía escuchar era la respiración de alguien, pero la carne se le puso de gallina y la invadió un profundo terror que no la dejaba articular palabra.

—Sabías que te encontraría, ¿no?

Una voz masculina al otro lado del teléfono la transportó atrás en el tiempo. Estaba en su casa, en el suelo, mientras él le daba patadas sin cesar. Sangraba por la nariz y por un oído y la cara le ardía. Notaba cómo los labios se le hinchaban por momentos y ya no podía hablar. Él dejó de darle patadas al verla inmóvil, pensó que esta vez se había pasado, que quizás la había matado, y la furia que hacía un momento lo había llevado a pegarle tan salvajemente se convirtió en miedo. Si la había matado, ¿qué iba a hacer? Tendría que deshacerse del cuerpo, pero ¿cómo? No contaba con esto. Se agachó y notó cómo aún respiraba. Pensó que estaba a tiempo de llevarla al hospital y salir airoso por esta vez. ¿Qué iba a decir en el hospital? Mejor intentaría llevarla al sofá y analizar su estado antes de alarmarse, después de todo era médico. La cogió en brazos y la dejó sobre el sofá. Le tomó el pulso y pudo observar cómo se le había hinchado la boca, le abrió los labios y pensó que no era tan grave, que no se le había caído ningún diente. Fue a la nevera y sacó una bolsa de guisantes que le puso sobre la boca. No estaba inconsciente, estaba medio mareada, y no hablaba. Cogió un paño de la cocina y le limpió la cara, la sangre de la nariz y del oído. Eso tampoco era grave, aunque la nariz se le estaba hinchando por momentos. Las piernas estaban enrojecidas debido a las patadas, dentro de un rato estarían llenas de moratones. Se acercó a su oído y le susurró:

—¿Ves lo que he tenido que hacer?

Ella entreabrió un ojo por el que empezaron a caer chorros de lágrimas.

Empezó a temblar sin ningún control. Él se levantó y sacó una pastilla del botiquín que le puso debajo de la lengua.

—Cálmate, todo ha pasado. Estás bien, no tienes nada roto. Me ha dolido mucho que hablaras con Raúl, que le insinuaras que no eres feliz conmigo. Menos mal que lo he convencido de lo exagerada que eres, de que te tomas todo muy a pecho y tienes una gran fantasía. Está claro que tu trabajo en la universidad te aburre y te vas a quedar un tiempo en casa de baja. Tienes que reflexionar. Podemos ser muy felices juntos, lo hemos sido. ¿Verdad, cariño?

El sonido del despertador la sacó del sueño más horrible que había tenido desde antes de entrar al hospital. Después ya ni siquiera soñaba, y si lo hacía, no lo recordaba, probablemente a causa de los sedantes. Se sentó en la cama de un salto y se alegró al verse en su cuarto, con Byron lamiéndole una mano, vestida. Se miró por todo el cuerpo. No había señales, no había moratones. Dio un enorme suspiro y se fue a la ducha aún temblando, sobrecogida por el sueño tan real que acababa de tener. No iba a encontrarla, estaba muerto, la policía se lo había dicho: “Lástima que el muy cabrón ha muerto. Se ha librado de la cárcel”, le dijo el agente que acudió a su casa para darle la noticia.

Puso música en su teléfono para no tener que pensar. Por la ventana del baño empezaba a verse la luz del amanecer. Hoy hacía mucho frío, se notaba en el ambiente. Byron estaba encima de la cisterna observando cada uno de sus movimientos. Miriam le tocó la nariz con el dedo índice.

—¿Cómo estás, bandido?

El gatito huyó despavorido al notar el dedo mojado sobre su hocico. Salió de la ducha más tranquila, la música tenía ese efecto sobre ella. Cuando estaba en el hospital una de las enfermeras se dio cuenta de cuánto le gustaba, incluso cuando todavía no hablaba. Solía ponerle música mientras ella estaba en la habitación. Lamentablemente no podía dejarle ningún tipo de aparato. Cada vez que entraba en su cuarto con la música puesta los ojos de Miriam se iluminaban, la miraba como agradeciéndole que se hubiera dado cuenta de ese

detalle cuando nadie se molestaba más que en administrarle los medicamentos o en darle de comer a la fuerza cuando ella se negaba, que era casi siempre. La amenaza de una enfermera vieja y pequeña de ponerle una sonda nasogástrica fue lo único que hizo que comiera lo que ella consideraba suficiente. “Si te pongo la sonda —le decía la mujer— te alimentarás. Quieras o no quieras, sobrevivirás. Para eso estás aquí”. Su intención era probablemente hacer que la situación fuera lo más llevadera posible, algo que en aquel momento Miriam no veía así.

Se vistió como siempre para bajar a la cocina a empezar con su jornada de trabajo. Pensó que tendría que ingeniárselas para preparar algo que a Charlotte le gustara para almorzar, porque los sábados no se levantaba antes de esa hora. Sabía que le gustaban sus ensaladas porque nunca dejaba nada cuando se las preparaba, sobre todo si llevaban queso de cabra, nueces y crema de vinagre de Módena. La verdad es que se comía todo lo que llevara esa crema. Miriam creía que probablemente no la había probado antes y era como haber descubierto un manjar. Por supuesto, Charlotte nunca le hizo ningún cumplido, pero ella ya la iba conociendo.

Cuando salió a la terraza vio que estaba nevando sutilmente, una mezcla de nieve y neblina fría que era la culpable del frío casi polar que había en el aire. Se asomó a la calle. No debía llevar mucho tiempo nevando porque no había cuajado, aunque tampoco era una nieve muy espesa. Abrió la puerta que conducía a la casa y se dirigió como siempre a la cocina. Lo primero que hizo fue encender la cafetera y prepararse un café, así lo había hecho durante toda su vida: levantarse, ducharse, vestirse y tomar un café, en ese estricto orden todos los días que recordaba. En el hospital no le daban café, por supuesto. Parpadeó varias veces, como para espantar esas imágenes y pensó que era un día perfecto para preparar unos buñuelos como solía hacer su madre y acompañarlos con un delicioso chocolate caliente a la taza. Sonrió solo de pensar en el dulce olor del chocolate caliente. Empezó a preparar la masa para los buñuelos en un tazón. Quería sorprender a Charlotte, aunque

probablemente se comería medio, si es que los probaba, pero Jason seguro que acabaría con el plato. Puso la sartén al fuego y cuando estuvo suficientemente caliente empezó a añadir la mezcla a cucharadas. Las bolas de masa se inflaban al caer en el aceite caliente. Miriam les iba dando la vuelta, sacaba algunos en una bandeja con una servilleta para absorber el exceso de aceite, iba añadiendo más cucharadas, todo mecánicamente. Metió una taza llena de chocolate en el microondas y la cocina empezó a oler a pastelería, lo que no tardó en llamar la atención de Jason, que aún estaba durmiendo.

Abrió los ojos, olfateó y salió disparado de la cama, en pijama. Lo único que acertó fue a ponerse un albornoz negro de felpa porque incluso con la calefacción encendida se notaba que la temperatura había bajado bastante. Entró en la cocina sonriendo y se alegró sinceramente de que Miriam estuviera allí.

—¡Por Dios! ¿Qué estás cocinando que huele tan bien?

Miriam sonrió.

—Buenos días. Estoy preparando un desayuno especial de sábado con mal tiempo, como solía decir mi madre cuando yo era pequeña.

—Pues huele como si estuvieras cocinando la misma gloria.

Se acercó al plato de los buñuelos y se metió uno en la boca.

—Está buenísimo, ¿qué es?

—Son buñuelos. Son típicos de mi tierra. Los puede comer así si le apetece, pero están deliciosos con azúcar y canela, o rellenos de leche condensada o de crema de leche.

—Tienes que dejar de hacer esto, en serio, me van a poner a dieta si sigo comiendo así.

Jason tenía la misma cara de satisfacción de un niño que acaba de recibir un regalo. Se fue a la mesa de la cocina con el plato de buñuelos y Miriam le llevó la taza de chocolate.

—Pruébelo con esto, está delicioso.

Al extender los brazos para darle el tazón, Jason se fijó en una de sus

muñecas, que mostraba una cicatriz larga y amoratada, e instintivamente los ojos se le fueron a la otra muñeca, que mostraba otra cicatriz muy similar. La miró, y ella le devolvió la mirada sin saber qué decir. Se frotó los labios y por un instante ninguno dijo nada, hasta que ella se dio la vuelta para seguir recogiendo la cocina. Fue él quien se atrevió a decir:

—Tarde o temprano tendrás que hablar de ello, o acabará matándote.

Ella se volvió, lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Ya estoy muerta. Está hablando con un cadáver.

Para romper la enorme tensión que se había adueñado del ambiente, Miriam preguntó:

—¿A la señora le gusta el chocolate?

—Charlotte no está —le dijo Jason. —Ha tenido que irse urgentemente a Los Ángeles y si las cosas le salen bien probablemente esté fuera una temporada.

Miriam sintió cómo su cuerpo se relajaba. Dio otro sorbo a su taza de café saboreando cada matiz. No sabía cuánto lo había echado de menos hasta que pudo volver a tomarlo, entonces pensó que no sabía cómo había podido pasar tanto tiempo sin un café.

—No sabía que tocabas el piano —se atrevió a decir Jason.

Miriam se quedó muda. ¿Cómo lo sabía? La única forma es que la hubiera visto anoche, pero ¿cómo?, ¿en qué momento? Sonrió tímidamente y contestó:

—Solo llevo aquí unos meses, no sabe mucho sobre mí.

—Dime, Miriam, ¿qué tipo de asistente toca el piano de esa forma?

Aquello la dejó fuera de sitio, no sabía qué contestar, estaba completamente abrumada.

—Perdona, no es asunto mío. El caso es que...

Miriam no entendía qué trataba de decirle con aquella cara de niño que había sido sorprendido haciendo una fechoría. Simplemente lo miraba expectante.

—Verás, Byron se volvió a colar aquí.

—Vaya, lo siento, ¿cómo...?

—Por la ventana de tu cuarto de baño. Por ahí es por donde sale. Subí a devolvértelo y la puerta estaba abierta. Entré y miré las ventanas para ver si había alguna abierta por donde pudiera haber salido, vi que la ventana del baño estaba abierta y la cerré.

Miriam estaba de pie, seria, sujetándose los labios en un pellizco vertical con los dedos índice y pulgar. Lo miraba fijamente, pero no sabía qué decir. Podía haberle hablado del miedo que le atravesó el cuerpo cuando vio que la ventana estaba cerrada, los recuerdos tan horribles que había traído a su mente, la pesadilla que se había adueñado de ella durante toda la noche y que la había hecho despertarse empapada en sudor. Pero no le dijo nada. Solo acertó a decir:

—No volverá a suceder. Si Byron vuelve a bajar aquí, yo misma me libraré de él.

Jason se levantó y se acercó a ella.

—No es eso lo que quería decir, solo pretendía disculparme por haber entrado en tu casa sin tu permiso. Por cierto, ahora es un hogar.

—Es su casa, no mi casa.

—No mientras vivas aquí.

—No importa.

Estaban frente a frente, ella de espaldas a la encimera de la cocina. Él la miraba fascinado por su belleza y por el halo de misterio que rodeaba cada uno de sus gestos, cada una de sus miradas. Era como una de esas mujeres fatales del cine negro que esconden una terrible verdad que acaba siendo la perdición del protagonista. Tenía miedo de ser él el protagonista de la película esta vez. Le cogió las manos, puso las muñecas hacia arriba y le tocó las cicatrices con los pulgares. Los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Él la miraba fijamente sin saber muy bien qué estaba haciendo o por qué extraña razón sentía que ahora mismo esta mujer estaba más cerca de él que cualquier otra persona en el mundo. Sintió deseos de abrazarla, de besarle las muñecas, los ojos, los labios, de sentarse frente a ella y escuchar todo lo que tuviera que

contar, pero solo acertó a decir:

—Tuvo que doler.

A lo que ella contestó:

—No se imagina cuánto.

Ninguno de los dos hablaba de los cortes de las muñecas.

## A very merry christmas

Las calles de las grandes ciudades cuando llega diciembre son otra historia. Se llenan de miles de luces, los árboles se engalanan con bombillas y flores de pascua. Hay gente disfrazada de Santa Claus en todas las esquinas y centros comerciales, resuenan villancicos por las calles. Y si es una ciudad como Nueva York, invadida por el frío y la nieve en esta época, la postal navideña está servida. Miriam pensaba que la Navidad está sobrevalorada. ¿Por qué hay que sonreír? ¿Por qué hay que compartir? ¿Por qué hay que perdonar? Para lo único que sirve toda la parafernalia que acompaña esta época del año es para hacer que la gente consuma: fiestas, regalos, luces, árboles, adornos... Cuando quieres a alguien no te hace falta ningún día especial que te recuerde que debes reunirte con esa persona para comer, o que tienes que comprarle un regalo. A Miriam todas las fechas señaladas le parecían igual de absurdas. Hubo un tiempo en que la Navidad le parecía una de las épocas más bonitas del año, solo por las luces y el ambiente. Para los niños, creyentes y no creyentes, la Navidad es sinónimo de regalos, reuniones familiares donde todos ponen su mejor cara, viajes y vacaciones. Hoy era su día libre. Se había levantado igual de temprano que el resto de los días y no tenía ni idea de en qué iba a invertir su tiempo. Ahora mismo, mirando por la ventana del pequeño salón, viendo cómo nevaba, pensó que seguramente no iba a ir a ningún sitio, que pasaría la mañana ordenando el apartamento, cocinando algo para ella, algo que no hacía a menudo, o leyendo. Sujetaba su café delante de

la ventana y se veía a sí misma como una de esas imágenes de cine donde la cámara se va alejando del personaje rápidamente y se ve la casa donde está, luego la ciudad, el país, el mundo desde el espacio y finalmente el universo plagado de estrellas y galaxias. Así se veía ella. Pequeña. Insignificante en este mundo de locos donde nos matamos unos a otros, paramos para escuchar un villancico y brindar por la paz, y seguimos matándonos a la mañana siguiente.

Jason se levantó relativamente pronto. Quería llamar a su madre y mientras se duchaba y desayunaba serían las cuatro en Londres. A esa hora estaría descansando en el sofá, viendo alguna película o corrigiendo exámenes de sus pequeños. Su madre, Kate, era maestra en un colegio en una de las zonas periféricas de Londres y allí mismo tenía una preciosa casa típica inglesa con un jardín en la entrada y unas escaleras que conducían a la puerta principal. Cuando no estaba trabajando solía pasar mucho tiempo en el jardín trasero de la casa, donde tenía un mini invernadero que había construido ella misma. Hacía mucho tiempo que vivía sola, desde que se divorció de su marido, cuando Jason era aún un niño. No había vuelto a casarse y, aunque había tenido otras relaciones, ninguna había cuajado más allá de unos meses. Y su casa era su santuario. Durante mucho tiempo fue un infierno de gritos, infidelidades y llantos, pero una vez que su marido se marchó, su casa se convirtió en lo que era ahora, un lugar donde relajarse, cocinar, leer, recibir a los amigos y familiares, descansar... Era su hogar y el de los suyos, donde sus hijas acudían a contarle sus cosas, a dejarle a su nieta, a dormir cuando algo iba mal. Era la casa de mamá, el lugar que todo el mundo debería tener para acudir cuando la vida te mostrara su cara más triste o la más alegre. Un refugio del corazón. Tenía velas perfumadas por toda la casa, plantas, una preciosa colección de teteras que no dejaba de sumar piezas y un cálido suelo de moqueta donde a veces se sentaba a secarse el pelo o a desenredar el pelo de su gato, Thomas, mientras veía la tele. Era adicta a la serie de su hijo y cuando estaba en antena solía llamarlo y comentarle qué le había parecido el

episodio. También lo hacía cuando veía en televisión o leía en alguna revista alguna noticia sobre él. De un tiempo a esta parte no aparecían mucho en prensa y eso que Jason era muy bien acogido en Gran Bretaña. Pero después de un tiempo de aparecer en todas partes acaramelados e incluso empalagosos, Jason y Charlotte parecían haberse esfumado del mapa. Él aparecía en algunas entrevistas de televisión y se colgaban imágenes de su serie cada día en Twitter y Facebook, pero a Charlotte parecía habérsela tragado la tierra.

El sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos. Sabía quién era porque él siempre llamaba a la misma hora y ya hacía una semana que no había tenido noticias suyas. Descolgó el auricular y escuchó las palabras que más le gustaban el mundo:

—Hola, mamá.

—Vaya, el hijo pródigo —dijo sonriendo—. ¿Qué tal estás?

Y empezaba la retahíla de lo liado que estaba con el trabajo, de lo aburrido que se encontraba desde que Charlotte se había ido a Los Ángeles, de la faena que suponía no poder verse por culpa del rodaje de su serie y un largo etcétera con el que se desahogaba con la única persona a la que sabía que su vida le importaba de verdad. Su madre siempre lo animaba porque ella era ese tipo de persona que siempre ve el vaso medio lleno y saca lo positivo de todas las circunstancias. Aunque esta vez no lo encontró muy agobiado, a decir verdad. Hablaron un rato sobre la familia, sobre la peque de la casa y finalmente Jason le pidió que viniera a pasar las Navidades a casa.

—¿Sabes? Creo que sería una muy buena idea, pero me gustaría poder llevar a April y a Emma. Tu hermana no lo está pasando muy bien últimamente... unas vacaciones le vendrían estupendamente.

Quedaron en que vendrían las tres unos días antes de la Navidad para poder coincidir con los días de que disponía Charlotte antes de incorporarse al rodaje de nuevo.

Charlotte no era santo de la devoción de Kate. No tenía una opinión muy formada sobre ella porque habían coincidido en escasas ocasiones. En general

le parecía lo mismo que al resto del gran público, algo fría y distante, aunque correcta y educada. Le extrañaba que Jason hubiera congeniado tan bien con una mujer con esa personalidad, ya que él era todo lo contrario, agradable, cálido, siempre dispuesto a dar un beso o un abrazo. Mucho se temía que era él el responsable de todas aquellas fotos que se veían en las revistas donde se hacían arrumacos porque ella no recordaba haber visto a Charlotte nunca en esa disposición. Pero lo hacía feliz, y a ella con eso le bastaba. Después de todo quién puede juzgar una relación a tantos kilómetros de distancia. Kate conocía muy bien a su hijo, sabía que era incapaz de hacer daño a nadie y sabía que era capaz de todo por su familia, fueran ellas o Charlotte. Siempre fue un buen chico, no se parecía a su padre, probablemente porque no se había criado con él y porque era su único hijo varón y siempre había tratado de inculcarle cómo debía ser un hombre, qué clase de hombre esperaba ella que fuera. Quizás ahora le gustaría que fuera algo más egoísta, menos preocupado por satisfacer a los demás antes que a sí mismo, pero ya era tarde.

Charlotte llegó justo el domingo antes de Navidad, que este año caía en martes. Ya había hablado con Jason y sabía que su madre y su hermana pasarían las fiestas con ellos. No le apetecía demasiado tener tanta gente en casa para los pocos días que tenía para descansar, pero él era muy familiar, sabía que nunca se conformaría con pasar estas fechas a tanta distancia de su familia, de hecho, si el rodaje de su serie y la película de Charlotte se lo hubieran permitido probablemente hubiera tenido que pasar la Navidad en Inglaterra. En el fondo prefería no ser ella la invitada y tener que estar poniendo cara agradable para que todos vieran lo agradecida que estaba y lo en casa que se sentía.

Era el día libre de Miriam, pero Charlotte no podía esperar al día siguiente para hablar con ella y hacerle lo que ella consideraba unas recomendaciones, que era lo mismo que Miriam consideraba unas órdenes. En cuanto se hubo duchado tocó el timbre del interfono que comunicaba su casa con el apartamento de la terraza. Miriam estaba enroscada en el sofá viendo una de

esas películas sensibleras de los domingos por la tarde con Byron medio perdido en su regazo debajo de la manta que los cubría a los dos. Se levantó y cogió el auricular.

—¿Sí?

—Buenas tardes, Miriam, soy Charlotte. ¿Puedes bajar un momento? Me gustaría hablar contigo.

Miriam no sabía nada aún de las fiestas, de quién las pasaría en la casa o si ellos se irían a algún sitio. Ella no iba a ninguna parte. No tenía el día libre, por supuesto, en un día tan señalado Charlotte no iba a prescindir de su ayuda, pero aunque lo hubiera tenido no tenía a dónde ir, y sus amigos habían planeado pasar las fiestas en no sé qué lugar apartado y casi incomunicado que a ella le recordaba más bien a una película de terror. No le apetecía lo más mínimo pasar estos días aislada, prefería el bullicio de las calles de la ciudad, los grandes centros comerciales y retirarse a su casa cuando le apeteciera.

Miriam se puso un chándal de felpa azul marino y unas zapatillas de deporte, se recogió el pelo y bajó a ver qué tenía que contarle Charlotte. En cuanto entró fue directamente a la cocina. Regla número cinco: Cuando tenía que hablar con ella siempre lo hacía en la cocina, que era donde a Charlotte le parecía más apropiado tratar con el servicio de estos temas. Estaba de pie junto a la isla del centro de la cocina, con sus *leggings* y un jersey largo y grueso y solamente unos calcetines en los pies. En cuanto Miriam entró empezó a hablar:

—Como sabes, el martes es Navidad y mañana llega la familia de Jason. Vendrán su madre, su hermana y su sobrina, que es aún un bebé. Prepara algo que no sea demasiado exótico, son de gustos más bien sencillos, compra tú misma lo que necesites, ahora te doy el dinero. En pocas palabras, no quiero tener que preocuparme de nada. Trae algún vino, champán, algo de fruta, o puedes preparar uno de esos postres de tu país, no me importa, pero voy a estar aquí solo unos días y no me apetece lo más mínimo ocuparme de

invitados.

Miriam se limitaba a escuchar y a esperar más instrucciones. Ella ya sabía que esto iba a ser así. Charlotte no soportaba ni tener que encargarse de ella misma, así que en cuanto oyó la palabra “familia” supo que todo iba a depender de ella. Bueno, pues ya tenía algo distinto que hacer al día siguiente, iba a salir a comprar para variar y con carta blanca.

Volvió a su apartamento en cuanto Charlotte le hubo dado todas las instrucciones y empezó a preparar una lista del menú que podía preparar para comprar al día siguiente todo lo que pudiera necesitar. Pensó que prepararía unos entrantes que incluyeran mariscos y ensaladas y lo acompañaría con un buen vino blanco, de plato principal cocinaría pavo o pollo relleno de piñones, pasas, carne y champiñones, que se podía ir cocinando solo en el horno mientras ella preparaba algunas salsas para acompañarlo, y de postre pensó que a la madre de Jason podía gustarle algo fresco, típico de las fiestas navideñas de su madre, melón relleno de frutas con vino dulce y azúcar. Unas botellas de champán y unos frutos secos para picar después de la cena con el brindis. Después de todo Charlotte había insistido con un tono más bien despectivo en que la familia de Jason era de gustos sencillos. Tendría que hacer la compra temprano para ir dejando todo casi preparado para la comida del día siguiente. Estaba un poco nerviosa porque era mucha responsabilidad para ella dejar bien a Charlotte en un día tan señalado para un reencuentro familiar y si algo la relajó fue pensar que tenía la impresión de que a ella no le preocupaba mucho quedar bien con la familia de Jason. Otra cosa hubiera sido que fueran amigos de ella los que vinieran a comer, o su familia, si es que la tenía. Como desde que Miriam llegó Charlotte había estado yendo y viniendo a Los Ángeles nunca la había oído hablar con ningún familiar por teléfono. No sabía si tenía hermanos, padres, o sobrinos. Las escasas ocasiones en que hablaba con Miriam eran para decirle lo que tenía que hacer, aunque ahora ya nunca le decía cómo, lo que le hacía suponer que le gustaba su forma de trabajar. La casa siempre estaba limpia y perfumada, la comida siempre estaba

lista y había aprendido qué tipo de cosas le gustaba comer a Charlotte, que era lo más difícil, porque Jason se comía cualquier cosa que se encontraba en la nevera. De hecho Miriam solía revisar el contenido de la misma a menudo para evitar que se comiera algo que estuviera caducado porque se había percatado de que él no lo comprobaba.

El lunes por la mañana se levantó temprano como hacía habitualmente y se fue directa a una pequeña tienda no muy lejos de casa donde sabía que encontraría todo lo que necesitaba. La primera vez que entró le pareció imposible que pudiera encontrar un lugar así en una ciudad saturada de comida preparada y cafés para llevar. Era un delicatessen, decorado con cestas de mimbre llenas de pan de todo tipo recién horneado, estanterías de madera con tarros de cristal de mermelada y todo tipo de conservas. Las legumbres estaban en una mesa redonda de madera, en saquitos blancos, para comprar al peso. Olía a azúcar y mantequilla. En la gran vitrina de cristal había todo tipo de productos de charcutería y quesos, y al lado estaba la carne, fresca y rosada. Justo detrás del dependiente había una estantería de madera repleta de vinos y licores de todas partes del mundo. Era el lugar perfecto para conseguir lo que necesitaba para la comida de Navidad. Tampoco iba buscando nada extraordinario, lo extraordinario sería el resultado.

Al regresar a casa colocó las cosas en el frigorífico y se tomó un merecido café que hoy había retrasado por una buena causa. Empezó a preparar el relleno del pavo para luego meterlo en un recipiente en el frigorífico, era lo que más tiempo le iba a llevar y si lo hacía hoy mañana ya solo tendría que preparar algunas salsas. El marisco estaba cocido y listo para servir solo a falta de preparar algunas ensaladas tropicales para acompañarlo. Ordenó el frigorífico y se dirigió al salón para abrir un poco las ventanas y recoger antes de que se levantaran Charlotte o Jason, pero él ya venía por el pasillo listo para salir a la calle.

—Buenos días, Miriam.

—Buenos días —contestó ella y desapareció en el salón.

Desde la última que habían hablado, Jason estaba mucho más distante y ella creía saber por qué. Era la asistente y no tenía por qué preocuparse por ella, por muy amable que fuera, por muy buena persona que fuera, ella ni siquiera era su amiga, era la chica que trabajaba en su casa, que además era hispana, como solían referirse a ellos, y lo último que a él debería importarle era lo que pudiera haberle ocurrido o lo que pudiera pensar. Y pensó que sería mejor así.

Jason entró en la cocina y se tomó su café apoyado en la isla central. Mejor guardar las distancias con Miriam. Se ponía nervioso cada vez que pasaba a su lado, y desde la última vez que hablaron no sabía qué decir ni cómo dirigirse a ella. Tenía un miedo atroz de estar sintiendo por ella algo que no debía, algo que desde que conoció a Charlotte no había sentido por nadie, algo que estaba descubriendo que no sentía ya por ella. Evitaba pensar en ello porque tenía miedo de hacer o decir cualquier cosa que delatara que algo estaba cambiando en su interior. Charlotte no había parado de hablar de su película desde que llegó, deslumbrada por completo por la superproducción en que se había embarcado, segura de que por fin iba a conseguir lo que siempre había deseado, ser una estrella de verdad, aspirar a grandes premios, compartir reparto con los grandes del cine, presentar galas y escoger entre los mejores papeles que los productores habían pensado para ella.

Salió de su casa para recoger a su familia en el aeropuerto. Mientras conducía recordó lo enamorado que había estado de Charlotte desde que se conocieron y no conseguía recuperar el momento en que eso había dejado de ser así. Sabía que la quería, pero también sabía que nunca desde que se conocieron se había fijado en otra mujer, tenía amigas, compañeras de trabajo preciosas con las que rodaba escenas a las que estaba tan acostumbrado que lo único que le preocupaba era que sus gestos fueran perfectos, que transmitieran al público que no estaba actuando, que realmente estaba haciendo el amor y que tenía entre sus brazos a la persona que más quería en el mundo. Eso era su trabajo, hacer creer al resto del mundo que todo lo que veía en la pantalla era

real.

Miriam empezó a preparar un pescado al horno con guarnición para el almuerzo y metió una botella de vino blanco en la nevera para que estuviera a la temperatura justa a la hora de comer. Mientras tanto abría y cerraba armarios observando que todo estuviera en orden para recibir a la familia de Jason. Estaba nerviosa. No sabía qué clase de personas eran, aunque a juzgar por lo que había intuido, no debían ser muy complicadas. Y traían un bebé. A Miriam le encantaban los bebés, cuanto más pequeños mejor. Pensó que, si la dejaban, jugaría con la niña. Las niñas le parecían tan dulces. Se quedó mirando por la ventana que daba a la terraza de la casa y se recordó a sí misma con su niña pequeña. Era preciosa. Recordaba cómo la bañaba, cómo le daba el pecho o le cambiaba los pañales. La niña sonreía, era tan alegre... Tenía el pelo rubio como el oro y unos enormes y curiosos ojos azules, unas mejillas sonrosadas como pétalos de rosa y en sus recuerdos nunca lloraba, siempre reía, o dormía, o balbuceaba, pero llorar, eso nunca. Recordó las canciones que le cantaba para que se durmiera. Nunca había sido capaz de dormirse sola. Cuando era muy pequeña se dormía tomando el pecho, y cuando ya fue algo más grandecita se dormía en brazos de su madre mientras esta entonaba una retahíla de canciones infantiles, algunas tradicionales, otras extranjeras y algunas incluso inventadas. Cuando por fin se dormía, Miriam la dejaba en su cunita y cerraba la puerta despacio para que nada pudiera molestarla. Luego dejaba encendida una lamparita en el pequeño pasillo de su piso por si la pequeña se despertaba y tenía que acudir a consolarla. En su cabeza resonaba una nana. Notó cómo las lágrimas caían por sus mejillas y al oír el sonido de las llaves en la puerta se las limpió inmediatamente con el dorso de las manos. Era Jason que volvía del aeropuerto con su sobrina en brazos, su madre y su hermana. La niña venía adormilada con la cabeza recostada en su hombro y abrazada a él como si lo hubiera visto cada día. La mujer era muy guapa. Tenía el pelo por encima del hombro, castaño y unos ojos azules que por suerte habían heredado sus hijos. Jason tenía los ojos de

su madre, pensó. Por un momento se quedó sin saber qué decir, pero enseguida se acercó a coger las dos maletas que traían consigo. La madre de Jason se dirigió a ella amablemente y sorprendida. Jason no le había hablado de haber contratado a una chica nueva. ¿Y en qué momento Charlotte había permitido que una mujer tan hermosa entrara en su casa? Si algo sabía de ella era lo celosa que era. Siempre había creído que todas las mujeres andaban persiguiendo a Jason, él mismo se lo había dicho. Tardó mucho en darse cuenta de que él no era del tipo que se va con otra porque cuando estaba enamorado lo daba todo.

—Soy Kate, la madre de Jason —dijo en un inglés que a Miriam le sonó a gloria mientras extendía la mano para saludarla.

—Bienvenida, señora. Soy Miriam. Cualquier cosa que necesite no dude en pedírmela.

Jason estaba aún en la entrada, con el pelo algo revuelto por el aire y la niña dormida en sus brazos. La miraba fijamente. Había estado llorando. Ya la había visto llorar y sabía el efecto que tenía en sus ojos. Se le enrojecían justo por encima de las mejillas. April se adelantó también para saludar a Miriam:

—Yo soy April, la hermana de la estrella. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias.

Jason le pidió a Miriam que llevara las maletas a la habitación de invitados que tenía las dos camas. Madre e hija querían compartir las vacaciones todo lo que fuera posible y fue tras ella con la niña en sus brazos. Miriam entró en el gran dormitorio y subió un poco la persiana para que entrara algo de luz mientras Jason dejó a la niña sobre la cama, que estaba pegada contra la pared y puso una almohada al otro lado para que no se cayera si se movía. Miriam empujó la otra cama de modo que se unieran las dos y fuera aún más difícil que se hiciera daño antes de que alguien acudiera a buscarla si se despertaba. Él no pudo evitar preguntarle si se encontraba bien, a lo que ella respondió que le dolía la cabeza debido al tiempo. Acto seguido salieron en dirección al salón de nuevo, esta vez él delante de ella. Miriam le ofreció a las invitadas

algo de beber, pero estaban demasiado cansadas del viaje como para tomar nada. Le dieron las gracias y ella abandonó el salón para seguir con su trabajo. Charlotte apareció en el arco del salón y se dirigió a las dos mujeres amablemente, pero tan distante como siempre:

—Hola, Kate. April. Me alegro mucho de que hayáis decidido pasar estos días con nosotros. Últimamente estamos tan liados que ni los dos logramos coincidir.

Kate y April besaron en la mejilla a Charlotte, que ni siquiera se acordó de preguntar por el bebé. Hacía más de un año que no veía a April y la encontraba un poco flaca y pálida. Pensó que con el maldito clima británico tampoco tendrían muchas oportunidades de tener mejor color. Sin embargo, Kate estaba más guapa que la última vez que la vio. Era sorprendente que esta mujer tuviera casi sesenta años y se mantuviera tan hermosa sin hacerse absolutamente nada. No es que fuera muy alta, pero estaba delgada y siempre había tenido mucho estilo para vestirse, al contrario de lo que ella esperaría de una inglesa. Hablaron de trivialidades: el tiempo, los rodajes, las revistas, los programas de televisión en que aparecían, el trabajo de Kate, el trabajo de April... Mientras tanto Miriam fue colocando el mantel en la enorme mesa del salón que se encontraba a un lado del gran ventanal. Empezó a ir y venir con los platos, las copas, la bandeja con la comida y todo lo que se le ocurrió que pudieran necesitar. Después se retiró a la cocina, como Charlotte le había indicado.

La sobremesa transcurrió apaciblemente. El bebé se despertó y April fue a buscarla al dormitorio. Charlotte se retiró a descansar después de intercambiar algunas caricias forzadas con la niña. Miriam había recogido el salón y la cocina, pero no quería irse arriba. Allí no tenía nada que hacer y quizás alguien la necesitara en la casa. Entró al salón a ofrecer un café a la familia que aceptó encantada. Además del café preparó unas copitas de un licor dulce y una pequeña bandeja con dátiles, pasas y frutos secos para acompañar. Cuando volvió al salón dejó todo sobre la pequeña mesa que

había delante del sofá. April y su madre estaban echadas una sobre el hombro de la otra. La cara de April lo decía todo, ahora mismo no había un lugar en el mundo donde se pudiera encontrar mejor. ¡Cómo echó de menos a su madre en aquel instante! Jason tenía a su sobrina en sus brazos y la pequeña luchaba por zafarse de su abrazo para tirarse al suelo. Él sonreía mientras la sujetaba por debajo de los brazos. Kate le dio las gracias a Miriam y mientras esta salía del salón observó cómo la miraba su hijo. Para ella Jason era transparente, había vivido con él sus mejores y sus peores momentos, su adolescencia, sus primeros amores, famosos y anónimos. Sabía que era un chico muy sensible y que no se le daba muy bien ocultar sus sentimientos. Una corazonada le dijo que Miriam no le era indiferente.

—Jason, ¿qué tal todo?

No era una pregunta cualquiera. Habían hablado por teléfono hacía poco y en el camino desde el aeropuerto no había dejado de contarse cosas, así que si su madre seguía preguntando era porque sabía que había algo que no le había contado.

—Ha sido una sorpresa agradable ver que esta vez habéis acertado al escoger a la asistenta.

Definitivamente las madres son brujas, pensó Jason. Ni siquiera había mencionado a Miriam, había evitado mirarla a lo largo de toda la jornada, había estado más pendiente de Charlotte que nunca y aun así su madre había intuido que había algo que se le escapaba. Esta era su forma de decir: “No soy tonta y he visto cómo la miras”, que era lo que él había intentado evitar.

—¿Ha sido Charlotte quien la ha contratado?

—Sí, como siempre. Acudió a una de esas empresas elitistas donde te aseguran que no vas a tener ningún problema con los empleados que contrates, alguna de sus amigas se la había recomendado.

—Es muy guapa. No parece...

—... una asistenta, lo sé —dijo él—. Fue lo primero que pensé cuando la vi, pero si hay algo que sabe hacer es cuidar de una casa. Los temas domésticos

no han ido mejor antes.

—Jason... —Esa forma de decir su nombre anunciaba que lo que iba a decir a continuación podría no ser del agrado de su hijo.

—¿Mamá? —Esa forma de preguntar significaba que no tenía nada que añadir. Se entendían con la mirada, es lo que tiene haber confiado en alguien durante toda tu vida, haber mantenido con esa persona todas las conversaciones trascendentes, todas las miradas, todos los pensamientos.

Kate no dijo nada más. Se limitó a observar cómo jugaba con su sobrina y a acariciar el pelo de su hija, que estaba adormilada con la cabeza apoyada en su hombro. Jason levantaba a la niña en el aire y ella se reía a carcajadas y emitía gritos de satisfacción. Su madre se atrevió a preguntarle:

—¿Habéis hablado ya de tener hijos?

—No es el mejor momento, mamá. Charlotte se enfrenta a unos años muy complicados en su profesión y un niño solo lo complicaría todo aún más.

Kate pensó que esas palabras eran un discurso bien aprendido porque si algo sabía ella de Jason era lo mucho que le gustaban los niños y las ganas que tenía de ser padre, ya que se lo había comentado en alguna ocasión. Siempre Charlotte, siempre sus gustos, sus preferencias, sus exigencias. No recordaba haber oído jamás que hubiera renunciado a algo por Jason. De hecho fue él quien se mudó a Nueva York porque era el lugar que ella había elegido para vivir, por supuesto cerca de otras celebridades con las que esperaba relacionarse. Kate no recordaba el último proyecto que Jason había aceptado en Europa, supuestamente porque no quería separarse de ella, pero bien sabía ella que era Charlotte quien lo acaparaba de tal manera debido a sus celos y a su egoísmo.

Entre tanto, Miriam seguía en la cocina, sentada, hojeando una revista y tomando un café. April se había levantado del sofá y se había colocado en el arco de la entrada de la cocina y la estaba observando, pero ella estaba tan ensimismada en lo que estaba haciendo que no se había dado cuenta. Se llevó la taza a los labios y cerró los ojos para saborear el sorbo de café. April

sonrió.

—Solo una verdadera amante del café cierra los ojos para saborearlo.

Miriam levantó la cabeza sorprendida y se puso de pie de un salto.

—¿Necesita algo? —preguntó apresuradamente.

—No, tranquila. Jason está jugando con la niña y mi madre está poniéndolo en algún que otro aprieto con sus preguntas, así que solo quería saber si había algo que pudiera hacer para distraerme. No quiero dormir, ya es muy tarde.

—¿Quiere un café?

—Debes estar de broma, soy inglesa. Yo tomo té.

Miriam sonrió. Creía recordar que de todas sus amistades juveniles de estudiante, ninguna tomaba té. Para ella lo del té de las cinco era un tópico como el de la puntualidad inglesa, hasta que vivió en Londres y pudo comprobar por sí misma el alcance de esa tradición.

—¿Le preparo un té? —preguntó Miriam educadamente.

—No, gracias. Estoy llena. ¿Puedo sentarme contigo?

—¿Aquí, en la cocina?

—Suelo sentarme en la cocina de mi madre cuando voy a verla. Los salones son para recibir a las visitas. —April se sentó y Miriam volvió a sentarse y cerró la revista.

—Dime, Miriam, ¿llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—¿En esta casa?

—Sí, con Jason y Charlotte.

—Pues bueno, unos cuatro meses. Llegué en septiembre.

April se preguntaba por qué nunca había salido en ninguna conversación cuando sabían todos los detalles de otras mujeres que habían trabajado en la casa. Normalmente era Jason el que comentaba algo casualmente, pero también Charlotte había hablado sobre alguna de ellas. Generalmente para comentar lo bien o mal que trabajaban, la mucha confianza que se tomaban y lo subditas que estaban con tantos derechos y tan poco conocimiento de sus obligaciones. Lo que sí sabía April era que una de las que tuvieron una de las

veces que ella vino de visita tenía un bigote que hacía dudar sobre si era hombre o mujer, otras eran bastante más mayores que ella, otras más jóvenes, pero ninguna con ese aspecto de cualquier cosa menos de asistenta que tenía Miriam.

—¿Estás cómoda aquí? ¿Te gusta trabajar con ellos?

—La verdad es que no pienso mucho en ello. Estoy contenta, estoy la mayor parte del tiempo sola, más desde que Charlotte se marchó a Los Ángeles.

—¿Cómo los ves a ellos?

Miriam se sintió incómoda, no sabía qué decir, no quería parecer maleducada, pero tampoco quería parecer una fisgona, así que se limitó a responder:

—No sabría decirle. No han estado juntos mucho tiempo desde que yo estoy aquí, pero en las fotos que hay por la casa se los ve muy felices. Hacen muy buena pareja.

—Muy correcta la respuesta, sí, señora, muy diplomática. —April sonrió. Esta mujer le caía bien. Le causó buena impresión desde el primer instante que la vio. Tenía aspecto de superviviente, de haberse caído y levantado muchas veces en su vida, de saber lo que quería o al menos lo que no quería. Pensó que era inteligente. Jason interrumpió sus pensamientos cuando apareció detrás con la niña subida a sus hombros.

—Miriam, puedes marcharte si quieres. Seguramente tendrás tus planes —le dijo con tantas ganas de sonar indiferente que solo consiguió sonar falso.

—No. No tengo nada que hacer. Puedo quedarme por si necesitan que les prepare algo más.

—No, gracias. En serio, vete a descansar.

Miriam miró a la niña y se acercó a ella para tocarle la cara. La pequeña se lanzó a sus brazos sonriendo.

—Vaya —dijo April—. Le has caído bien.

Miriam le hizo algunas carantoñas y le dio un beso en una de sus manecitas.

—Es toda una princesa. ¡Qué bonita eres! —dijo mirando a la niña, que no

paraba de reír. Jason extendió los brazos para recuperar a su sobrina.

—Anda, ven. —Luego miró a Miriam y la apremió—. Vete a descansar.

Ella se despidió hasta el día siguiente y se retiró a su apartamento. April miró a su hermano. Nadie conoce mejor a otra persona que quien ha compartido con él juegos y peleas, quien le ha defendido cuando ha llegado tarde a casa, o ha tenido que quedarse con él cuando estaba enfermo porque mamá tenía que irse al trabajo. Jason conocía esa mirada, por eso solo le devolvió la mirada y le dijo:

—¿Qué?

A lo que su hermana respondió:

—Nada.

De nuevo sobraban las palabras. Unas horas, solo unas horas habían bastado para que tanto ella como su madre se dieran cuenta de que Jason sentía algo por Miriam, algo que quería ignorar a toda costa probablemente por miedo a las consecuencias. ¿Cómo es que su mujer no se había dado cuenta? April recordó que ya antes del verano su madre le había comentado que su hermano y Charlotte estaban pasando por un mal momento, aunque él no le había dado detalles. Una madre sabe cuándo algo no va bien. Jason era muy sincero, pero tenía la costumbre de evitar comentar cosas que pudieran preocupar a su madre porque sabía que estaba lejos y sufriría por no poder estar con él en un mal momento. Sin embargo, algo se le había escapado para que Kate se diera cuenta de que las cosas no iban bien.

Pensó que probablemente Charlotte estaba tan preocupada por su carrera, su película y su propia vida, que no prestaba demasiada atención a esos detalles, o a lo mejor era que ya no le importaba tanto Jason. April se estremeció. Después de todo su hermano y ella habían estado juntos mucho tiempo y sabía que si había una ruptura él iba a sufrir, porque sintiera lo que sintiera por Miriam, llevaba ocho años conviviendo con la mujer que quería que algún día se convirtiera en la madre de sus hijos. Y habían tenido momentos muy felices de los que ella había sido testigo, a pesar de la aparente frialdad de su cuñada.

Miriam se duchó y se puso un pijama. Eran ya las ocho de la noche cuando se tumbó en la cama a leer un rato. Byron se quedó a sus pies, encima de la cama, lamiéndose y acicalándose y de vez en cuando propinando a Miriam algún que otro lametón en los pies. Poco a poco ella fue cambiando la postura, hasta que se colocó de lado con el libro en una mano, que se cayó al suelo cuando se quedó dormida. Había sido un día duro, pero estaba satisfecha con el resultado. La familia de Jason le había parecido estupenda, la niña una auténtica preciosidad. A pesar del cansancio se encontraba relajada, tranquila. No iba a decir que feliz, feliz nunca, pero sí más cómoda con ella misma y con lo que la rodeaba.

Por el enorme ventanal del techo abuhardillado de su dormitorio se veía el cielo blanquecino amenazando con soltar una nevada de las que hacen historia.

Los pocos días que la madre y la hermana de Jason estuvieron en Nueva York pasaron volando. Miriam se había quedado cuidando de la niña algunas veces para que todos pudieran salir de compras, a comer, al cine o a pasear por la ciudad. Charlotte los había acompañado en alguna ocasión, pero normalmente se quedaba en casa o se iba con alguna amiga y aparecía por la noche. Una de las noches ni siquiera se molestó en aparecer, se quedó a dormir en casa de alguien, por lo que había oído comentar. La intención de Kate era quedarse para pasar el Año Nuevo con su hijo, pero el marido de April no paraba de llamarla y ella estaba algo nerviosa, así que le propuso a su hija que se marcharan el día treinta y así pasarían el fin de año tranquilamente en casa y con el resto de la familia. Ella se lo agradeció mucho.

Cuando Miriam bajó la mañana del treinta y uno de diciembre no encontró a nadie en casa. Sabía que Kate y April se habían marchado ya. Al entrar en la cocina encontró un paquete con una tarjeta que indicaba que era para ella. Sonrió y lo abrió allí mismo. Era un perfume que April había comprado para ella en una de sus salidas y se lo había dejado con una nota en la que le agradecía lo bien que se había portado con ellas y con la pequeña. A Miriam

le pareció todo un detalle. No le había costado ningún trabajo cuidar de la niña y desde luego había sido muy agradable estar con ellas, había recibido más de una visita a la cocina con la excusa de tomar un té y había charlado con ambas. Se atrevió a decirle a Kate que no conocía muy bien a Jason, pero que creía que había hecho un buen trabajo con su educación.

—Nunca he conocido a un hombre tan sensible, tan implicado emocionalmente con su familia y con la gente que quiere. —Recordó haberle dicho.

Era muy temprano, así que supuso que si había alguien en casa aparecería mucho más tarde.

En el dormitorio, Jason abrió los ojos lentamente y miró hacia la ventana. Era de día, otro día nublado y oscuro como los anteriores, típicos del invierno en la ciudad. Al menos esperaba que no nevara de nuevo, Charlotte y él tenían planes para salir a cenar a casa de unos amigos de ella y celebrar allí el Año Nuevo y no le apetecía nada pasarse horas en un atasco. Miró hacia el otro lado y vio a Charlotte, que seguía dormida de espaldas a él. Estaba tapada hasta arriba y solo se le veía el pelo, que él revolvió con intención de despertarla. Se acercó a su oído y le susurró:

—Dormilona, despierta.

Ella sonrió, pero enseguida, como dándose cuenta de dónde estaba, cambió el gesto. Se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa algo forzada.

—Buenos días —le dijo.

Jason le puso el brazo debajo del cuello para acercarse más y ella se intentó zafar, pero él la sujetó con más fuerza.

—Hoy no te escaparás —le dijo intentando besarla. Pero Charlotte no estaba por la labor.

—Jason, vamos a salir a desayunar fuera. ¿Te apetece?

Jason seguía intentando que le respondiera a sus besos, ahora acariciaba la nariz de Charlotte con la suya, en un intento desesperado por despertar su deseo. De nuevo ella lo rechazó.

—No seas pesado, no me apetece.

Él se quedó allí, con la cabeza de ella sobre su pecho, y suspiró. No podía recordar la última vez que habían hecho el amor. Entre las crisis, el trabajo y los continuos viajes, estaba seguro de que habían pasado meses. No quiso insistir, no quería que acabaran discutiendo.

—Entonces, ¿desayunamos fuera? —le preguntó.

—Me encantaría. Me doy una ducha y tú mientras piensas dónde me vas a llevar, ¿vale?

Se levantó de la cama de un salto y se metió en el cuarto de baño. Jason pudo oír el sonido del agua de la ducha cayendo. Se dio la vuelta y siguió mirando por la ventana. Pensó que con lo que Charlotte podía tardar en arreglarse, le daba tiempo a tomarse un café antes de meterse en la ducha. Salió de la cama, se puso el pantalón del pijama que había dejado caer al suelo la noche anterior cuando le dio calor y una camiseta negra de manga larga. Salió así, descalzo, camino a la cocina, en busca de una buena taza de café. Miriam estaba poniendo alguna ropa en la lavadora cuando escuchó:

—Buenos días, Miriam.

—Buenos días —respondió—. ¿Lo ha atraído el olor del café? —dijo en tono de broma, algo que él aceptó de muy buen grado, ya que su mañana no había empezado demasiado bien.

—Como siempre. ¿Me preparas uno, por favor?

Miriam se dirigió a la cafetera y la cargó, colocando debajo la taza que había descubierto que era la favorita de Jason, una con un dibujo de Homer Simpson vestido de Superman. Se lo llevó a la mesa. Hoy tenía una razón para hablar con él de algo más que del café o la comida, o la limpieza, y por eso estaba contenta.

—Me gustaría pedirle que cuando hable con su hermana le dé las gracias de mi parte.

—¿Por qué? —contestó él intrigado.

—Me ha regalado un perfume que huele estupendamente y que debe ser muy

caro. Dígale que ha sido un placer cuidar de la niña, ¿lo hará?

—Por supuesto, no te preocupes.

Él tampoco quería que la conversación terminara, así que cuando ella se dio la vuelta para seguir con sus tareas, la interrumpió:

—¿Tienes planes para Fin de Año?

—No.

—¿No? —insistió él sorprendido.

—No. Mis amigos han alquilado una cabaña fuera de la ciudad y no volverán hasta dentro de un par de días, así que me quedaré en casa y seguramente me iré pronto a la cama. De todas formas estas fiestas no me gustan demasiado, no me gusta que me obliguen a estar alegre.

Jason la miraba atentamente mientras hablaba. Debe ser muy duro no tener a nadie en el mundo más que a un grupo de medio desconocidos con los que salir de vez en cuando, pensó en lo afortunado que era por haber podido disfrutar de su familia unos días, en la cantidad de amigos que tenía, en la suerte que tenía solo por tener hoy un lugar precioso donde cenar y despedir el año. Ella lo miró, y como percibiendo en qué estaba pensando, dijo:

—Estoy bien. Me gusta la soledad, estoy acostumbrada.

Se había apoyado en la mesa de la cocina y él cogió su mano con la suya mientras la miraba fijamente a los ojos.

—¿Qué fue, Miriam? ¿Qué pudo hacer que tu vida dejara de tener sentido?

Ella sintió un pellizco en el estómago. No iba a hablar de ello, no con él, no en el lugar donde había decidido empezar una nueva vida, porque entonces volvería a ser real, mientras nadie más lo supiera no habría pasado nada. Él seguía mirándola, con aquellos dulces ojos azules interrogantes, sinceramente preocupados por lo que había sido de su vida antes de aparecer en aquella casa. Miriam colocó su otra mano sobre la de él, le sonrió apaciblemente, quería transmitirle que estaba en paz, que se encontraba bien, que fuera lo que fuera lo que hubiera pasado ya no tenía remedio y así lo había aceptado, y así lo entendió él.

El sonido de las botas de Charlotte andando por el pasillo hizo que volvieran a la realidad y se soltaran las manos. Cuando ella entró en la cocina, Miriam pasaba una bayeta por el frigorífico y Jason se acababa su café.

—¿Aún estás así? —le dijo—. Anda, ve a ducharte.

Él se marchó al cuarto de baño y Charlotte se quedó en la cocina mirando cómo Miriam repasaba la encimera con la bayeta y llevaba la taza de Jason al lavavajillas.

—Hoy vendremos tarde. Probablemente comeremos fuera.

A parte de las reglas esta era una de las frases más largas que Charlotte le había dirigido desde que la conocía. Otras de su repertorio habían sido, por ejemplo: “Dónde está tal o cuál vestido, por qué no ha salido esta mancha, hoy para comer prepara, plancha esta camisa o búscame tal o cual cosa”. Miriam había llegado a pensar que Charlotte creía que ella era una especie de robot que aparecía y desaparecía de su casa, jamás le había hecho ningún comentario que implicara que sabía que era una persona y que tenía una vida fuera de su trabajo, y en el fondo esto le había facilitado la vida enormemente, pues nunca se había visto obligada a hablar con ella de nada que no fueran sus funciones en la casa.

Con la información que acababa de darle, Miriam sabía que a las cinco podía retirarse a su apartamento y hacer lo que le viniera en gana al día siguiente. Había comprado un ordenador portátil hacía unos días y se entretenía mucho con internet, así que, sí, a eso dedicaría la noche de fin de año, a fisgonear en internet, a tomarse una sopa calentita y a fingir que era una noche normal. Eso se le daba muy bien, tanto que se había convencido de que su vida era normal, cuando realmente hacía mucho que no lo era.

Por la noche, Jason y Charlotte volvieron a la casa para arreglarse para pasar la noche de Fin de Año con los amigos de ella. Jason se había puesto un traje muy de su estilo, no demasiado formal y pensaba llevar un abrigo negro largo y una bufanda gris y negra. Lo suyo era sencillo.

Charlotte, por su parte, llevaría un vestido negro con un solo tirante y se

había recogido el pelo en un moño de bailarina que había rodeado con algunas horquillas con flores de cristal, nada demasiado aparatoso, después de todo era una fiesta entre amigos, no quería resultar recargada. Se maquilló muy bien, esta vez no acudió a ningún salón de belleza para prepararse, no habría prensa, era una fiesta privada y, por lo que sabía, el resto de las invitadas estaban muy por debajo de su belleza y su estilo. Se metió en unos preciosos zapatos de tacón alto de ante con algo de pedrería en la punta y en el talón y cogió un abrigo de pelo marrón de su vestidor. A eso de las nueve, ya estaban camino a casa de Trevor Smith, el director de la película que había llevado a Charlotte a Los Ángeles y la había hecho reconciliarse con la idea de triunfar en el cine. Era un hombre joven, no tendría más de cuarenta y cinco años, apuesto, aunque ella no diría que muy guapo, elegante y muy muy muy rico, que siempre estaba rodeado de actrices y modelos jóvenes que esperaban una oportunidad que viniera de él o de su grupo de ricos amigos.

Resultó que la casa estaba llena de gente, sobre todo de famosos que Charlotte conocía y otros que estaría encantada de conocer: actores y actrices, cantantes y empresarios de la moda y del teatro, modelos. Todos vestidos elegantemente y atendidos por varios camareros y camareras que no dejaban de pasear sus bandejas con copas y canapés por todo el salón y el hall.

Nada más al entrar Trevor se dirigió hacia ellos:

—Charlotte Richards —dijo tomándola de la mano—. Y esposo —añadió mirando a Jason—. Encantado de verlos por aquí.

Jason sonrió y le dio la mano a su anfitrión.

—Un placer estar aquí.

—Venid, voy a presentaros a algunos de los invitados. Lo siento, Jason, pero no creo que haya mucha gente por aquí que conozcas.

Jason no se ofendió. No pertenecía a ese círculo, pero tampoco le importaba. Siguió a Trevor y a Charlotte, que parecía haber perdido todo contacto con la realidad. Se limitaba a mirar a Trevor y sonreír a todo lo que decía. Pasaron en medio de la gente que hablaba y reía y finalmente se colocaron junto a un

grupo de personas a las que efectivamente Jason solo conocía de ver en el cine, bien a ellos, como actores, o bien a sus nombres, como productores.

Estaban hablando animadamente y así permanecieron largo rato. Jason escuchaba, sonreía y bebía de su copa de vino mientras buscaba a algún camarero que llevara en la bandeja algo que le llamara la atención. Al cabo de un rato pasaron a un salón mucho más amplio donde las mesas redondas decoradas con manteles y adornos navideños estaban situadas en círculo alrededor de un inmenso árbol de navidad lleno de bolas rojas y doradas y de luces. Se fueron colocando tal y como el anfitrión había previsto. Empezaron a cenar y acabaron justo cuando quedaban solo unos minutos para las doce de la noche, las luces se apagaron y solo quedó el árbol iluminado. El gran reloj del salón dio las doce campanadas y todos se abrazaron y se desearon un Feliz Año Nuevo. Jason buscó a Charlotte, que estaba a su lado un momento antes, pero no la vio. Pensó que habría ido al baño y empezó a charlar con alguien de su misma mesa que acababa de sentarse después de las campanadas. Era un hombre mayor que a lo largo de la cena había bebido más de la cuenta y daba la sensación de estar a punto de caerse al suelo en cualquier momento. Jason siguió mirando a su alrededor en busca de Charlotte, pero había tanta gente que no lograba encontrarla. Estaba aburrido, tenía ganas de irse a casa. Empezó a caminar hacia el hall para ver si desde allí conseguía localizarla y se entretuvo hablando con algunos invitados que lo saludaban y le hablaban de su serie. Se notaba que la gente estaba mucho más relajada que cuando la fiesta empezó. Alguien le dio otra copa de champán que él aceptó y empezó a beber mientras seguía buscando a su mujer con la mirada.

Sacó su teléfono. Ningún mensaje, ninguna llamada perdida. Lo volvió a guardar. Por fin Charlotte apareció en medio de la gente y se acercó a él.

—¿Dónde te has metido? —dijo él medio enfadado—. Hace más de media hora que te estoy buscando.

—Lo siento. No acaban de presentarme gente. Feliz Año Nuevo —dijo ella dándole un beso en los labios.

—Feliz Año Nuevo. Es el primer fin de año que no nos hemos besado al ritmo de las campanadas.

—Lo siento, cariño. Me han sacado del comedor en el momento más inoportuno.

Estaba más cariñosa de lo que la había visto en bastante tiempo y Jason se lo atribuyó a la bebida. Estaba muy animada, no paraba de hablar con todos los que se encontraba que se dirigían a saludarla. Se encontraba en su ambiente, y Jason no fue capaz de decirle lo aburrido que estaba y las ganas que tenía de irse a casa. Siguió dando vueltas por los distintos salones, escuchando conversaciones que no le interesaban lo más mínimo y sonriendo a todo el mundo, mientras sujetaba su copa de champán y miraba el reloj de vez en cuando deseando irse a casa.

Alguien le puso una mano en el hombro e hizo que se diera la vuelta. Se encontró frente a un hombre joven que no conocía, que lo miraba con aire divertido mientras le pedía que lo siguiera y lo llevaba al hueco de las enormes escaleras que se encontraban al principio del hall.

—Aquí estaremos más cómodos —dijo el joven sin parar de sonreír.

—¿Nos conocemos? —preguntó Jason intrigado.

—¿Bromeas? Yo te conozco a ti, ¿quién no te conoce? Creo que eres el único que trabaja de todos los que estamos aquí. Además de mí. Soy Will —dijo extendiendo la mano para saludarlo—. Solo quería encontrar un lugar más cómodo para hablar un momento con usted.

—Pues dígame, ¿de qué se trata? —Después de todo en estas fiestas nadie sabe quién se va a fijar en uno. De pronto alguien te mira y cree que serás perfecto para tal anuncio o tal película o tal capítulo de una serie y te aborda para ofrecerte algún trabajo.

Pero este hombre no tenía pinta de nada de eso y la sonrisa floja que llevaba en la cara solo podía ser resultado de dos cosas: haber bebido demasiado o saber algo que él no sabía. Y pronto iba a descubrir que se trataba de lo segundo.

—¿Qué me dirías si te digo que tengo algo que te gustaría ver?

—No sé de qué estás hablando —dijo él empezando a sentirse incómodo y percatándose de que dos hombres más se habían colocado en la misma zona que estaban ellos. Su interlocutor sacó una cámara de fotos pequeña, la encendió y se colocó al lado de Jason de forma que los pudieran ver las imágenes que tenía que mostrar. Ante los ojos incrédulos de Jason empezaron a aparecer fotos de Charlotte subiendo las escaleras detrás de un hombre, luego caminando por el pasillo, y finalmente en una habitación. En esta última se veía perfectamente cómo la mujer besaba al hombre en el cuello mientras con las manos le desabrochaba el pantalón. En la siguiente era el hombre el que bajaba el tirante del vestido de Charlotte y se perdía entre sus pechos. Jason miró al joven que acababa de enseñarle aquello con una furia que él ya había previsto.

—Tranquilo, Jason, tranquilo. Habrás visto que tengo compañía.

Jason miró a los dos hombres que lo miraban también a él y se dirigió de nuevo a su interlocutor:

—¿Qué quieres? —preguntó totalmente superado por lo que le estaba pasando.

—Quiero saber si lo que se dice de ti por ahí es cierto, y por tanto me vas a ofrecer una buena suma de dinero a cambio de las fotos, o si por el contrario vas a dejar que venda esto al mejor postor y arruine la carrera de Charlotte para siempre. Tengo más. ¿Quieres verlas?

En otra foto se veía claramente la cara del hombre que estaba con Charlotte, Trevor Smith, que se encontraba de pie, con la boca abierta y una expresión de incomparable placer, con los pantalones bajados mientras ella se entretenía agachada delante de su entrepierna. Estaba claro que le estaba haciendo una felación. Jason no daba crédito a sus ojos. Era como si estuviera viendo imágenes de una persona que no conocía, no paraba de preguntarse cómo podía haberle hecho esto a él, no quería seguir mirando porque ya sabía suficiente y no quería sufrir más.

—¿Cuánto quieres? —dijo dándose por vencido.

—¿Cuánto crees que valen?

—Déjate de chorradas y dime claramente cuánto quieres.

—Digamos que trescientos mil estarán bien. Es una módica cantidad por salvaguardar el honor de una dama.

De nuevo Jason hizo un intento de lanzarse a por él, pero este volvió a detenerlo, esta vez con palabras.

—También puedo enviar esto ahora mismo a cualquier revista. Te aseguro que pagarán eso y más por publicarlo en su portada en exclusiva.

Jason metió la mano en su chaqueta y sacó un talonario de cheques en uno de los cuales escribió la cantidad que le acababan de pedir. Antes de dárselo a Will, le preguntó:

—¿Cómo sé que no tienes copias? ¿Cómo sé que no las vas a enviar a ningún sitio?

—No lo sabes, tendrás que confiar en mí. Dame el cheque y te daré la tarjeta de la cámara. Te aseguro que esto quedará entre tú y yo.

—¿Cómo lo has hecho? Está claro que sabías a lo que venías. ¿Quién te ha ayudado?

—Un profesional nunca revela sus fuentes. Y deja que te diga que me temo que eres el último en enterarte de la pequeña aventura de tu mujer, todos los del rodaje lo saben, era cuestión de tiempo que alguien sacara provecho.

Jason entregó el cheque, cogió la tarjeta de la cámara y la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Will se acercó a su oído y le dijo en voz baja:

—Ha sido un placer tratar contigo. Espero que encuentres en esas fotos la misma utilidad que he encontrado yo.

Jason, sabiéndose en desventaja, salió de allí y se dirigió al hall para ir a la calle a buscar un taxi. El corazón le latía con una fuerza que creía que le iba a dar un infarto, tenía los ojos llenos de lágrimas y lo único que quería era salir de aquella casa y no tener que ver a Charlotte nunca más.

Cuando el taxi lo dejó en la puerta de su edificio, respiró hondo antes de

bajarse y ni siquiera se cerró el abrigo y la bufanda. Eran las cinco de la madrugada y hacía un frío que calaba los huesos, pero ahora mismo no sentía nada, no pensaba en nada. Su mente estaba aún bloqueada viendo las imágenes que hubiera querido no tener que ver nunca. Conservar en su memoria esos instantes era una cruel tortura para alguien que había apostado todo a un número perdedor.

Subió a su casa, se sentó en el sofá del salón y hundió la cara entre sus manos. Las lágrimas bajaban por sus mejillas, había querido llegar allí solo para poder llorar y liberarse de la carga que acababa de recibir. Empezó a sentirse mal, tenía el estómago revuelto y lo invadió un sudor frío que lo dejó helado. Tuvo que ir al cuarto de baño del pasillo porque no le dio tiempo a llegar a su habitación antes de vomitar. Vomitó con tanta fuerza que creía que se le iba a salir el estómago por la boca. Tiró de la cisterna y se quedó arrodillado unos instantes mientras notaba cómo el estómago se le iba relajando un poco. Se levantó y se echó agua en la cara, se enjuagó la boca y se fue para su dormitorio. Cuando entró, se sentó a los pies de la cama, se quitó la chaqueta y los zapatos y se sacó la camisa de dentro de los pantalones. Aún no se encontraba demasiado bien, se tumbó boca arriba y pensó que daría cualquier cosa por no tener con Charlotte la conversación que iba a tener. Jamás pensó que un día tendría que reprocharle que le hubiera sido infiel a la mujer que más había amado del mundo, la única por la que fue capaz de dejarlo todo. Había sacrificado muchas cosas por esta relación, seguía sacrificándolas, pero estaba seguro de que había merecido la pena hasta hacía un par de horas. Los pensamientos le asaltaban con tanta incoherencia que era imposible poner orden a todo lo que estaba surgiendo en su mente. De nuevo sintió ganas de vomitar y se metió en el cuarto de baño. Cuando salió ya no tenía fuerzas para mantenerse en pie. Se tumbó en la cama boca abajo deseando quedarse dormido para no tener que pensar, pero el sueño no llegó antes que Charlotte.

Entró en la habitación hecha una furia y cerró de un portazo.

—¿Se puede saber por qué he tenido que volver sola en un taxi? —casi le gritó.

Jason abrió los ojos y se dio la vuelta. El momento había llegado. Se imaginaba en una escena de una de esas películas sensibleras de las sobremesas de los fines de semana. Tenía tantas cosas que decir que eran ciertas, que dolían terriblemente, que no pudo articular palabra. Le dolía muchísimo la cabeza.

—¿No piensas darme una explicación? —dijo ella menos enfadada al ver el estado en que se encontraba Jason, pero altiva y fría, como siempre. Se sentó de nuevo en la cama mirando al suelo.

Jason se levantó como pudo, cogió la chaqueta y sacó del bolsillo la pequeña tarjeta que había acabado con todas sus esperanzas de un plumazo.

—Toma. Cuando tengas un rato échale un vistazo. Estáis muy favorecidos Trevor y tú, sobre todo tú —le dijo mientras la miraba con un desprecio infinito en su camino de vuelta a la cama, donde de nuevo se sentó a los pies.

Charlotte se había quedado muda. Sabía lo que contenía aquella tarjeta, lo que no sabía era el dolor que la decepción iba a causar en el hombre con quien había compartido los últimos años de su vida, el mismo que seguía en aquella habitación, con la cabeza hundida entre las manos, sin fuerzas ya ni para llorar. Solo pudo articular un triste:

—Jason, por favor...

—¿Por favor, qué?

—No significa nada, él no...

—¡No me digas que no significa nada, maldita sea! —le gritó pudiendo solo levantar la cabeza para mirarla—. ¡No te atrevas a decirme que esto que siento, que lo que he visto esta noche, solo ha sido por un capricho! No soportaría pensar que has tirado lo nuestro por la borda por una mierda de aventura.

La estaba mirando ahora mismo como nunca antes lo había hecho, furioso, entre la desilusión y la pena, entre el dolor y la propia humillación de saberse

engañado por quien más quería. Hubiera querido tener algo más que decir, pero las palabras no acudían a su boca, y sentía que le temblaba todo el cuerpo y que la cabeza le iba a estallar. Solo quería dormirse, desaparecer de aquella situación.

—Cariño —dijo ella acercándose. Ahora estaba llorando también. Nunca había imaginado así la reacción de Jason al enterarse de su aventura. Mil veces pensó dejarlo y contárselo, pero se había ido dejando envolver por el ambiente de lujo y dinero en el que se había visto inmersa, y fue dando largas a esta idea pensando que ya lo arreglaría, que miles de personas cometían infidelidades y luego lo arreglaban. Pero no quería hacerle tanto daño, no quería que la mirara con aquel desprecio, con aquella desesperanza. Jason se volvió a tumbar en la cama, escapando así del intento de ella por abrazarlo, y solo pudo decir:

—No me encuentro bien. Cierra la puerta cuando salgas.

Ella, que se había agachado para abrazarlo, para tocarle el pelo, para quitarle las manos de la cara y pedirle perdón mil veces por haberle hecho sentir tan desgraciado, se sintió sucia, cruel y culpable. Por primera vez en su vida se reconocía culpable de causar un dolor terrible que sabía que ya no podía enmendar. Ni siquiera quiso preguntar cómo había llegado aquella tarjeta a sus manos. Llevaba muchos años en esto y sabía que a veces las cosas funcionaban así. Se levantó y salió de la habitación en silencio.

## Después

Cuando Miriam entró en la casa a la mañana siguiente, notó que olía distinta, desagradable, aunque no acertaba a adivinar a qué. Paseó por el salón y la cocina con el ambientador en la mano, apagó la calefacción y abrió una rendija en la ventana. Aparentemente todo estaba en orden. Entró al baño del pasillo y también abrió la ventana para que entrara el aire. Pensaba que olía como cuando alguien ha vomitado y se imaginó que la fiesta a la que habían acudido Charlotte y Jason habría acabado en borrachera. Roció el baño con ambientador pues por lo demás estaba igual de limpio que lo había dejado la noche anterior y siguió su ronda para acabar con aquel olor tan fuerte. El frío de la mañana estaba haciendo su trabajo y pronto la casa se encontró fresca y oliendo a limpio, que era lo que a ella le gustaba.

Se fue a la cocina esperando encontrar alguna nota, porque no creía que ninguno de los dos apareciera hoy antes de las cinco o las seis de la tarde. Estarían durmiendo para recuperarse del exceso de la noche anterior. Empezó a cerrar las ventanas de nuevo y, al salir del baño del pasillo, le pareció que alguien la llamaba. Se acercó a la puerta del dormitorio de Jason y Charlotte y escuchó una especie de gemido que sonaba como a su nombre. No sabía qué hacer, llamó a la puerta y como no obtuvo respuesta, la entreabrió un poco y vio a Jason en el suelo de la habitación. No veía a nadie más. Entró rápidamente y se acercó a él comprobando que estaba bañado en sudor, que olía a vómito y que no podía ponerse en pie. Lo levantó como pudo con la

ayuda de las pocas fuerzas que tenía ella y que le quedaban a él y consiguió acercarlo a la cama y tumbarlo prácticamente a empujones.

Una vez en la cama, miró en el cuarto de baño y vio que no había nadie. Volvió para atenderlo, y Jason solo pudo decir:

—Estoy muy mareado, no puedo levantarme, creo que me voy a caer...

Ella pensaba que probablemente era efecto de la bebida y le preguntó:

—¿Bebió mucho anoche? ¿Dónde está Charlotte?

Pero él solo le contestó que no había bebido, y le repitió lo mal que se encontraba para después volver a vomitar sobre la cama.

—Muy bien, ¿dónde están los papeles del médico? Tiene que verlo un médico.

Pero Jason no reaccionaba, permanecía allí inmóvil al lado de su propio vómito. Miriam empezó a abrir los cajones nerviosamente, revolviendo todo lo que encontraba dentro. No recordaba haber visto nunca nada que tuviera que ver con seguros médicos, lo cual quería decir que no debería estar a la vista porque ella sabía todo lo que había en la casa, hasta en el último cajón. Tuvo un presentimiento y se fue a la habitación de Jason. Miró en una de las estanterías donde había varias carpetas y las fue abriendo una por una, hasta que dentro de una de ellas aparecieron unos papeles que incluían los seguros, los médicos que lo podrían atender en caso de urgencia y los hospitales donde tenía que acudir. Se fue de nuevo al dormitorio donde se encontraba Jason y descolgó el teléfono para llamar al médico. Al otro lado del cable, una mujer le informó de que enviaría a alguien inmediatamente.

Miriam volcó a Jason hacia un lado y quitó las sábanas, después lo volcó hacia el otro y quitó la otra parte. Quería evitar que se pusiera perdido. Lo dejó sobre la cama, colocándole la cabeza en la almohada suavemente y empezó a quitarle la ropa. En aquel momento se dio cuenta de que estaba ardiendo. Le quitó la camisa, el pantalón y los calcetines y lo llevó todo a la cesta de la ropa que había en el cuarto de baño de la habitación, abrió la ventana y cerró la puerta para evitar que el olor invadiera el resto del cuarto.

Antes de salir mojó unas toallas y se las puso a Jason por todo el cuerpo para que al menos la temperatura dejara de subir. El médico tardaba, pero estaban en Nueva York, no podía pretender que llegara en menos de media hora.

Volvió al baño y mojó una esponja en agua templada y le añadió un poco de jabón para pasársela a Jason por el torso y por la cara. No sabía por qué lo hacía, pero sentía que el tiempo se le hacía menos eterno mientras se estaba moviendo. Lo secó para quitarle la espuma y volvió a mojar las dos grandes toallas de ducha del cuarto de baño para ponérselas de nuevo cubriéndolo por completo. Fue a la cocina rápidamente y sacó unos cubitos del congelador, que envolvió en un paño de cocina y llevó al dormitorio. Se lo puso a Jason sobre le frente. Notó que respiraba dificultosamente, y le habló, pero no consiguió que reaccionara. Estaba a punto de volver a marcar el número de la clínica cuando sonó el timbre de la puerta. Salió corriendo por el pasillo y abrió.

—Buenos días —le dijo un hombre acompañado de un chico algo más joven. A juzgar por el maletín que traía debía ser el médico. Miriam lo tomó del brazo y lo metió en la casa para casi arrastrarlo por el pasillo hasta donde estaba Jason. El más joven, que era el enfermero, los siguió.

—No para de vomitar —le dijo al médico nerviosamente—. Y tiene mucha fiebre. No he querido darle nada hasta que usted viniera.

—Tranquilícese, por favor. ¿Sabe si ha bebido? —preguntó el doctor despacio intentando que Miriam se calmara.

—Dice que no, pero desde entonces no ha vuelto a hablar.

—No se preocupe. Debe ser una intoxicación por algo que ha comido.

El doctor le quitó las toallas para examinarlo, le tomó el pulso, le puso el termómetro y cuando lo retiró pidió al enfermero que preparase una inyección. Miriam se encontraba a su lado, junto a la cama y pudo ver cómo Jason se estremecía cuando notó el pinchazo y hacía una mueca de dolor.

—No tengo especial interés en pincharlo, amigo —dijo el enfermero observando si él reaccionaba—. Muy bien, solo nos quedan otras dos.

Jason no contestaba y Miriam miraba al médico con actitud interrogante,

asustada. El enfermero seguía preparando jeringuillas y pinchando a Jason en el brazo, quien esta vez abrió los ojos un poco y vio a Miriam a su lado. Quería darle las gracias, quería decirle que no se preocupara, pero no tenía fuerzas. Notó un segundo pinchazo y movió el brazo instintivamente. Cuando el enfermero guardó todo en el maletín, el doctor tomó el talonario de recetas y empezó a escribir. Por fin se dirigió a Miriam para decirle:

—A ver, como le he dicho antes, puede tratarse de una intoxicación alimentaria, incluso acompañada de una gripe. Probablemente ha estado vomitando toda la noche. Le hemos puesto un medicamento para que deje de vomitar, un antitérmico y un calmante. Le dejo aquí estas recetas, pero no debe darle nada hasta dentro de unas ocho horas. Que no tome nada hasta que esté segura de que los vómitos han cesado.

Miriam lo escuchaba con toda la atención de que era capaz mirando a Jason de vez en cuando.

—Si hay alguna complicación, o si ve que empeora a lo largo del día, no dude en volver a llamarnos. Si es necesario lo ingresaremos en la clínica.

—Muy bien, doctor. Muchas gracias.

El médico había observado que la mujer con quien había estado todo el tiempo y a quien había dado las instrucciones oportunas llevaba un uniforme típico de asistenta. Sabía quién era su paciente, aunque no recordaba haberlo visto antes en su consulta, y se preguntaba dónde estaría su mujer. Pensó que con la vida que llevaban estos famosos, cualquiera sabía.

Una vez que Miriam había acompañado al doctor a la puerta, cerró y volvió a la habitación. Acababa de oír que probablemente no sería nada importante, pero ahora que lo miraba atentamente mientras dormía, no podía evitar preguntarse dónde estaría Charlotte y por qué él había pasado la noche allí solo y enfermo. Estaba aún destapado y ella se acercó para taparlo con el edredón. Suspiró por fin aliviada, ahora estaba tranquilo, se lo notaba aliviado, a pesar de que no había abierto los ojos, probablemente porque se había dormido profundamente a causa de las inyecciones que había recibido.

Miriam salió sigilosamente de la habitación y esperó en la cocina aunque no sabía muy bien qué. Una llamada de Charlotte, o que entrara de repente y tuviera que contarle todo lo que había pasado, pero no sucedió ninguna de las dos cosas. Se asomó al balcón del salón. Estaba nublado y hacía mucho frío, pero al menos no nevaba. Si tenía que volver a llamar al médico para que llevaran a Jason al hospital, la nieve solo hubiera entorpecido más la situación.

Abrió de nuevo la puerta de la habitación y pudo comprobar que seguía dormido. Se acercó a la cama y le puso la mano en la frente: estaba más frío, aunque aún tenía fiebre. Pensó que había pasado una noche horrible y que tenía muy mal aspecto, pero le tranquilizó que hubiera dejado de vomitar. La habitación ahora olía a colonia fresca que ella misma había rociado incluso por las cortinas y el edredón, no quería que se despertara y oliera mal. Quería sentarse al lado de la cama y mirarlo. Aun en esta situación estaba tan guapo, con los ojos cerrados y el pelo revuelto y su barba de dos días. Nunca lo había mirado tan fijamente, no había tenido oportunidad. Pensó que menuda entrada de año había tenido y volvió a salir de la habitación por miedo a que volviera Charlotte y la encontrara allí, revolviendo el pelo de su marido.

Se quedó abajo todo el día, sentada en la cocina esperando a que volviera Charlotte, pero no apareció. Serían las seis de la tarde cuando abrió de nuevo la puerta de la habitación de Jason y esta vez él giró la cabeza. Estaba despierto, por fin. Miriam se acercó a la cama y le volvió a poner la mano en la frente.

—¿Se encuentra mejor? La fiebre no ha desaparecido del todo.

Jason la miraba adormilado, con los ojos entreabiertos, enrojecidos, como si no supiera muy bien qué hacía ella allí.

—¿No se acuerda, verdad? —le dijo ella sonriendo—. Tranquilo. Ya ha venido el médico, está mejor.

Jason intentó incorporarse, pero abandonó la idea cuando notó que se mareaba. Miriam lo ayudó a volver a recostarse y se sentó a su lado en la

cama. Ya no sabía qué decir, no quería preguntarle por su mujer para no parecer indiscreta, y entonces él, como leyendo sus pensamientos, susurró:

—Charlotte no va a volver.

Ahora las piezas empezaban a encajar en el *puzzle* que Miriam tenía en su cabeza. Algo había sucedido aquella noche, probablemente que Charlotte lo había dejado, que había provocado que Jason cayera en este estado. Eso, unido a una intoxicación o a una gripe explicaba por qué había pasado la noche solo, tirado en el suelo. No se le ocurría nada que decir, así que lo cogió de las manos y se quedó allí acompañándolo, viendo cómo dormía y despertaba, sin apenas recordar nada de lo que había sucedido o de lo que podían haber hablado, pero a veces sonreía al ver que no se había movido de su lado.

Se sentó en un sillón que había junto a la chimenea del dormitorio, que estaba apagada, y durmió un poco confiando en que cuando Jason se despertara lo peor hubiera pasado, sin embargo, se despertó sobresaltada al escucharlo tiritar. Se fue hacia la cama y comprobó que la fiebre había vuelto a subirle bastante. A media mañana, mientras Jason dormía, había buscado una farmacia que estuviera abierta en la zona y había cogido un taxi para ir a buscar las medicinas que el médico le había recetado. Ahora se fue a la cocina y sacó un jarabe y un sobre que puso en una bandeja junto a una cuchara. Volvió al dormitorio y ayudó a Jason a incorporarse un poco apoyándose en la almohada.

—Vamos, campeón. Es hora de tomar la medicación —le dijo intentando animarlo un poco—. Enseguida pasarán los escalofríos. Tienes mucha fiebre. Primero toma el jarabe para los vómitos.

Jason abrió la boca como un niño obediente y tomó el jarabe, que a juzgar por los gestos, no debía estar muy bueno.

—Lo sé, lo sé. Pero no podemos vomitar la medicación. Ahora bebe este vaso, por favor.

Le acercó el vaso con el sobre diluido a los labios y él lo fue tomando sorbo

a sorbo, hasta que lo bebió por completo. Miriam lo ayudó a recostarse de nuevo en la almohada y se fue a llevar la bandeja de nuevo a la cocina. Cuando volvió Jason estaba tapado hasta las cejas y seguía teniendo escalofríos. Volvió a sentarse en el sillón y esperó a ver si toleraba o no la medicación que acababa de darle. Allí se quedó dormida, doblada en el pequeño sillón, sin darse cuenta.

Cuando abrió los ojos ya era de día y estaba saliendo el sol. Eso era fantástico después de tantos días de nieve y cielo gris. Se estiró y de repente cayó en la cuenta de que había pasado toda la noche y no había escuchado a Jason. Se acercó a la cama, donde permanecía aún dormido, y le puso la mano en la frente por enésima vez. Ahora no tenía fiebre. Le peinó el pelo con los dedos y se lo retiró de la cara y él abrió los ojos. La miró fijamente y recordó lo mal que se encontraba ayer. Trató de hablar, pero le dolía la garganta y la boca le sabía a rayos.

—Enseguida vuelvo —dijo Miriam saliendo de la habitación. Jason se quedó mirando por la ventana. Pensó que era bueno que hubiera salido el sol.

Miriam volvió con un cuenco con cubitos de hielo con limón y miel que había preparado la noche anterior, antes de quedarse dormida. Le ofreció el cuenco a Jason, que cogió uno y se lo llevó inmediatamente a la boca sintiendo el frescor del hielo en contacto con su boca. Debía tener algunas llagas porque le escocía, pero sin duda, la sensación de bienestar superaba con creces esas molestias. Miró a Miriam y sonrió antes de preguntarle con la voz algo ronca:

—¿Qué día es hoy? ¿Cuánto tiempo he estado aquí?

Ella le devolvió la sonrisa y le dijo:

—Dormiste ayer todo el día y toda la noche. ¿Te encuentras mejor?

—Mucho mejor —dijo sentándose lentamente en la cama—. Me duele la cabeza.

—Es normal. Ahora te traeré algo para desayunar y la medicación. El médico no se equivocó.

—¿Ha venido un médico? —preguntó extrañado.

—Por supuesto. ¿Sabes el susto que me has dado? Te encontré tirado en el suelo al lado de la cama. No se me ocurrió otra cosa que llamar al médico cuando me dijiste que no habías bebido.

Jason empezó a situarse y recordó cómo había vuelto de la fiesta de fin de año encontrándose mal. Recordó a Charlotte y frunció el ceño mirando hacia la ventana. Hubiera querido decirle tantas cosas, pero se encontraba tan mal que no acertaba a hablar, ahora lo recordaba. Recordó al hombre que le había dado la tarjeta de memoria de la cámara de fotos... recordó las fotos. Lo último que recordaba era que le dolía mucho la cabeza y que no podía ponerse en pie porque se mareaba. Volvió la mirada a Miriam y le dio las gracias sonriendo.

—No tienes que darme las gracias, es mi trabajo.

—No, no lo es —se limitó a contestar.

Miriam volvió de nuevo con la bandeja llena de cosas, aunque para comer solo traía un zumo de naranja que acababa de preparar y unas galletas integrales. Volvió a darle el jarabe y el sobre disuelto a Jason y esperó un poco antes de ofrecerle el desayuno, para comprobar que no vomitaba.

A pesar de llevar horas sin comer, no tenía hambre, le apetecía más el zumo y se lo tomó despacio.

—No sé qué habría pasado si no hubieras estado aquí —le dijo con un tono de voz cálido.

—Por suerte estaba. Y ahora ya pasó lo peor. Prepararé un caldo casero para que tomes algo caliente.

—Es estupendo.

—¿Te apetece el caldo?

—No, que me tutees.

Miriam no se había dado cuenta, no sabía en qué momento había dejado de tratarlo de usted, como habitualmente hacía.

—Lo siento —dijo un poco avergonzada.

—No lo sientas, en serio. Me he sentido como cuando estaba enfermo de

pequeño y mi madre cuidaba de mí. No fue lo que se dice una fiesta muy divertida.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿No lo he hecho ya? —preguntó en tono de burla pues no recordaba de qué había hablado.

—No. Solo me has dicho que Charlotte no iba a volver más. Y de hecho no ha aparecido.

—Ahora no quiero hablar de eso, de verdad.

—Sé lo que es eso. Pero, lamentablemente, aunque no lo digas, no podrás evitar que haya sucedido. Bueno, me voy a la cocina a preparar mi caldito —dijo dándose la vuelta para marcharse—. ¿Necesitas algo más?

—No, gracias. Ya has hecho bastante. Pásame el mando de la tele.

Miriam le dio el mando antes de salir de la habitación y volvió a la cocina donde desayunó tranquilamente mientras preparaba la comida de Jason. Pensó que ella necesitaría también un buen reconstituyente. Dejó la sopa cociendo a fuego lento y subió a su apartamento a ducharse y a cambiarse el uniforme. Byron se fue hacia ella maullando en cuanto la vio entrar.

—Hola, bolita. ¿Te has sentido muy solo? —le dijo mientras lo cogía en brazos y lo volvía a colocar en el sofá. Se quitó la ropa, que olía fatal, y se metió en la ducha. Mientras se lavaba el pelo no pudo evitar pensar qué podría haber pasado entre Jason y Charlotte. Lamentablemente, no le extrañaba que ella se hubiera marchado, no era el tipo de persona que quiere una vida familiar, unos hijos y un hogar. Ella necesitaba saber que era admirada, más bien que era envidiada por el resto del mundo. En el fondo se alegró por él. No se merecía a alguien así, era muy joven y encontraría a otra mujer que tuviera sus mismos intereses, después de todo era famoso y rico aunque no estuviera a la altura que Charlotte hubiera querido.

Se volvió a vestir y bajó de nuevo a la casa. Apagó el caldo para dejarlo reposar. Era temprano. Como no sabía qué hacer, se asomó de nuevo al cuarto de Jason, que aparentemente miraba la tele, pero no estaba viendo nada en

realidad. De hecho se alegró enormemente al verla aparecer por la habitación.

—¿Cómo está mi enfermo favorito? —preguntó con una amplia sonrisa en la cara encogiendo la nariz.

—Pasa, por favor. Me hubiera levantado, pero estoy algo mareado y me duele la cabeza. Me gustaría darme una ducha, aunque no sé si podré estar de pie tanto rato.

—¿Qué tal un baño? Puedo llenar la bañera hasta arriba, echar un chorro de gel espumoso perfumado y podrás darte un estupendo baño. ¿Te apetece?

—Suená bien, la verdad.

—Voy a abrir el grifo y a preparar las toallas. No te muevas hasta que venga a ayudarte.

Se aseguró de que todo estaba bien cerrado, abrió el grifo y la espuma enseguida empezó a subir a borbotones, cuando la bañera estaba casi media, salió a ayudar a Jason a levantarse.

Él se sentó en la cama y luego se puso en pie, pero se tambaleaba. Miriam colocó uno de sus brazos alrededor del cuello y lo acompañó al baño, una vez dentro lo dejó sentado en el borde de la bañera.

—¿Seguro que estarás bien?

—Sí, de verdad. Me encuentro mejor. En cuanto me dé un baño estaré como nuevo.

—Muy bien, mientras te bañas voy a hacer la cama y a limpiar un poco el colchón, si necesitas algo estoy fuera.

—Gracias, Miriam.

Ella salió de allí y quitó las fundas del edredón y de la almohada. Por suerte había sido rápida al quitar las sábanas de abajo cuando Jason vomitó y el colchón estaba limpio. Aun así le dio la vuelta antes de volver a colocar las sábanas y el edredón limpios. El resto de la habitación estaba bien, ya que lo había dejado todo limpio antes de Fin de Año. La chimenea estaba apagada, de hecho nunca la había visto encendida, y le pareció que con la calefacción era más que suficiente, aunque era tan romántico lo de tener una chimenea en

el dormitorio. Jason salió del baño con mucho mejor aspecto, aunque unas buenas ojeras delataban los estragos del día anterior. Se había afeitado y Miriam pensó que tenía cara de niño, quizás por eso le gustaba tener un poco de barba, aunque a decir verdad, al tener el pelo rubio oscuro no se le notaba todo lo que él quisiera. Olía a colonia fresca y se había puesto uno de sus pantalones de chándal grises y una camiseta azul marino con capucha.

—¿Mejor? —dijo Miriam al verlo.

—Mucho mejor, gracias.

—De nada. Tienes mejor aspecto, desde luego. ¿Sigues mareado?

—Un poco, pero no pienso volver a la cama. Me tomaría un café, ¿me acompañas?

—Claro —dijo ella cediéndole el paso—. Detrás de usted —bromeó.

Se sentaron en la mesa de la cocina uno frente al otro una vez que Miriam hubo preparado los cafés.

—Este se está convirtiendo en mi rincón favorito de la casa.

—Yo me siento cómoda aquí. Es como si fuera mi territorio. ¿No es absurdo?

—Para nada, yo me siento así cuando estoy rodando. Menos mal que no empezamos a rodar de nuevo hasta el día cinco. Hubiera sido un inconveniente.

Apoyó el codo en la mesa y echó la cabeza sobre la mano, no se sentía bien del todo. Miriam le preguntó si estaba bien y él se disculpó y se fue a echarse en el sofá. Estaba aún algo mareado y no quería preocuparla más, bastante se había ocupado ya de él.

Miriam pasó todo el día en casa. A medio día le llevó al salón un poco de sopa, pero no tenía hambre y solo tomó algunas cucharadas. Le dejó sobre la mesa una botella de bebida isotónica para que repusiera fuerzas y, justo cuando se iba a marchar, el teléfono sonó. Era su móvil. Jason estaba dormido en el sofá.

—¿Sí? —contestó Miriam.

—Holaaaaa. —Hubiera reconocido la voz de Fran en medio de las campanadas de Fin de Año. Con solo oírlo le entraban ganas de reír—. ¿Qué te cuentas? ¿Te vienes a casa a ver una peli de llorar y a comer pasteles?

—¿Qué he hecho para merecer eso? —preguntó ella bromeando.

—Te ha tocado un premio de la lotería, no te jode. ¿Te vienes o no? Es una sorpresa, digo la peli, te va a encantar. Además estoy abajo ya y hace un frío del copón.

Miriam se echó a reír. Le pidió a Fran que esperase a que se cambiara y bajaría enseguida. Colgó el teléfono y miró a Jason. Seguía dormido. Le dejó una nota en la que decía que tenía que salir y que si la necesitaba no dudara en llamarla al móvil. No le sabía muy bien dejarlo solo, pero sabía que con la medicación para la fiebre y los vértigos iba a pasar más tiempo dormido que despierto. Subió a su apartamento a cambiarse de ropa y a coger su bolso y se marchó en busca de Fran, que efectivamente estaba esperándola con un enorme paquete de pasteles.

En cuanto se acercó él le dio un beso y le preguntó, como siempre, si había visto ya en pelotas a Jason, a lo que ella respondió con un gesto irónico. No pensaba decir nada de lo que había sucedido en la casa en los últimos días, le parecía una traición hacia Jason. Cogieron el metro y bajaron a tres paradas. El apartamento de Fran estaba en una zona mucho más tranquila que la suya, donde no había tanto bullicio y los edificios eran bastante más bajos. Subieron por las escaleras aunque había ascensor, pero según Fran estaba averiado un día sí y otro también y no tenía el más mínimo interés en quedarse encerrado. Miriam pensó que ella tampoco y total, eran solo tres pisos. Se entraba directamente al comedor, que no era muy grande, pero al menos la cocina estaba aparte.

—Ponte cómoda, reina. Enseguida vendrán Tatiana y su novio. Te vas a cagar cuando veas la película que te he traído. ¿Te acuerdas que te mencioné *Atardecer de verano*? Pues me la he bajado de internet. A ver si así le ves el culo a tu jefe, coño.

Miriam pensó que estaría bien verlo en una película y recordó lo que pasó la última vez que se le había ocurrido fisgonear en el trabajo de su jefe, y solo había visto algunas escenas.

Sonó el timbre y en un momento aparecieron los otros dos que iban a ver la peli con ellos. Fran preparó té y café y abrió el paquete de pasteles que había traído, se colocó una silla para colocar los pies y preguntó:

—¿Qué? ¿La ponemos ya?

Todos asintieron y puso la película. Iba de uno de esos amores trágicos donde chico conoce a chica mientras está de vacaciones, se enamoran y empiezan un romance maravilloso que se ve truncado al final porque la chica muere atropellada delante de su amado. Típico tópico. Pero verlo a él en el papel de Romeo locamente enamorado, besando a la protagonista, haciendo el amor con ella, gritando un terrible noooo cuando ella muere y viéndolo llorar, fue toda una experiencia. Ahora mismo solo podía pensar en qué estaba pensando Charlotte para haberlo dejado. Se puso morada de pasteles y lloró como una magdalena echada en el hombro de Fran cuando la protagonista cae al lado de la carretera a cámara lenta mientras estaba jugando en la acera y un camión la atropella. Fran le dio unos pañuelos y se secó él también la nariz.

—Este cabrón llora como nadie, ¿no?

Miriam asintió. Tras pasar la tarde charlando y jugando a las cartas después de ver la peli, Miriam volvió a casa. Todavía quería pasar por la casa de Jason para ver cómo se encontraba.

Bajó tal y como iba vestida, con su pelo suelto, sus vaqueros, sus botas y su cazadora de cuero marrón que iba quitándose según entraba al salón. Jason estaba aún en el sofá, pero ahora veía la tele. Sonrió cuando la vio aparecer y ella se acercó.

—Solo quería saber si necesitabas algo y si te encontrabas bien —dijo sentándose a su lado ahora que se había incorporado.

—Estoy mucho mejor, pero tengo mucho sueño, esta medicación no me deja levantarme de aquí. Leí tu nota. ¿Te has divertido?

—Si te digo lo que he estado haciendo, ¿prometes que no te reirás?

—Por supuesto. —Estaba intrigado.

—Mis amigos han puesto una de tus películas, *Atardecer de verano*.

Jason se echó a reír.

—¡Oh, no! ¿No habéis podido escoger otra? Es de las peores que he hecho, y encima es para la televisión, ni siquiera habéis cogido una para el cine. ¿Sabes cuánto tardé en rodar esa película? ¡Dos semanas! ¡Es malísima!

—A mí no me ha parecido tan mala, un poco ñoña, sí, pero no mala.

Ambos estaban sentados uno al lado del otro. Jason echó uno de sus brazos por el hombro de ella para atraerla hacía él, como un gesto de cariño, sin ninguna intención. Se miraron y sus ojos se dijeron tantas cosas que Miriam no pudo soportar la presión. Se levantó y le dijo:

—Si no necesitas nada más, estoy algo cansada.

Jason le pidió disculpas, no quería molestarla, pero había estado a un milímetro de hacer lo que había querido hacer desde el primer día que la vio: besarla.

Miriam se marchó a su apartamento. Habían sido unos días muy largos y muy intensos y no quería hacer o decir algo de lo que se pudiera arrepentir.

## El camino a la redención

El sonido de la cadena que bajaba el pequeño ataúd hasta el fondo del agujero que sería su última morada chirrió en sus oídos. Lanzó una rosa blanca que cayó como una caricia sobre la madera clara. Otra vez el mismo chirrido, otro ataúd pequeño que reposaría para siempre en aquel mismo agujero, otra rosa blanca bañada en lágrimas que descansaría sobre el ataúd por toda la eternidad. Igual que su corazón, que quedaría para siempre cubierto de tierra en aquel mismo cementerio donde un sol infame se empeñaba en recordarle que el día más horrible de su vida el cielo estaba azul, los pájaros revoloteaban y la brisa de la primavera movía las hojas de los cipreses suavemente, haciendo que se balancearan melancólicamente sus últimas ramas. Estaba sola, media ciudad había venido a acompañarla en aquel trance, pero ella estaba sola, como la noche más oscura, con el corazón y el estómago encogidos y la única idea de regresar a su casa para reunirse con ellos. Unas vecinas la tomaron del brazo, una a cada lado, para llevarla al coche que la conduciría a su casa y ella no se opuso, porque en su casa estaba su salvación. Se fue caminando mirando hacia atrás, viendo cómo aquel hombre seguía echando tierra sobre su alma, sin pensar, sin hablar. El pelo revuelto por la brisa, las gafas negras cubriendo sus ojos, la gente llorando y animándola mientras la veían cruzar la verja del pequeño cementerio. Velas encendidas en la entrada. Las mujeres la ayudaron a subirse al asiento trasero del coche y la llevaron a su casa.

Cuando por fin se quedó sola en su salón, se dirigió a la cocina como un espectro, lentamente, sabiendo perfectamente lo que buscaba. Subió las escaleras que conducían a los dormitorios y se metió en el baño que había en el suyo. Llenó de agua la bañera y vestida tal como estaba, con un vestido negro, se metió dentro. En su cabeza resonaban las risas de los niños, los juegos infantiles, las carreras por los pasillos, los cuentos a la hora de dormir. Podía extender un brazo y tocar sus cuerpos con las puntas de los dedos. Abrió la mano ensangrentada por los cortes que la cuchilla que envolvía había provocado y cortó primero la muñeca izquierda, después la derecha, y se dejó caer en el agua templada. No sentía nada, no oía nada más que el sonido del vaivén del agua en sus oídos. Se sintió en medio de un suave oleaje que la conducía al único lugar donde ahora quería estar. Donde tenía que estar. Después de todo el lugar de una madre está junto a sus hijos.

Un grito desgarrador, su propio grito, la despertó. No había oído llamar a la puerta, no había oído entrar a Jason, que ahora mismo la sujetaba con fuerza y le decía que solo había sido un sueño. Ella lo miraba aterrorizada. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo él aquí? Se miró instintivamente las muñecas y se echó a llorar desconsoladamente sin poder pronunciar una palabra. Él permaneció allí, con ella abrazada, sin decir nada. Esperó que se tranquilizara y fue ella quien se soltó de su abrazo para sentarse sobre la cama. Estaba aliviada, solo había sido una pesadilla, hoy solo había sido un sueño. Él seguía mirándola interrogante, preocupado. No recordaba haber reaccionado así jamás a una pesadilla por terrible que fuera. Ella se levantó para ir al salón, aún entre el sueño y la realidad, temblando. Se sentó en el sofá y él se sentó a su lado.

—¿Estás mejor? —dijo solo para interrumpir el estado de trance en que Miriam parecía encontrarse. Ella solo asintió con la cabeza—. ¿Me lo quieres contar? —Ella simplemente dijo que no.

Por fin pudo recuperar el habla y le preguntó a Jason qué estaba haciendo en su apartamento, ya calmada.

—Da gracias de que haya sido yo, podría haber sido cualquiera. Es una mala costumbre no cerrar las puertas.

—Sí. Es un mal hábito que tengo que corregir —dijo ella mordiéndose el labio inferior.

—Quería invitarte a un mercadillo que no queda muy lejos de aquí. Me apetece salir a que me dé un poco el sol. ¿Vienes?

Ahora que le prestaba atención, tenía un poco de mejor aspecto, pálido y con unas ojeras que ensombrecían su mirada, pero indudablemente estaba mucho mejor.

—¿Has tomado la medicación?

—¿Estás de broma? ¿Crees que iba a poder conducir si me hubiera tomado ese somnífero para caballos?

Ella sonrió ampliamente y él le puso la mano en la cara.

—¡Muy bien! Una sonrisa, eso está mucho mejor. —Ahora él también sonreía.

—Tendrás que esperar a que me dé una ducha, ¿te importa?

—No. No tengo nada que hacer.

No se movió del salón y ella no le pidió que la esperara abajo, no quería estar sola aunque pensó que sería un poco extraño saber que estaba allí. Se metió en la ducha y no tardó mucho en salir. Se puso un pantalón negro y un jersey marrón de cuello alto, unos botines de tacón mediano, se secó un poco el pelo en el espejo del dormitorio mientras se apretaba los rizos, y se pintó un poco los labios y los ojos. Salió al salón donde Jason la esperaba mientras veía la tele y él de nuevo le sonrió, con esa sonrisa de niño travieso que a ella le encantaba.

—¿Lista? ¡Vámonos!

Ella cogió su abrigo negro al salir y cerró de un portazo, como hacía siempre, sin echar la llave. Mientras iban en el coche, Miriam no podía dejar de pensar en qué se estaba convirtiendo esta relación. Cuando Charlotte estaba con Jason, estaba más que claro que no iba a haber nada entre ellos, sabía que

él no hubiera sido capaz, probablemente ella tampoco. Pero ahora Charlotte no estaba y desde ese día habían establecido una relación de amistad más que de otra cosa. No sabía qué significaba que él hubiera ido a buscarla para salir. ¿Era una cita? ¿Un lío? ¿Qué esperaba de ella? Por supuesto no le había insinuado nada raro. Haber estado a punto de besarse había sido cosa de los dos y, después de todo, no había pasado nada. Lo miró y él le devolvió la mirada.

—¿Qué? —le preguntó él.

—Nada —contestó girando la cabeza hacia la ventanilla.

—Te va a encantar ese lugar. Está lleno de gente, lo cual no es muy bueno para mí, con suerte pasaré desapercibido durante un buen rato. Solo hasta que la primera persona me reconozca. Entonces ya estaré perdido.

—No debe ser muy agradable que la gente te pare para hacerse una foto contigo, o que te pidan autógrafos. No sé. Debe ser difícil eso de hacer vida normal con todo el mundo pendiente de ti.

—Te acostumbras. Yo llevo haciéndolo desde que era casi un crío y créeme, cuando estás en el instituto y todo el mundo te mira y comenta cosas porque han visto tal o cual película o serie tuya... eso sí que es raro. Ahora ya no. El truco está en ser amable, tener paciencia, y un lugar donde esconderte, y yo tengo uno.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Hay una cafetería donde he ido durante muchos años que tiene un pequeño salón solo para gente como yo, o sea, los que necesitamos escondernos en medio de una multitud. Ni siquiera se entra por la puerta principal, de hecho solo unos pocos sabemos por dónde se entra.

—¡Qué curioso!

El teléfono de Miriam sonó y ella descolgó. Era Fran, que quería proponerle hacer algo en su día libre. Ella simplemente dijo que no podía.

—¿No puedes? ¿Qué coño tienes que hacer? ¿Acaso conoces a alguien más en la ciudad? —le dijo irónicamente. Ella se echó a reír, no podía evitarlo.

—Estoy con un amigo.

—¿Un amigo? Lo tuyo sí que es fuerte. ¿Quién es?

—No puedo decírtelo. Ya hablaremos.

Fran se limitó a decir:

—¡Que te den! —Y colgó.

—¿Quién era? —preguntó Jason.

—Un amigo. —El teléfono volvió a sonar y Miriam volvió a contestar—.

Dime.

—¿Lo has visto ya en pelotas?

Miriam colgó sin contestar y no pudo evitar reír.

Aparcaron en un callejón donde no había nadie y entraron en un edificio antiguo. Jason llamó a la puerta y una mujer algo mayor les abrió.

—¡Jason! —dijo mientras le daba un abrazo—. ¡Cuánto tiempo! —Miró a su acompañante y confirmó lo que le había parecido al abrir la puerta, que no era Charlotte. Total a ella no le importaba, es más, Charlotte no le gustaba, siempre tan pegada al lado de Jason, como diciendo al resto del mundo: “Sí, es mío”.

—Pasad, pasad —invitó la mujer y los condujo a un precioso salón donde aún no había nadie—. Es temprano —dijo la mujer en tono de disculpa—. ¿Qué vais a tomar?

—¿Está Fred?

—Sí, ahora le digo que estás aquí. Se alegrará de verte.

—Yo tengo hambre. Tomaré uno de tus especiales. ¿Y tú?

—Yo tomaría un café y unas tostadas, si es posible.

—Café y tostadas y un especial. Enseguida vuelvo.

—Te sorprendería saber quiénes suelen venir por aquí. Pero es cierto que es algo temprano.

—Mejor —dijo ella—. Así tendremos más tiempo para pasear y hará un poco más de calor. ¿Estás bien? Debes estarlo si ya tienes hambre.

—Estoy muy bien. Quiero hablar contigo aunque no sé cómo empezar.

Fred, un chico más o menos de la misma edad de ellos, hizo su aparición en el salón llevando una bandeja con lo que acababan de pedir. Saludó a Jason con un abrazo. Estaba claro que eran amigos desde hacía mucho tiempo. El joven se retiró discretamente al ver a la mujer que lo acompañaba.

—La noche de Fin de Año...

Miriam lo interrumpió:

—No tienes que contármelo, Jason.

—Sí. Te lo debo. Un fotógrafo me chantajeó con unas fotos... unas fotos de Charlotte con otro hombre. Prefiero no entrar en detalles.

Ella abrió la boca para decir algo, pero no supo qué decir. Acertó a pronunciar un:

—Vaya. ¿Estás seguro?

—Créeme, las vi con mis propios ojos. Ojalá no las hubiera visto.

—¿Y qué va a pasar ahora? ¿Las van a publicar?

—No. Las compré yo.

“¿Cómo no?”, pensó Miriam. La única forma de que nadie más viera esas fotos era que las comprara él. Ni siquiera en una situación así había sido capaz de buscar venganza. Cualquiera otro hubiera dejado que se publicaran, pero él no era cualquiera.

—Charlotte y yo lo dejamos aquella misma noche. Y lo peor de todo es que no lo siento tanto como debería. No sé cuándo empezó su relación con ese hombre, o lo que quiera que tengan, pero sí sé una cosa. —La cogió de la mano antes de seguir—. Era cuestión de tiempo que esto terminara.

—No lo parecía, a juzgar por las fotos y lo poco que yo he podido ver.

—Cuando tú llegaste ya hacía algunos meses que las cosas entre nosotros se habían enfriado. Yo lo notaba y lo intentaba arreglar, pero entonces apareciste tú y ya dejó de tener tanta importancia.

Miriam lo miraba ahora mismo atónita ante lo que acababa de escuchar.

—No me malinterpretes. Es horrible que algo tan hermoso como lo que Charlotte y yo teníamos haya acabado tan mal. Pero yo también tengo algo de

culpa.

—Lo dudo mucho —le dijo Miriam.

—Al final no me preocupé lo bastante, no la acompañé lo bastante. Debí haber estado ahí para ella en sus proyectos, el rodaje no me lo hubiera impedido en otro tiempo. Pero ella cada vez se alejaba más y tú cada vez eras más importante para mí. Levantarme por las mañanas tenía sentido porque tú estarías en la cocina, con tu café y tu sonrisa. Mientras me duchaba pensaba qué te diría, de qué podía hablar contigo para que la conversación fuera lo más larga posible. La noche que volví del aeropuerto y te vi tocando el piano... esa noche apenas pude dormir, pensando quiénes serían los hombres con los que estabas que tenían la suerte de hablar contigo de algo que no fuera trabajo. Me imaginaba que a lo mejor alguno de ellos salía contigo, que te besaba... y me moría de celos. Ahora lo sé.

Miriam sonrió. Recordaba perfectamente aquella noche. No sabía qué decir. No era tonta, había intuido que no le era indiferente, pero jamás hubiera imaginado que pudiera haber sentido lo que ahora le estaba confesando.

—No quiero que haya más secretos entre nosotros. No sé qué vamos a ser. Seremos lo que tú quieras, pero no quiero seguir ocultándote más tiempo lo que siento. Y me siento fatal por Charlotte, por no haberla detenido cuando se fue, por no haber sido del todo sincero con ella y dejarla cargar con toda la culpa.

Esperaba una respuesta. Miriam sabía que un beso habría sido suficiente o, ni siquiera eso, una sonrisa, un “veremos qué nos depara el destino”, pero ella no podía dárselo.

—Jason, tengo que pensar. Ahora mismo no veo nada con claridad. Me gustas, ¿a quién no le gustas? Eres guapo, rico, famoso... pero sobre todo eres el hombre más dulce y más honesto que he conocido en mi vida. Pero te traeré problemas, lo sé. Yo no soy cómo piensas que soy.

—Ví tus títulos —se atrevió a confesar él—. En tu apartamento, vi tus títulos de la universidad y vi unos documentos médicos. Te lo he dicho, no te voy a

ocultar nada.

Miriam quería enfadarse. Quería decirle que no debía haber husmeado en sus cosas sin su permiso. Por supuesto, no pensaba darle ninguna explicación. Pero lo tenía frente a ella, el hombre más guapo que había visto en su vida, el mismo por el que las miles de fans que tenía se morirían solo por mirar de cerca, el mismo con el que se había imaginado haciendo el amor en más de una ocasión.

—No puedo hablar de eso.

—No me importa, Miriam. ¿Cómo quieres que te lo diga? No me importa quién eres o qué haces aquí. Lo único que de verdad me importa es que me gustas a rabiar, tanto que tengo que convencerme a mí mismo cada noche para no subir a buscarte a tu apartamento. ¿Sabes cuántas veces me he dado la vuelta a mitad de las escaleras?

—Jason...

—De verdad, no importa. Démonos una oportunidad. ¿Qué podemos perder?

Fred apareció por el salón para preguntar si todo estaba a su gusto, si necesitaban algo más, algo que a Miriam le pareció una bendición porque así podría evitar contestar a lo que Jason acababa de preguntarle. Le dijo simplemente:

—¿Nos vamos?

Él pagó la cuenta, se levantó con aspecto algo decepcionado, y juntos salieron del restaurante.

Jason sabía que cuando dieran la vuelta a la esquina y se adentraran en el mercadillo, la paz se habría terminado. Empezarían a aparecer fans pidiendo autógrafos y fotos, y probablemente algún que otro periodista que pululara por allí esperando la foto ideal. Y desde luego hoy la iba a tener. Después de ocho años de llevar a Charlotte a su lado como una sombra, hoy estaba paseando con otra mujer. Eso no se le escaparía a nadie. Como así fue.

El paseo resultó más aburrido de lo que Miriam hubiera querido. Cada vez que alguien se acercaba a ellos, ella se daba la vuelta disimuladamente y se

ponía a mirar ropa o zapatos. Iban uno al lado del otro el resto del tiempo, hablando de lo que había en aquel puesto o en aquel otro, ambos con gafas de sol. Miriam se sentía muy avergonzada, la experiencia no le estaba gustando nada. Algunas personas ni siquiera se acercaban, se limitaban a mirarlos con curiosidad.

—Jason, vámonos, no me gusta estar aquí. ¿Puedes llevarme a casa?

—Claro —dijo él comprendiendo lo difícil que debía ser para alguien anónimo verse envuelto en el espectáculo que era su vida. Para él era normal, pero a ella la había superado por completo.

Durante el camino de regreso a casa ninguno de los dos habló. Jason había puesto música en el coche y ambos permanecían inmersos en sus pensamientos. Miriam miraba por la ventanilla, no sabía qué otra cosa hacer. No quería hablar de lo que él le había dicho aquella mañana, de repente sentía cosquillas en el estómago solo de pensar en ello. Se sentía ridícula, como una adolescente que sale con alguien por primera vez. Cuando Jason dejó el coche en el aparcamiento y se bajaron, él se dirigió hacia la puerta principal, como hacía siempre, y ella se dirigió a la puerta trasera, instintivamente, sin fijarse en él. Cuando cayó en la cuenta de que los dos seguían caminos diferentes, sonrió. Jason se dio la vuelta y le tendió la mano, pero ella siguió su camino. Entró en su apartamento que en este momento le pareció un refugio, un escondite perfecto del mundo, de Jason, de sí misma. La verdad era que lo que más le apetecía del mundo ahora mismo era estar con él, aunque solo fuese hoy, aunque solo fuese por un rato y no volviera a verlo. Porque por fin estaba sintiendo que era posible redimirse, que había purgado sus pecados y que se merecía dejar de sentir ese enorme peso sobre sus espaldas. Jason no sabía lo acertado que había estado al decir que no tenían nada que perder. Desde luego ella no. Y sintió que no tenía miedo, que hacía años que no tenía miedo a nada porque ya nada podía ser peor.

Se acercó al telefonillo que comunicaba su apartamento con la cocina con la esperanza de que no fuera tarde, de que él la oyera. Tocó el botón y Jason

descolgó.

—¿Miriam? ¿Ocurre algo?

—¿Puedes subir un momento? Quisiera decirte algo. —No sabía qué más decir. ¡Maldita idiota! ¿Cómo no había pensado una excusa para hacerlo subir? No hubiera podido añadir mucho más porque Jason había soltado el teléfono y ya subía las escaleras.

La puerta estaba abierta, él lo sabía, siempre lo estaba. Abrió y se dirigió a ella.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—No... No quería nada. Solo quería tenerte aquí.

Miriam se pegó a su cuerpo, lo abrazó y lo besó en los labios como último recurso para dejar de decir tonterías. No quería hablar. Quería hacer el amor con él, aquí y ahora, sin saber lo que pasaría después, sin consecuencias, sin preguntas, sin responsabilidades. Quería saber lo que se sentía en brazos de un hombre como él. Quería decirle sin palabras que sí, que lo intentaría. Lo fue llevando a su habitación mientras lo besaba sin soltarlo del cuello. El primer beso lo había cogido por sorpresa y se había quedado mirándola con los ojos abiertos de par en par. No parecía que esta fuera una reacción típica de ella, pero ahora ya no podía pensar, solo dejarse llevar por el deseo que le había inundado el cuerpo y la mente desde el primer día que la vio. Ella se tumbó en la cama y tiró de él hasta tenerlo encima, lo besó, le mordió suavemente los labios, le besó el cuello, mientras él intentaba quitarle la ropa como podía. Miriam le desabrochó la camisa y siguió besándole el pecho, consiguió quitársela y lo colocó debajo de ella para seguir acariciándolo. Sus respiraciones se agitaban, sus lenguas se desataban. Él le quitó el jersey y el sujetador mientras ella se quitaba el resto de la ropa. De nuevo él estaba arriba y ella se afanaba en quitarle el pantalón. Jason, que acababa de abrir los ojos, acercó sus labios a su oído y le dijo, con la voz entrecortada:

—Tienes el cuerpo más hermoso que he visto en mi vida. Eres preciosa.

Apenas terminó de hablar cuando ella ya se encontraba de nuevo encima de

él, esta vez sintiendo su sexo dentro, profundo, meciendo sus caderas para sentirlo aún más cerca. Él le acariciaba los pechos, se incorporó para besarlos, lamerlos, mientras ella seguía encima gimiendo de placer. Su melena de pelo rojizo lo envolvía, su perfume lo tenía medio extasiado. Consiguió volver a dominar la situación, jadeando, de nuevo encima de ella. El sudor resbalaba por sus cuerpos y Jason sintió que no podría dominarse durante mucho tiempo, esta mujer lo había vuelto completamente loco. Tanto, que se alegró al ver cómo ella empezaba a alcanzar el orgasmo y gemía aún más fuerte, y el movimiento de sus caderas arriba y abajo consiguió que por fin él no pudiera contenerse tampoco y acabaran destrozados, él sobre ella, sin apenas respiración, aún dentro de ella, notando su humedad y su calor. Sus labios junto a su oído solo pudieron susurrar: “Te necesito y sé que tú a mí también. No me digas que no”.

Jason había cogido a Miriam con su brazo y se habían quedado dormidos. Era ya de noche cuando ella se despertó y se giró para mirarlo. “¿Ahora qué?”, se preguntó. No quería hacerse todas las preguntas que ahora mismo le pasaban por la cabeza. Tenía un hambre atroz, no habían comido nada desde el desayuno. Se levantó y Jason se despertó al oírla:

—¿Te largabas sin avisar? —dijo sonriendo.

Ella se volvió a tumbar junto a él, cara a cara, y le dijo:

—Tengo hambre. ¿Te apetece tomar algo?

—Si no derrocharas la energía de esa forma... —le dijo sonriendo pícaramente.

—Iré a la cocina a buscar algo de comer. Enseguida vuelvo.

Regresó con una bandeja con dos cervezas y dos sándwiches preparados y se metió de nuevo en la cama. Jason cogió la cerveza y bebió más de media de un trago, estaba sediento. Luego cogió el sándwich y empezó a comer. Estuvieron un buen rato comiendo y charlando de cosas sobre su infancia y adolescencia, sobre cómo ella había estudiado piano en el conservatorio y tenía un doctorado en Literatura Inglesa, cosa que, aunque no lo cogió por

sorpresa, lo dejó anonadado. Él siempre había ansiado volver a la universidad. Su madre solía decirle que todo tiene su momento, y cuando le dijo que iba a dejar de estudiar para intentar ganarse la vida con la interpretación intentó convencerlo de que no dejara de lado los estudios, pero al final no se matriculó en la facultad. Ahora le gustaría hacerlo, pero no tenía tiempo. Cuando tenía algo de tiempo libre del rodaje, hacía audiciones para otros papeles, o rodaba una película para la televisión, o en Europa, donde era bastante conocido. Aun así nunca había abandonado del todo la idea de volver a estudiar. Ya era tarde. Miriam había encendido las velas y un incienso y seguían tumbados en la cama charlando, con Byron a sus pies.

—¿Sabes? Tengo la impresión de que hace siglos que no me siento tan bien —le dijo él mientras la abrazaba.

—Me gustas mucho, Jason, mucho, pero no sé qué va a pasar ahora, no quiero ir a vivir contigo o forzar las cosas, no sé lo que quieres tú...

Él la interrumpió:

—¿Por qué no dejamos que las cosas se vayan desarrollando solas? Mientras tanto puedes seguir haciendo lo mismo que estabas haciendo antes.

—¿Cuidar de la casa?

—Hacer el amor conmigo —dijo él besándola.

Se quedaron dormidos bien tarde. Jason puso la alarma de su teléfono. Al día siguiente tenía que volver al rodaje y, después de todo lo que había pasado, ahora mismo era lo que menos le apetecía. Le gustaría quedarse aquí encerrado con Miriam para siempre.

Cuando sonó el despertador, se levantó y bajó a su casa a ducharse y a cambiarse. Mientras se duchaba no podía dejar de pensar cómo habían cambiado las cosas en tan poco tiempo. En unos días una relación había terminado y otra había empezado. Aunque eso no era del todo cierto, los sentimientos no surgen ni mueren de un día para otro. Se sentía bien, muy bien. Solo podía pensar en lo mucho que le había gustado pasar el día con Miriam, lo agradable que había sido escuchar de sus labios lo mucho que le gustaba y

la normalidad que se respiraba en su pequeño apartamento, donde parecía que el tiempo se había parado. Se dio más prisa. El coche de producción estaría a punto de llegar. Se abrigó bien y bajó a la calle donde ya lo estaban esperando.

Por la mañana, Miriam volvió abajo con su uniforme. Se sentía extraña, no sabía qué hacer, así que pensó que por ahora lo mejor sería hacer como que no había pasado nada. Cuando se despertó, Jason ya se había ido y se le ocurrió que lo mejor que podía hacer era seguir con su vida como hasta ahora e ir cambiando las cosas según lo requiriese la situación. “Un paso cada vez”, solía decirle su madre cuando se agobiaba por algo. Lo de ponerse el uniforme no sabía si había sido acertado o no, pero pensó que si de repente aparecía sin él, Jason creería que se había excedido. Esperaría primero a ver su reacción.

Al cabo de un rato sonó su teléfono. Era Jason.

—Solo quería asegurarme de que sigues ahí —le dijo bromeando—. ¿Qué tal va todo?

Miriam estaba tan sorprendida por la llamada que apenas pudo reaccionar.

—Bien, por aquí todo como siempre. ¿Y tú, qué tal?

Jason empezó a contarle cosas del rodaje y al final le dijo que volvería por la noche porque estaban liados y necesitaban aprovechar la luz para una escena. Le mandó un beso y colgó. Solo alguien como él podía comportarse así. Si su madre lo hubiera conocido le habría dicho que era un hombre de familia, un hombre de compromisos. Por eso desde el primer momento que cruzó la línea con ella la trataba como si hubieran estado juntos toda la vida. Desde luego, que la llamara por teléfono y hablara con ella con esa naturalidad, la había hecho sonreír. Una pequeña llamada había cambiado su día por completo. Ahora tenía claro que había dejado de ser la asistente, lo que no sabía era lo que había pasado a ser.

El teléfono volvió a sonar y cuando descolgó, al otro lado estaba Fran.

—¿A qué esperabas para contármelo?

Ella no sabía de qué hablaba.

—¿Contarte qué?

—Vamos, no disimules. Tengo en la mano la revista en la que apareces en el mercadillo con Jason. No puedes escapar.

—Fran, no quiero hablar contigo por teléfono de esto. Hay muchas cosas que no sabes.

—Ya lo veo. Solo dime dónde está “la divina”. ¡Porfa, tengo que saberlo, me muero por saberlo!

—No lo sé, Fran. Mira, quedaremos y te lo contaré todo, pero ahora estoy muy liada.

—¿No estará contigo? Digo él, Jason.

—Claro que no, ¿qué te crees?

—Yo no creo nada, guapa. Bueno, llámame. ¡Y no tardes! Que sepas que no dormiré hasta que me lo hayas contado todo.

¡Una revista! ¿Cómo era posible? Si casi ni se había acercado a él para que no los vieran juntos. Intentó disimular todo lo que pudo, no quería verse envuelta en tal jaleo, no quería que nadie la reconociera por la calle o le hiciera preguntas incómodas. Ella no quería pertenecer a ese mundo y ahora no sabía lo que tenía que hacer. Esperó a que Jason volviera para comentarlo con él, quizás pudiera solucionarlo.

Jason volvió sobre las siete de la tarde, cuando ya era de noche. Subió a su piso y al no encontrarla allí, subió al apartamento de la terraza. Miriam estaba en la cocina, preparando una ensalada para la cena y algo de pescado a la plancha. Había llenado dos copas de vino blanco y había encendido unas velas en el salón. Él entró y ella salió de la cocina para saludarlo. Fue él quien se acercó y la besó en los labios. Parecía un niño con zapatos nuevos.

—¿Qué tal tu día?

—Normal. Si exceptuamos que me ha llamado un amigo para decirme que me ha visto en la portada de una revista contigo —dijo intentando no sonar molesta.

—Vaya, lo siento. No he oído nada. ¿Te has enfadado?

—No, claro que no, pero no es esa la vida que quiero. Yo quiero seguir haciendo mi vida sin tener que pensar que alguien puede estar haciéndome fotos. Yo no soy nadie y pretendo que siga así.

—No te preocupes. Lo arreglaré. Tú límitate a no hablar con nadie que no conozcas cuando salgas. Todo irá bien.

Jason cogió su copa de vino y brindó con Miriam:

—Por nosotros.

Ella respondió al brindis:

—Por nosotros.

## Lo que no dejamos atrás

**H**abían transcurrido tres meses. La primavera llamaba a la puerta con su brisa fresca, sus días de sol y sus colores. Atrás quedaban el invierno, el frío y la nieve. Era hora de renacer con ella.

Miriam y Jason compartían el piso de él. Poco a poco el pequeño apartamento de la terraza dejó de ser testigo de sus encuentros por pura comodidad. Ninguno forzó nada, ninguno pidió nada, un día se quedaban abajo a comer, alguna noche se dormían viendo la tele en el sofá, a veces se despertaban en el dormitorio por la mañana... Jason incluso había encendido la chimenea en varias ocasiones, cosa que no hacía desde hacía años. Ella seguía cuidando de la casa, no tenía ninguna otra cosa que hacer. Estaba pensando en convalidar sus títulos, o en buscar algún programa especial para empezar a trabajar en la universidad o en el conservatorio de música. No se lo había planteado aún muy en serio porque no quería abandonar estas inesperadas vacaciones románticas en las que se había convertido su vida.

Incluso había acompañado a Jason a sus rodajes y había conocido a los actores que trabajaban con él en la serie. El próximo fin de semana irían a una casa que Jason tenía en la playa, en California, con algunos de ellos con los que él tenía una relación más estrecha, incluyendo a la actriz protagonista, que era una buena amiga.

El mismo Jason había empaquetado todas las cosas de Charlotte y las había enviado a Los Ángeles, a la casa que allí habían compartido, que le pertenecía

a ella. Ya no quedaba nada que recordara que allí había vivido alguien que no fueran Miriam y Jason. De Charlotte solo sabían que seguía con Trevor y que vivía en la otra punta del país.

Sus pequeñas rutinas habían empezado a crearse: las comidas que les gustaban, las horas a las que dormían, los lugares a los que salían, la gente a la que veían. Miriam no estaba segura de que Fran hubiera cerrado la boca desde el día que los invitó a cenar a casa para confirmarles su relación con Jason. También Fran había empezado a salir con un chico, un camarero de uno de los restaurantes que frecuentaba, y estaba feliz. Tatiana y su novio seguían juntos, como siempre, aunque ella quería dejar de trabajar como asistente e intentar abrir una peluquería con dos amigas en un barrio “de gente normal”, como ella misma solía decir.

Aquella mañana, cuando Miriam se levantó y se dirigió a la cocina para prepararse su primer café del día, poco podía imaginar lo que se le venía encima. Al dar la vuelta a la esquina del pasillo reparó en un sobre que había en el suelo. Le extrañó, pues las cartas siempre las recogían en el buzón de abajo y no podía imaginar quién había llegado hasta allí para depositar aquel sobre. Se agachó para recogerlo y se le hizo un nudo en el estómago sin saber por qué.

Al abrir el sobre encontró un papel en el que solamente se podía leer: “Recuerda lo que les pasó a las últimas personas que amaste”. El nudo del estómago se convirtió en un tremendo dolor que la hizo ponerse de rodillas en el suelo. Ella sabía de dónde procedía esa nota. Había estado esperándola durante años, con todas las fuerzas de que era capaz, y ya se había creado la ilusión de que nunca llegaría, de que eran imaginaciones suyas las veces que creía que alguien la seguía. El psiquiatra solía decirle que era normal, que era a causa del estrés. La policía la escuchaba por pura compasión y la consolaba con la idea de que nadie podía haber salido con vida de aquel accidente, aunque el cuerpo de su marido no hubiera aparecido. Vio las fotos una y otra vez, le enseñaron las pruebas y la grabación de la cámara del radar que había

justo en la curva por donde el coche se había despeñado. Pero algo en su interior le advertía de que aquello no había terminado.

Se levantó lentamente del suelo y se dirigió como una autómata, con la mirada perdida y el papel arrugado en su puño, al pequeño apartamento de la terraza. En el altillo del armario había quedado olvidada su pequeña maleta, la que la había acompañado durante los últimos años de su vida. La bajó al dormitorio de la casa y metió dentro algo de ropa, dos pares de zapatos, sus documentos y una foto de Jason y ella en Central Park, el primer día que abandonó “la zona segura” que para ella suponía el lugar donde vivía. Byron estaba sentado en el pasillo, aseándose a lengüetazos, atusándose los bigotes y mirándola de vez en cuando. Le lanzó uno de sus maullidos extraños y ella lo miró.

—Lo siento, amigo. Tendrás que quedarte aquí. Jason cuidará de ti.

Se agachó para darle un beso, recogió todo lo que había revuelto preparando sus cosas y se marchó por las escaleras de atrás.

Cuando Jason volvió por la noche abrió la puerta como solía hacer, entró y miró distraídamente hacia la cocina, luego se asomó al salón, pero Miriam no estaba por allí. La llamó mientras recorría las distintas habitaciones, pero ella no contestó. Imaginó que había salido, aunque no era muy propio de ella salir sola, sobre todo en horas en que la gente que conocía estaba trabajando. Byron acudió en su busca y Jason lo cogió en brazos y lo acarició.

Se fue al salón y encendió la tele. Era extraño que todo estuviera tan ordenado, que no oliera a que se hubiera cocinado nada, que no hubiera nada preparado para cenar. Esperó un rato y llamó al móvil de Miriam, pero dio todas las llamadas y ella no contestó. Le mandó un mensaje, que tampoco obtuvo respuesta alguna. Al cabo de un rato llamó a Fran, que tampoco tenía ni idea de dónde podía estar su amiga. Estaba poniéndose nervioso, muy nervioso, y pensaba a quién podía preguntar, a dónde podía acudir y pensó en John, un policía retirado que se ganaba un dinero extra asesorando a series de televisión sobre el funcionamiento de la policía y las investigaciones. Tenía su

teléfono en la agenda, con los de otros compañeros de trabajo. Eran las doce de la noche, pero no iba a esperar hasta el día siguiente para averiguar dónde se encontraba Miriam. Descolgó el teléfono y marcó. John contestó:

—¿Diga?

—John, soy Jason, Jason Burns. ¿Me recuerdas, verdad?

—Claro, hombre. ¿Qué hay? —contestó algo sorprendido.

—Necesito hablar contigo urgentemente. Necesito buscar a una persona, ¿podrás ayudarme?

—Si es tan urgente, ¿por qué no vienes y hablamos en persona?

—¿Ahora?

—¿Tienes algo más urgente que hacer?

—No.

—Pues anota mi dirección. Te espero.

Cuando llegó a casa de John era la una de la madrugada. El hombre estaba esperando, asomándose a la ventana, cuando vio acercarse un coche y pensó que sería Jason. Abrió la puerta y extendió la mano para saludarlo. Luego lo invitó a pasar y lo condujo hasta un despacho.

—Usted dirá —dijo el policía.

—Mi novia ha desaparecido —dijo mientras la palabra “novia” aún resonaba en sus oídos. Era la primera vez que se refería a ella de esa forma.

—¿Qué significa que ha desaparecido? ¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—La dejé en casa esta mañana, pero desde que volví al anochecer no ha aparecido. No contesta al teléfono y, sinceramente, no tiene muchos lugares a donde acudir. Es extranjera y no conoce a mucha gente en la ciudad. Tampoco le gusta alejarse mucho de casa cuando está sola.

—¿Alguna discusión por la que haya podido marcharse?

—No —contestó él rotundamente—. Si se ha marchado no ha sido voluntariamente, por eso lo he llamado.

—Ya sabes cómo funciona esto, Jason. Una mujer, un famoso... no te voy a

aconsejar que vayas aún a la policía para evitarte molestias inútiles y probablemente algún escándalo. Cuéntame. ¿Qué más puedes decirme sobre ella?

—No sé mucho más. Es española, lleva aquí desde septiembre y no le gusta mucho alejarse de casa.

—Eso ya me lo has dicho. Francamente, no es gran cosa. ¿Sabes si podría estar metida en algo raro?

Jason se sentó en el sofá del despacho y suspiró. ¿Cómo iba a decirle a ese hombre que no sabía absolutamente nada de la mujer con la que vivía? ¿Cómo explicarle que intuía que algo terrible había pasado o estaba pasando en su vida, pero que él no sabía lo que era, y lo peor, que tenía miedo de preguntar?

No hizo falta decir nada. John intuyó que sospechaba algo extraño y que no iba a obtener más información de él, así que se limitó a decir:

—Dame un día y una foto. Pasado mañana me pondré en contacto contigo, si es que ella no aparece antes. Necesito todos los datos personales que conozcas, carnets, cuentas bancarias, alguna dirección a donde podía haber acudido.

Jason se encogió de hombros en claro gesto de que no tenía nada o tenía muy poco que ofrecer. Sacó una foto de su cartera, una como la que ella se había llevado de casa, y escribió detrás su nombre y su edad. John lo miró, pero no quiso preguntar nada más. Cuando fue a despedirlo a la puerta, lo tranquilizó:

—Probablemente estará en casa cuando llegues.

—Me temo que no.

Fuera lo que fuera lo que había pasado, la actitud de Jason reflejaba que había algo turbio, oculto, que él sabía o sospechaba y que no se atrevía a decir. Eso pensó John mientras cerraba la puerta. No podría hacer ninguna llamada hasta la mañana siguiente, así que miró la foto y la dejó sobre la mesa del comedor. Era una mujer muy guapa, sin duda. Con estos famosos nunca se sabe...

Jason pasó la noche en vela, en el salón, cambiando compulsivamente de

canal, llamando al número de Miriam, que ahora estaba desconectado. Tomó un whisky, y luego otro, y al final se durmió en el sofá con la esperanza de que apareciera por la mañana.

Pero no fue así. Volvió a subir a la terraza, y no la encontró. Lo que sí observó es que no estaba su pequeña maleta, ni sus papeles, los que tenía escondidos en el salón. No había nada en el apartamento y en el armario del dormitorio faltaban algunas cosas, pero Miriam tampoco tenía demasiadas, así que casi no quedaba rastro de ella. Se fue al rodaje como cada día temprano, pero nervioso, con el corazón encogido. Esa mujer había salido un buen día de la nada y había puesto su vida del revés, se había enamorado de ella como un adolescente, y ahora había desaparecido y se había llevado todas sus cosas. ¿Dónde estaba Miriam?

El día siguiente transcurrió con la misma normalidad que los demás en cuanto al trabajo. Hoy tocaban escenas interiores, así que no se movieron del set donde rodaban habitualmente.

Su teléfono sonó a eso de las dos. Era John. Jason descolgó terriblemente nervioso.

—Tengo que hablar con usted.

—¿La ha encontrado? —preguntó Jason ansioso.

—No, pero he descubierto muchas cosas sobre ella que no sé si sabrá.

—¿Qué cosas?

—No, por teléfono no. Lo espero en mi casa, ¿le parece bien a eso de las cinco?

—Allí estaré.

Y a las cinco en punto de la tarde John se encontraba de nuevo abriéndole la puerta. Lo llevó al despacho donde habían hablado la noche anterior y le pidió que se sentara.

—Estoy bien, gracias.

Pero él insistió:

—Debe sentarse para oír lo que tengo que contarle. A ver, creo que esa

mujer es realmente importante para usted, a juzgar por su preocupación, y no sé muy bien por dónde empezar, así que empezaré por el principio. He estado haciendo varias llamadas a la policía española, he entrado en Internet a buscar información, y lo que he obtenido aún me tiene la carne de gallina. Lo de que se siente, no es un cumplido.

Jason se puso pálido y por fin se sentó.

—Miriam Santa Cruz Suárez, 35 años. Málaga, España —empezó a recitar John—. Casada...

—¿Casada? —lo interrumpió.

—Casada —repitió John—. Se casó en 1998 con un brillante médico, hijo de otro médico más brillante todavía, hasta hay una calle con su nombre en la ciudad. El marido... —levantó la cabeza del cuaderno donde tenía todo anotado para mirar a Jason— la maltrataba, pero usted eso ya lo sabrá.

—No. No lo sabía.

John se preguntaba qué coño sabría este tío de la mujer con la que vivía, pero no quería resultar impertinente, así que siguió.

—La mandó al hospital en más de una ocasión. Al parecer se sabía que él tenía algo que ver, pero nadie denunció nada. Se limitaban a recomponerla cada vez que ingresaba y después mandarla a casa. Algunos huesos rotos a consecuencia de una caída, algún ojo morado por un golpe, es lo que me han enviado por fax. Una de las veces un aborto.

Jason sacudió la cabeza incrédulo. ¿De qué clase de hombre le estaba hablando? ¿Quién hace algo así a su mujer? John, observando su asombro, le advirtió:

—Si realmente quiere saber lo que tengo que contarle, necesitará un trago.

Se dio la vuelta y sacó un par de vasos de un mueble que había detrás de la puerta. Los llenó y le ofreció uno a Jason, que ya no dudó de que lo necesitaría.

—Parece ser que después de unos años y dos hijos en común, finalmente se separaron...

Jason volvió a interrumpirlo:

—¿Dos hijos? Miriam no tiene hijos...

El hombre lo miró de nuevo y no hizo ningún comentario al respecto.

—Se separaron en 2006. Ella obtuvo la custodia de los niños, pero al no haber ninguna denuncia por malos tratos contra él, Luis, que así se llamaba el marido, tenía derecho a un régimen de visitas que se llevaba a cabo a través de un punto de encuentro, para que Miriam no tuviera que tratar nada con él. Un día se llevó a los niños y desapareció.

John hizo otra pausa, realmente no sabía cómo continuar, lo que estaba a punto de decirle era tan horrible, tan impensable para cualquier persona normal, que sabía que Jason iba a reaccionar muy mal.

—Encontraron a los niños en el río, dentro del coche de su padre, sin vida. El cuerpo del marido no ha aparecido aún. Los niños no habían muerto en el accidente, habían recibido una sobredosis de ansiolíticos antes.

Jason pensó que era el final de la historia. Pero John tenía mucho más que contar.

—Miriam intentó suicidarse por primera vez a la vuelta del entierro de los niños, cortándose las venas...

El recuerdo de las cicatrices de las muñecas de Miriam lo golpeó de repente. Ese había sido el dolor insoportable, infame, el que le había quitado las ganas de seguir adelante. El estómago se le encogió solo de pensarlo. Dio un gran trago al vaso de whisky y le pidió al policía que lo llenara de nuevo.

—La segunda vez que lo intentó, al cabo de unos meses, fue tomando una sobredosis de ansiolíticos, los que le habían recetado para tratar la fuerte depresión que sufría. Al final, los servicios sociales se hicieron cargo de ella, ya que no tenía más familia, y la internaron en una institución mental donde pasó dos años para después seguir recibiendo tratamiento ambulatorio. Tengo una última dirección, pero no creo que sirva de nada, es un piso de alquiler.

Jason permanecía en silencio, con la mirada fija en la mesa del despacho. Aún escandalizado por la idea de que una sola persona pudiera ser

responsable de tanto dolor, empezó a pensar qué tenía todo esto que ver con la desaparición de Miriam y le preguntó directamente eso a John:

—Ahora mismo no tengo una teoría. Lo único que se me ocurre es que haya vuelto a caer en una depresión.

—Yo me hubiera dado cuenta.

John lo miró dubitativamente. ¿Acaso se había dado cuenta de algo? Un extraño acababa de darle una terrible información sobre la mujer con la que vivía que habría encontrado si hubiera puesto su nombre en un buscador.

—Sé lo que está pensando, pero las cosas no son tan fáciles como usted se imagina. Quería esperar a que ella fuera capaz de hablar de ello. Sabía que algo terrible había pasado en su vida, vi las cicatrices de sus muñecas, quise hablar con ella en varias ocasiones, pero no estaba preparada. Tenía pesadillas, pero no quería hablar de ello. No llevamos juntos mucho tiempo...

John no sabía qué más decirle. Pensaba que Miriam no iba a volver a su país. Probablemente sería al último lugar a donde iría, aunque fuera por los malos recuerdos, pero ahora mismo no tenía ni idea de dónde podría encontrarse.

—Esto ha sido fácil. Ahora viene lo complicado. Es un sola persona, podría haberse marchado a otra ciudad, incluso simplemente a otra zona de esta ciudad. ¿Tiene algún dinero? ¿Alguna tarjeta de crédito?

—No tengo ni idea. —Suspiró.

Jason se marchó a casa deprimido y angustiado. Durante estos días había pensado que Miriam se había marchado por voluntad propia, pero ¿y si no era así? ¿Por qué motivo podía haberse ido? Todo iba bien, por primera vez en mucho tiempo él estaba feliz, sentía que había encontrado esa persona con la que uno comparte toda la vida, con la que va llenando su casa de fotos: ellos, sus hijos, sus viajes, los hijos de sus hijos... Encontrar a esa persona es algo que no todo el mundo consigue. Nadie sabe si es cuestión del destino o de la suerte y, a veces, quienes la tienen durmiendo a su lado no son conscientes de que deberían dar las gracias a la vida cada día por haberla puesto en su

camino. Nacemos solos. Morimos solos. Lo que realmente marca la diferencia es no estar solo en el camino. Y él la tenía. Desde que estaban juntos su mundo era otro. No había nada más bonito que envolverse en ella por las noches, sentir su olor y su calor. Levantarse por las mañanas se había convertido en el ritual de salir de puntillas y descalzo para no despertarla, charlar con ella era mirarla a los ojos y escuchar con ellos, ponerle el pelo detrás de la oreja cuando le caía sobre la frente, acariciarle la mejilla mientras ella hablaba, darle un beso por sorpresa. Hacer el amor con ella era lo mejor que podía ocurrirle cada noche. Ver una película en el sofá, uno tumbado delante del otro, abrazados. Pasear por la ciudad que había conocido desde hacía mucho tiempo y que ahora le enseñaba algo distinto cada día. Hasta que una persona es eso para ti, no has encontrado el amor. Los primeros amores, los amores de en medio, no significan nada porque nunca te llevaron al resto de tu vida, fueron pasos previos, fueron experiencias puede que maravillosas, pero el verdadero amor solo desaparece cuando desapareces tú.

Había tardado más de una hora en llegar al pequeño hotel donde se encontraba, con su maleta y su miedo. Siempre supo que esto iba a ocurrir, que él no estaba muerto. No importa cuánta ropa sacaran del río, el cuerpo no había aparecido y eso solo significaba una cosa, que no había terminado con ella. Ya no le quedaba nada... ¿o sí? Ahora, pasados los años había recuperado la única cosa que mueve a las personas, la única cosa que le faltaba para seguir viviendo. Había vuelto a encontrar la ilusión, la esperanza y, si no toda, al menos sí un poco de paz. Se había sentido perdonada por sonreír, por no pasar cada minuto de su vida en una lenta agonía, por intentar salir adelante y empezar otra vida. Al fin había logrado ordenar los cajones de su corazón, colocando cada sentimiento en su sitio. Había logrado tamizar sus peores recuerdos y convertirlos en un santuario para visitar solo en momentos de tristeza. Las amargas lágrimas por saberse viva habían dejado de hacer surcos en sus mejillas. Por primera vez en mucho tiempo había querido estar viva.

Era cuestión de tiempo que Luis apareciera hoy. Si la había estado siguiendo, observando, como un gato a la salida de un agujero esperando a que salga el ratón que ha visto esconderse allí, pacientemente, recreándose, afilándose las uñas para el momento final. Ella siempre fue un ratón entre sus zarpas. Un ratón al que golpear, al que sacudir, pero a diferencia de un gato, cuyo objetivo es la caza, el objetivo de Luis era que ella nunca alcanzara la paz. Cuando el dolor físico no fue suficiente, le quitó lo que más quería, lo único que tenía, con la amenaza soterrada de que algún día volvería envuelta en el hecho de que no apareciera su cadáver. Y aunque hubiera aparecido junto a los niños, como le dijo el policía: “El cabrón está muerto, ni siquiera va a poder ser castigado”.

¿Cómo había podido desaparecer durante todos estos años? ¿Cómo había salido del río? ¿Cómo había llegado a esta ciudad y a ella? Tan lejos, casi en otro mundo como en una película barata de terror. Ni siquiera tenía ninguna pregunta. Sabía que el único motivo por el que había sacrificado su vida y su carrera, y hasta sus propios hijos, era para torturarla. ¿Por qué? Nunca lo supo. ¿Realmente alguien conoce los mecanismos que alguien que te dice quererte más que a nada en el mundo sea tu verdugo?

Alguien llamó a la puerta de su habitación. Ella ya sabía quién era y fue a abrir como un condenado a muerte que se dirige hacia la horca. Abrió la puerta y lo vio allí en pie, mirándola fijamente. El corazón se le retorció y el estómago se le encogió. Sintió un escalofrío desde la nuca hasta las puntas de los pies. Ante sus ojos, después de años, estaba el asesino de sus hijos y de su alma. Se quedó muda, notó cómo se iba haciendo cada segundo más pequeña hasta casi desaparecer. Fue él quien abrió completamente la puerta, entró en la habitación y cerró tras de sí. El sonido de la puerta al cerrarse hizo eco en sus oídos. Era el sonido del fin.

—Miriam, mi amor —dijo abrazándola—. No sabes cuánto tiempo te he estado buscando.

Allí lo tenía, por fin. Miriam siempre supo que no estaba muerto, pero jamás

pudo demostrarlo. Es más, no se había molestado en averiguarlo porque no le importaba. Había perdido lo que más quería en esta vida y fue mucho más fácil aceptar que el causante de su desgracia también se había ido para siempre, que empeñarse en lo contrario. Sintió náuseas. Estaba paralizada entre sus brazos, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, incapaz de soltarse o moverse. Él se retiró para verla bien y ella tuvo ocasión de observarlo. Tenía buen aspecto, aseado, bien vestido, y había logrado llegar hasta ella. ¿Cómo? Sus ojos preguntaban lo que sus labios no eran capaces de pronunciar.

—Estás más hermosa que nunca. Nada ha hecho mella en tu belleza.

Le acarició el pelo mientras la seguía mirando. Ella miraba al suelo, incapaz de enfrentarse a su mirada, temblando ante la perspectiva de lo que vendría después. Él la cogió de la barbilla para que lo mirase y ya no tuvo más remedio que volver a mirarse en aquellos ojos que siempre la habían aterrorizado tanto.

—Soy yo. ¿No te alegras de verme? —preguntó mientras le acariciaba la barbilla con el pulgar.

—Pero... ¿cómo, Luis, cómo...?

—Sobreviví, Miriam, salí de aquel río. No pude llegar a los niños y estuve escondido observando las tareas de rescate de los cuerpos de seguridad. Estuve en *shock* unas horas y finalmente me fui a casa de mis padres de madrugada, para que no me viera nadie. Te puedes imaginar cómo me recibieron después de haberme creído muerto, o al menos, desaparecido. Gracias a ellos sigo vivo. Me fui a Madrid, a donde nadie pudiera reconocerme, y durante un tiempo viví en un piso de alquiler que me pagaron ellos. Sufrí mucho, Miriam, no te imaginas cuánto.

Miriam lo miraba totalmente aterrorizada ante lo que estaba oyendo, incapaz de hablar.

—Un día mi madre me dijo que te habías marchado fuera, alguien le había contado que habías salido de la clínica y habías cogido un vuelo a NY. Y vine

con la esperanza de encontrarte, aunque ello me llevara años. Tenía que verte —le decía apretándola de nuevo contra su pecho—. Tenía que contarte que no había sido culpa mía, para que volvieras a estar conmigo. Y un glorioso día, en una barbería del centro, cogí una revista vieja y te vi en una foto pequeña en la parte izquierda de la portada. Al principio creí que eran imaginaciones mías. No podía ser que te hubiera encontrado tan pronto, no llevaba aquí ni un mes. Hoy sé que aquella revista que ya deberían haber tirado, me estaba esperando a mí. Entonces averigüé quién era el tipo de las fotos, luego dónde vivía, y finalmente os seguí unos días para averiguar vuestra rutina. Pagué al portero para que te dejara la nota. Total, solo era un trozo de papel que había que meter por debajo de la puerta. Le dije que era una felicitación.

Por la cabeza de Miriam se sucedían todo tipo de imágenes sobre los momentos en los que ella había estado ajena al hecho de que Luis estuviera vivo y siguiéndola. Salió de su abrazo lentamente, como si quisiera mirarlo cara a cara para decirle algo, aunque en realidad quería alejarse de él todo lo posible.

Lo terrible de todo esto era el alto precio que ella había tenido que pagar. Había perdido su dignidad a base de golpes, a sus hijos y hasta su cordura. La voz de Luis sonaba lejana e irreal aun teniéndolo delante. Quería sacudir la cabeza y que todo hubiera sido un sueño, pero sabía que no lo era. Entonces él la miró con una mezcla de ternura y locura en sus pupilas y le dijo:

—¡No sabes cuánto siento todo lo que ha pasado entre nosotros! Pero ya estás aquí, ahora todo será diferente, podremos empezar de nuevo.

—¿Empezar de nuevo? ¡Mataste a mis hijos, maldito cabrón! —le gritó ella en un arranque de ira, retirándose de él.

—¡No, no, no fui yo! —gritó totalmente ido—. Fue un accidente. Yo solo quería que estuvieran callados, que no se movieran. Les puse unos sedantes... Cuando volví al coche... no respiraban. Estaban fríos... ¡También eran mis hijos! ¡Acaso crees que no me he sentido culpable cada día de estos años! Yo los quería igual que tú.

Estaban uno frente a otro, como dos fieras peleando por su territorio, Luis ahora consciente de que no había nada que arreglar. Él se había retirado un poco de ella y podía observar completamente su dolor. No estaba llorando, estaba furiosa. En realidad Miriam sabía que dejar caer una lágrima significaría abrir una puerta que ya no iba a poder cerrar. Quería ser fuerte, valiente, no la madre inútil que se dejaba golpear y que condenó a sus hijos.

—¿Por qué te los llevaste? —Rompió por fin a llorar ella. Esa pregunta había estado grabada a fuego durante años en su corazón. Nunca pensó realmente que tendría la oportunidad de tener delante al único que tenía la respuesta.

—Porque era míos... porque eran tuyos... si ellos estaban conmigo tú también vendrías.

Ahora él estaba llorando amargamente también.

—Yo no quería hacerles daño, solo quería hacer que volvieras conmigo... que todo fuera como antes.

—¿Como antes? ¿Como cuando me pegabas hasta que creías que me habías matado? ¿Como cuando me llevabas al hospital donde trabajabas para que tus amigos cosieran todo lo que habías hecho y nadie te denunciara? ¿Como cuando me escondía en un armario o en la bañera esperando que pensaras que no estábamos y te fueras? ¿De verdad creías que iba a dejar que les dieras a ellos la vida que me diste a mí? —Las lágrimas bajaban a chorros por sus mejillas mientras gritaba.

—¡Jamás les pegué!

—¡Hasta entonces! ¿Cuánto hubieras tardado? ¿Acaso crees que Diego no sufría cuando me veía así? ¿De verdad crees que se creía que me había caído por unas escaleras?

Hasta este instante no había mencionado el nombre de ninguno de sus hijos. “Si no lo dices, si nadie lo sabe, será como si nunca hubiera pasado”, se decía a sí misma desde que salió de su país. Pero la herida estaba ahí, abierta y sangrando como el primer día. Luis se acercó a ella en un intento por volver a

abrazarla y Miriam lo empujó con tanta fuerza que lo tiró contra la cama. Su suerte estaba echada. Ahora no tendría más remedio que morir o matar para salir de allí con vida. Él se levantó enfurecido. La cogió del pelo con la mano izquierda mientras con la derecha le pegaba. Pero esta vez no se estuvo quieta. Estaba dispuesta a defenderse con uñas y dientes porque el peor castigo para él era que ella lograra sobrevivir. Le pegó como pudo, le dio patadas por donde pudo, hasta que él consiguió tumbarla en la cama y lanzarse encima de ella. Le apretaba el cuello con las dos manos. Miriam pensó que no saldría de allí. Por su mente cruzaron todas las imágenes que habían significado algo en su vida. Sus padres, sus hijos, sus amigos... y Jason. Probablemente nunca sabría lo que había sido de ella. Acabaría en algún río sin que nadie la encontrara. Ya casi no podía respirar cuando reparó en la lámpara de la mesilla, no tenía fuerzas, pero llegó a ella en un último intento por atrapar un soplo de aire y lo golpeó en la cabeza. Le golpeó una vez, y otra, y otra, hasta que por fin su cuerpo se aplastó contra el de ella sin vida. Lo tiró al suelo y se incorporó en la cama, llevándose las manos al cuello, luchando por seguir respirando. Y se fijó en que su teléfono móvil estaba sobre la otra mesilla. Se lanzó a cogerlo y lo encendió jadeando, impulsivamente marcó el primer teléfono que le aparecía en la agenda, que Jason había programado para que fuera el suyo.

Jason estaba en la cama. Se había quedado dormido vestido con el pantalón vaquero y un jersey. No sabía cuándo fue la última vez que había dormido. Cuando el teléfono sonó, le pareció que era un sueño. Era de noche, o de madrugada, todo estaba oscuro cuando abrió los ojos de golpe y cogió el teléfono. Al mirar la pantalla y ver el nombre de Miriam todo su cuerpo se encogió:

—¡Miriam! ¿Dónde estás? —gritó al descolgar.

—¡Jason, tienes que venir, lo he matado! —dijo ella casi imperceptiblemente.

Jason ya había saltado de la cama y se estaba poniendo los zapatos.

—Dime dónde estás. Enseguida estoy ahí.

Miriam le dio la dirección del hotel en que se encontraba. No estaba demasiado lejos.

Él salió corriendo hacia la calle y mientras iba hacia su coche llamó a John. Fue lo único que se le ocurrió para no ir solo, por lo que había podido oír, no creía que la policía fuera la mejor acompañante esta noche. Lo único que le importaba es que Miriam estaba viva. No sabía en qué estado, pero viva. John le había dicho que lo recogiera en la puerta y cuando paró su coche ya lo estaba esperando en la calle. Subió y juntos se dirigieron al lugar que Miriam les había indicado. Aún tardarían un rato en llegar.

Dejaron el coche en la puerta del hotel y entraron apresuradamente dando el nombre de Miriam en recepción. Le indicaron el número de habitación, que estaba en el cuarto piso, y subieron rápidamente al ascensor.

Llamaron a la puerta y Miriam abrió. Tenía una mejilla muy hinchada y amoratada, igual que el labio superior y el cuello completamente morado. Se lanzó a los brazos de Jason en cuanto lo vio.

—¡Estás bien! —dijo él—. ¡Oh, Dios, menos mal que estás bien! ¿Qué ha pasado? Al entrar vio al hombre tirado en el suelo con la parte de arriba de la cabeza llena de sangre.

—Es mi exmarido. Es una historia muy larga —dijo ella tragando saliva.

—Lo sé. —Miró a John y le dijo a Miriam—. Es John, un detective que contraté para buscarte. Me lo ha contado todo. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no me pediste ayuda?

—¿Acaso crees que me iba a quedar sabiendo que me había encontrado? Te hubiera matado.

—Casi te mata a ti —dijo tocándole la cara.

—¿Qué voy a hacer ahora? —repetía ella mirando el cuerpo que creía sin vida del hombre que había sido responsable de toda su desdicha—. Tuve que hacerlo, me hubiera matado.

John, que había permanecido en silencio, de rodillas junto al cuerpo de Luis,

dijo:

—¡Está vivo! ¡Hay que llamar a una ambulancia!

Miriam no sabía si eso era bueno o malo, solo que quería marcharse de allí y no volver a verlo nunca. No quería ni siquiera saber si Luis sobreviviría a aquello. Ya no le importaba.

John les aconsejó que esperaran a la policía para contestar lo que tuvieran que preguntarles y luego podrían irse a casa.

Tres o cuatro horas después, habiendo pasado este tiempo en la comisaría, declarando sobre lo ocurrido, les permitieron marcharse.

En el coche, de camino de regreso a casa, Jason por fin pudo hablar con ella algo más tranquilo:

—Siento mucho todo lo que has pasado, cariño. No puedo ni empezar a imaginarme lo que ha debido de ser tu vida.

—Ya no se puede hacer nada —le contestó ella—. Me he sentido todo lo culpable que me podía sentir por no haber hecho suficiente para evitar que viera a mis hijos después de marcharnos de casa, pero la ley lo amparaba. Yo nunca lo denuncié. ¡Dios, le tenía tanto miedo! Me he sentido todo lo indigna e imbécil que uno se pueda sentir. Cada día de mi vida durante unos años me he preguntado por qué me despertaba, por qué no me moría. Una doctora me dijo una vez que, aunque pareciera imposible, algún día, sin darme cuenta, dejaría de sentirme así, y entonces sabría que ahora todo estaba en su sitio. No me di cuenta, pero ese día fue el día que te conocí.

Jason cogió el volante solo con la mano izquierda mientras apretaba la mano de Miriam con la derecha. El resto del camino ambos permanecieron en silencio, digiriendo todo lo que había pasado.

Al llegar a casa Jason acompañó a Miriam al sofá y la ayudó a sentarse. Estaba dolorida a causa de los golpes, pero por primera vez en su vida se sentía liberada. Él le trajo una bolsa con hielo y un calmante y se sentó a su lado.

—Miriam —le dijo—, jamás he visto a nadie tan fuerte como tú.

Ella le devolvió la mirada, pero no le contestó. Se echó hacia atrás en el sofá de modo que su espalda descansara en el respaldo y él hizo lo mismo, cogiéndola entre sus brazos. Por primera vez en los últimos días Jason pudo cerrar los ojos, suspirar y quedarse dormido. Miriam también se durmió.

Al día siguiente él no fue al rodaje. Estaba demasiado cansado, necesitaba reorganizar su mente. Cuando se despertó Miriam no estaba, y se asustó. Fue a la cocina, pero allí tampoco estaba. Miró el reloj: las doce del mediodía. Cogió el teléfono y la llamó:

—Subo enseguida, Jason —le contestó ella—. Estoy cogiendo el ascensor.

Él respiró aliviado. Encendió la cafetera y se apoyó en la encimera de la cocina a esperar a que subiera. Cuando por fin ella apareció, le preguntó dónde había ido. Ella se acercó, le dio un beso en los labios y le dijo que había ido a dar un paseo, que se encontraba mejor y hacía un día precioso de sol y no había tenido más remedio que salir a respirar profundamente y a reflexionar. Traía un periódico que soltó encima de la mesa y que Jason empezó a hojear mientras saboreaba su café recién hecho. Ella se sentó junto a la mesa de la cocina y extendió el brazo para indicarle que se acercara. Jason se sentó a su lado y ella sacó un sobre de su bolso. Él la miraba interrogante mientras ella abría el sobre que contenía unas cuantas fotos. Cogió una y se la enseñó.

—Te presento a Diego y a Laura, mis hijos.

Jason sintió cómo las lágrimas acudían a sus ojos. No sabía qué decir. No podía hacerse una idea de lo que le habría costado a Miriam pronunciar esas palabras. Sorprendentemente ella no lloraba, al contrario, miraba la foto de los dos niños orgullosa.

—No los voy a esconder más. Son mis hijos, aunque ya no estén. Los parí, los amamanté y los quise más que a mi propia vida, y si hubiera sabido lo que iba a pasar me habría marchado con ellos al fin del mundo para protegerlos, pero jamás me imaginé que acabarían así. Están en mi mente y en mi corazón, en un pequeño refugio donde nunca sufrirán ningún mal, no envejecerán ni

morirán. Es justo que los recuerde y hable de ellos.

Ella miraba la foto con una compasión y una tristeza infinitas. Jason no quería estropear este momento con palabras. Cogió la foto de las manos de ella y la miró. Dos niños, chico y chica, le sonreían inocentemente desde el papel. ¿Quién sabe en qué se habrían convertido? La niña se parecía a su madre. Miró la foto y miró a Miriam. Sí, se parecían mucho. Solo acertó a decir:

—Hola, Diego. Hola, Laura.

Acercó su cuerpo al de Miriam y ella se acurrucó junto a él, mirando la foto que aún sostenía en su mano.

—¿Sabes? Voy a darme una ducha —dijo ella tratando de romper de cualquier forma el momento para no acabar llorando de nuevo—. ¿Me invitas a comer fuera? No te puedes perder el día que hace.

Miriam recuperó la foto de sus hijos y la guardó en su monedero, para verlos cada día.

—Claro que sí —dijo él dándole un beso en la mano y permitiendo que se marchara al cuarto de baño.

Una vez en el dormitorio, Miriam metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña bolsa que contenía una caja. Se metió en el baño y después de unos minutos se dio una ducha que acabó de arrastrar sus miedos hasta que se colaron por el desagüe. Cuando terminó, se puso un albornoz negro y se sentó en el sillón que había delante de la chimenea. Llamó a Jason, que apareció con un trozo de pastel en la mano. Entró en la habitación y se sentó frente a ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Jason, no sé por dónde empezar... no sé cómo decirte... —Y sin darle más vueltas dijo—. Estoy embarazada. —Lo miró a los ojos entre feliz y preocupada, dudando cuál sería su reacción. Después de todo llevaban poco tiempo juntos, apenas unos meses, y no sabía cómo se lo iba a tomar. Cuando él le devolvió la mirada, emocionado, feliz, y sonrió, supo que una nueva vida se abría para ellos. Era su sueño hecho realidad: su propia familia. Se

abrazaron, Jason la besó, primero en los labios, después en la frente, y por fin todo volvió a tener sentido.

\*\*\*

—¡Corten! —exclamó una voz.

Él se levantó y se dirigió hacia el director, que tenía la mano abierta para que le chocara los cinco, cosa que hizo en cuanto estuvo lo suficientemente cerca.

—¡Que te den, Jason! ¡Se acabó otra temporada! No te veré hasta dentro de dos meses.

La actriz que protagonizaba el papel de Miriam se puso en pie y se dirigió unos pasos más adelante hacia una mesa donde había botellas de agua. Abrió una y bebió. Miró a Jason y sonrió.

—Por fin unas vacaciones. ¿Habéis pensado ya dónde vais a ir?

—No —dijo él—. Probablemente a California. Estoy deseando quitarme este color amarillento que tengo. ¿Y tú?

—Ni idea, pero lejos, muy lejos, a donde no piense en vosotros hasta que empecemos a rodar otra vez —contestó la mujer son una sonrisa burlona en la cara.

Jason miró hacia el fondo y vio aparecer a su mujer con una niña en los brazos. Eran Miriam, su Miriam, y su pequeña Judith, que venían a recogerlo al set de rodaje como habían hecho en otras ocasiones. Se fue hacia ellas rápidamente y le dio un beso a cada una. Salieron los tres juntos por la puerta de los estudios mientras los del equipo empezaban a recoger cables, cámaras y micrófonos. La parte de la casa se quedaba igual, después de todo empezarían a rodar de nuevo en unos meses. Si los índices de audiencia se mantenían, Jason y Miriam iban a tener una larga vida en pantalla, como así parecía que sería en la vida real.

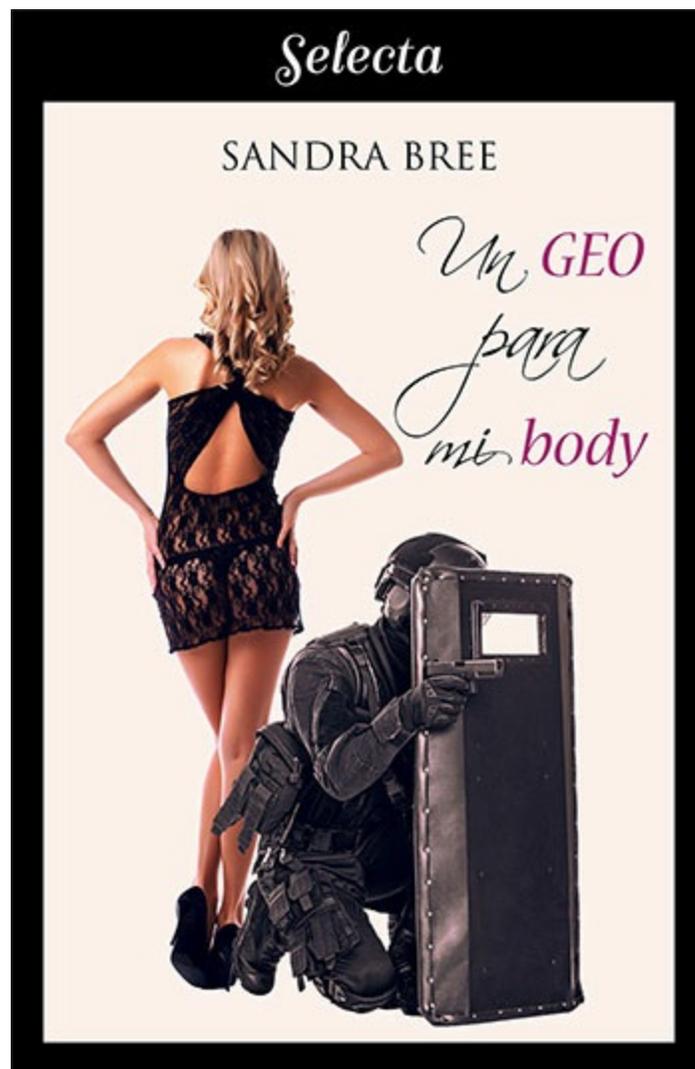
Si te ha gustado

*Donde está el corazón*

te recomendamos comenzar a leer

*Un GEO para mi body*

de *Sandra Bree*



## Capítulo 1

Puede que esta historia de amor que os voy a contar no sea la más bonita del mundo, ni la más romántica, pero es la mía y para mí, la mejor de todas.

Uno nunca sabe dónde puede encontrar a su media naranja o si la va a encontrar. Algunos hallan el amor en la playa, en el trabajo, en un gimnasio... yo lo encontré en mi casa y no porque lo invitase a entrar, muy al contrario, se metió en mi vida a la fuerza, avasallando.

Pero no fue todo un camino de rosas. Dicen que algunas mujeres son muy difíciles de entender, pero ¿Y los hombres? ¿Quién los comprende a ellos?

En fin, voy a relataros como conocí a Daniel y me robó el corazón.

*10 de agosto. 7:30 de la mañana.*

El Grupo Especial de Operaciones, conocido habitualmente como el GEO, es una unidad del Cuerpo Nacional de Policía de España experto en procedimientos de alto riesgo. El GEO ha demostrado a lo largo de sus intervenciones la alta preparación y cualificación que poseen sus miembros, estando entre los mejores de Europa.

Daniel González, jefe de la 10<sup>a</sup>, encargado de ejecutar misiones específicas, esperó que le ratificasen que ya habían cortado la corriente del edificio que iban a asaltar. Una vez confirmado, encabezó su grupo. Todos iban armados hasta los dientes con fusiles de asalto. Algunos portaban escudos y dos transportaban el ariete hasta el portal designado.

Un vecino que en ese mismo momento iba abrir su bar para comenzar a servir los pocos desayunos que se hacían en agosto, observó al grupo de policías que se había colocado contra la pared, cerca de los telefonillos.

—¿Ha pasado algo? —les preguntó curioso.

Daniel se paró a su lado.

—¿Este es su bar?

—Sí.

—Pues métase dentro, por favor.

—Han debido cortar la luz porque el cierre es eléctrico y no puedo abrir.

Varios policías, tratando de ser amables, quisieron subir la puerta metálica a la fuerza. El hombre les detuvo, asustado:

—¡No hagan eso, por favor! Van a romperla. Ya lo hago yo, mejor.

Daniel asintió e hizo una señal a sus compañeros para que dejaran en paz al hombre y se concentraran en el asalto que estaban a punto de realizar. Miró la orden de registro. Se trataba de un piso patera habitado por africanos; una banda organizada que se dedicaba a la falsificación de documentos, bodas concertadas, venta de estupefacientes... Se pasó la lengua por los labios secos. Esta gente solía ser peligrosa, y normalmente había tantos escondidos en el piso que debían andarse con mil ojos.

Mientras el vecino subía con tiento el cierre del bar, observó a un policía llamando a los telefonillos del portal.

—Oiga, no hay corriente—le recordó.

El agente se movió nervioso y agitó la cabeza.

—Es verdad, lo había olvidado, gracias.

Daniel miró a su hombre frunciendo el ceño. Una de las tácticas más importantes era dejar sin suministro eléctrico la zona que iban asaltar. ¿Es que acaso seguían dormidos o qué? Necesitaba que estuviesen despiertos y en actitud alerta. Un único error podía llevarlos a la misma muerte. Y perder a uno solo de los suyos era como ver caer a un miembro de su familia.

El dueño del bar, intrigado y porque cosas como aquellas no se veían todos los días, se quedó en la puerta cotilleando. Le maravillaba ver al grupo de élite, todos idénticos —con los cascos no les veía la cara— cargando con el ariete.

—Por favor, métase dentro —le dijo otro policía, detrás de él, que acababa de llegar con un nuevo grupo. Era la sección de apoyo que servía para facilitar que los de operaciones pudieran realizar su actividad.

El hombre no tuvo más remedio que obedecerlos, aunque, obviamente, no se podía quedar sin enterarse de lo que pasaba y salió en cuanto toda la tropa entró en el portal. Ya tenía preparado el tema de conversación del día.

Daniel subió los primeros escalones enfadado. Iba pensando en el novato encargado de llevar el juego de ganzúas para abrir el portal, que las había dejado olvidadas en el furgón. Para colmo habían tenido que dejar los dos vehículos algo alejados, ya que se encontraban en una calle sin salida. Menos mal que cuando estaba a punto de ordenar a uno de sus compañeros que se acercase a por ello, un vecino que iba a sacar a pasear al perro les había abierto la puerta.

—Olvídalo ya, jefe —sugirió el hombre que iba a su lado y que era capaz de leerle la mente. Lucas y él se conocían desde hacía varios años.

—Si encima hemos tenido suerte de que nos abriesen la puerta, si no, quizá hubiéramos estado esperando como gilipollas hasta Dios sabe cuándo. ¡Vamos, que hubiera dado tiempo a que no solo los del piso patera advirtieran nuestra presencia, sino todo el bloque, o el barrio entero! —murmuró entre dientes.

Lucas solo atinó a asentir.

En la primera planta Daniel respiró, calmándose. Solo había cuatro puertas y ellos iban a la letra A. Todos estaban tan en silencio que se hubiera podido escuchar el aletear de una mosca.

—¿Estamos listos? —preguntó, aferrando con fuerza su fusil de asalto.

Los dos compañeros que llevaban el ariete se abrieron paso a primera fila. Le siguieron los que portaban los escudos.

—Cuando dé la orden, jefe.

Daniel asintió.

—Adelante.

## ¿Y si una tragedia te lleva a vivir la mejor parte de tu vida?



Miriam Santa Cruz es una joven mujer malagueña, de una belleza extraordinaria gracias a sus preciosos ojos azules y su melena rizada y rojiza. Pese a ello, su vida siempre ha sido solitaria, mucho más tras la temprana muerte de sus padres. Sin más familia con la que estar, un hecho la marca de manera devastadora. Sin embargo, la fortaleza que, sin saberlo, posee la hará resurgir de las cenizas y emprender un viaje a Nueva York en busca de un sueño.

Jason Burns, guapo, inteligente y, sobre todo, profundamente bueno, verá en Miriam un soplo de aire fresco que lo libere del mundo artificial de la fama que lo rodea. Y ese halo de misterio que envuelve a la pelirroja mujer será, también, la causa de que se sienta, de forma irremediable, atraído hacia ella. Pero hay juramentos difíciles de romper, y Jason deberá luchar contra ellos.

**Maya Moon** es el seudónimo de María Moreno. Nacida en Jaén en 1971, es Licenciada en Filología Inglesa. Compagina su actividad como escritora con su trabajo como profesora de inglés en un instituto de Educación Secundaria. Divorciada y madre de dos hijas, actualmente vive en Rincón de la Victoria (Málaga).

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Maya Moon

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-98-5

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Donde está el corazón

Empezar de nuevo

Fran, de Francisco, chata

Byron, negro como la noche

A very merry christmas

Después

El camino a la redención

Lo que no dejamos atrás

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Maya Moon

Créditos